



MIEDO Y DESPLAZAMIENTO

EXPERIENCIAS Y PERCEPCIONES

Ana María Jaramillo A.
Marta Inés Villa M.
Luz Amparo Sánchez M.

CORPORACION
REGION

Medellín, septiembre del 2004

Edita

Corporación Región

Calle 55 N° 41-10 Teléfono: (57-4) 2166822

Fax: (57-4) 2395544

Apartado Aéreo 67146 Medellín, Colombia

coregion@region.org.co

www.region.org.co

ISBN: 958-8134-24-2

Coordinación Editorial

Sergio Valencia R.

Asesora investigativa

Pilar Riaño A.

Auxiliares de investigación

Adriana Metaute

Heidi Cristina Gómez

Imagen carátula, diseño e impresión

Pregón Ltda.

La Corporación Región recibe el apoyo de Colciencias para la investigación;
y para la publicación de Agro Acción Alemana.

Impreso en papel ecológico fabricado con fibra de caña de azúcar.

Contenido

PRESENTACIÓN	7
INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO I	
REGIÓN, CIUDAD Y DESPLAZAMIENTO	23
1.1 Urabá y el Oriente, senderos cruzados	25
1.2 La ciudad	30
CAPÍTULO 2	
EL PROCESO DEL DESPLAZAMIENTO:	
Entre El Miedo, El Terror y La	
Resistencia a La Guerra.....	43
2.1 El miedo a la muerte	45
2.2 El miedo al Otro.....	57
2.3 El desplazamiento como estrategia de resistencia	
a la guerra	67
2.4 El momento del desplazamiento.....	73
CAPÍTULO 3	
CIUDAD: TRAYECTOS, ESTRATEGIAS DE	
SOBREVIVENCIA Y MIEDOS	85
3.1 Los trayectos en la ciudad.....	87
3.2 Estrategias de sobrevivencia	100
3.3 El miedo, un sentimiento que persiste y se	
actualiza	114

CAPÍTULO 4	
FUTURO: ENTRE PÉRDIDAS Y GANANCIAS.....	123
4.1 Entre la espada y la pared	124
4.2 Un futuro de certezas guiado por Dios	129
4.3 La ciudad como un futuro deseable	133
CAPÍTULO 5	
LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL DESPLAZADO: UN JUEGO DE PERCEPCIONES DESDE LA SOCIEDAD RECEPTORA.....	145
5.1 El desplazado una figura social para “pensarnos”	146
5.2 “El nosotros” y “los otros”	148
5.3 Víctima o desterrado.....	151
5.4 El desplazado problema.....	154
5.5 Entonces ¿qué es lo que se teme?.....	173
CAPÍTULO 6	
¿CÓMO PERCIBEN LOS FUNCIONARIOS PÚBLICOS A LAS PERSONAS QUE HAN SIDO DESPLAZADAS?.....	181
6.1 El lugar de la pregunta: las percepciones.....	181
6.2 Las imágenes: ¿Quién es el desplazado para los funcionarios públicos?.....	187
6.3 ¿Cómo inciden estas percepciones en la interpretación de las políticas?.....	207
REFLEXIÓN FINAL: MIEDOS Y DESPLAZAMIENTO.....	227
Sobre la experiencia del desplazamiento	227
Sobre el proceso de inserción a la ciudad	229
Sobre las políticas públicas	235
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	239

Agradecimientos

Nuestro reconocimiento a todas las personas desplazadas que de manera generosa se mostraron dispuestas a depositar su confianza y compartir sus dolores y sueños, en un otro representado en cada una de nosotras como investigadoras. Esperamos con esta reflexión poder contribuir, con un granito de arena, a su reconocimiento social.

PRESENTACIÓN

Durante largo tiempo, fue ignorado el problema de los desplazamientos forzados. Ahora no puede continuar así, no solamente por su dimensión, sino porque se ha convertido en uno de los mayores aspectos relacionados con el conflicto armado. Bastaría solamente evocar las cifras alarmantes del 2001 y 2002 para convencerse. En el caso colombiano no se trata de “purificación étnica” sino primordialmente de purificación “política” en el marco de las tentativas de diversos actores para expandir su territorio. El resultado no es muy diferente: Colombia se ha convertido en uno de los países del mundo con mayor número de desplazados.

Sin embargo, son pocos los trabajos de investigación en torno a este tema. Es verdad que se cuenta con estimaciones cuantitativas que son aproximativas en razón de las dificultades inherentes a este trabajo estadístico. También hay trabajos que

describen la catástrofe humanitaria que representa este éxodo forzado y hay estudios económicos que subrayan la pérdida del capital humano allí implicado. Todo esto es a la vez mucho y poco. No solamente expresan la falta de una mayor fineza en los censos demográficos y en la verificación estadística, sino que es raro ver en estos estudios la descripción del mundo social de las personas desplazadas.

De ahí la importancia de este texto dedicado a las personas desplazadas de Medellín. Aquí se ofrece un importante material sobre el recorrido desde sus lugares de expulsión hasta su instalación en la ciudad.

El desplazamiento no es solamente el desprendimiento forzado de la “trama social” del sitio de partida. A menudo esta trama fue resquebrajada profundamente mucho antes de la salida: las amenazas, el miedo, la muerte han obligado a la desconfianza y al silencio. Entre los que decidieron permanecer en el lugar, muchos de ellos viven de hecho allí en condición de desplazados. Pero el desplazamiento es también la dificultad de insertarse en una nueva urdimbre social en el punto de llegada. Esta obra describe la experiencia del traslado y del trayecto, pero su importancia tiene que ver también por el lugar que da, en su análisis, al asentamiento en la llegada.

En la época de La Violencia, las grandes ciudades se convirtieron en refugios. La novedad de la situación actual es que esto sucede mucho menos de esta manera. Los protagonistas armados ilegales hacen sentir también su presencia y los desplazados se encuentran con frecuencia enfrentados de nuevo a amenazas,

miedo y muerte en las ciudades donde llegan. Además, no son raros los desplazamientos intra-urbanos que muestran una forma de escapar a esta reciente situación y presión en las ciudades.

Los desplazados se encuentran, al mismo tiempo, tratados como sospechosos ante los ojos de la población en la ciudad, como si ya estuvieran contaminados por el sólo hecho de haber vivido en regiones controladas por los actores armados ilegales. Esto explica la razón para que muchos de ellos no quieran registrarse como desplazados e intenten fundirse entre los demás habitantes de la ciudad.

El resto de la población padece a menudo un nivel bastante parecido de miseria y las autoras muestran que los desplazados son sometidos a una exclusión que no es solamente por ausencia de recursos: ella es resultado de la estigmatización que los golpea, de su relegación en las zonas periféricas difícilmente urbanizables, de la carencia de la ayuda pública. Esta exclusión viene sobre todo del hecho de no disponer más que de una memoria en pedazos, la que no deja que los relatos fragmentados individuales se transformen en relatos colectivos debido a que su futuro está dominado por una radical incertidumbre.

Con un justo título, las autoras insisten en el tema del “reconocimiento”. Se trata de un aspecto esencial. Es necesario abordarlo para que los desplazados no sigan siendo percibidos como sospechosos, ni destinados como víctimas, para que puedan poco a poco constituirse en ciudadanos que reclaman lo que les es debido en nombre de su ciudadanía. O simplemente para que ellos puedan actuar más colectivamente.

Esta bella obra tiene muchos méritos. Lo más importante es quizás el hecho de ser una contribución a esta problemática del reconocimiento.

Daniel Pécaut
Escuela de Altos Estudios
en Ciencias Sociales, París.

INTRODUCCIÓN

En la perspectiva de lo que conecta el mundo encontramos, al lado de las operaciones financieras, la telemática, la unificación de mercados y los modos de consumo, un personaje: el migrante; una situación: la guerra; y un sentimiento: el miedo. En torno a ellos se construyen discursos que circulan globalmente, prácticas y políticas que parecen estar advirtiendo sobre la configuración de nuevos órdenes mundiales —colocando al centro categorías que se creyeron caducas como las de nativos/extranjeros, amigos/enemigos, buenos/malos— y nuevos mapas de los incluidos y los excluidos.

Ya sea por razones económicas, por los conflictos que acechan al mundo o por las exigencias de la competitividad, se constata la existencia del migrante como ser emblemático del mundo contemporáneo; un ser itinerante que, al atravesar fronteras territoriales, sociales y culturales adquiere la cualidad de estar siempre en tránsito, de dejar de ser lo que era sin llegar a adqui-

rir otra identidad desde la cual hacerse a un lugar en el mundo. A pesar de que se escuchan voces que reivindican la necesidad de valorar el aporte de los movimientos migratorios en la construcción de sociedades y culturas más plurales, diversas e incluyentes, es notoria la fuerza que toman en el mundo expresiones xenófobas, políticas de control de la inmigración y movimientos nacionalistas que construyen una representación peligrosista del inmigrante como generador de miedo en tanto portador de amenazas que ocasionan inseguridad, pobreza o desestructuración moral y cultural.

Pero el miedo va mucho más allá del producido, desde ciertas matrices sociales y culturales, por el migrante. Después del 11S queda claro que las narrativas sobre el miedo se han globalizado y que hoy ya es casi imposible sustraerse de esa comunidad de amenazados que, como dice Ulrich Beck (1998), teje lazos de solidaridad, parámetros de comportamiento, usos del espacio y políticas públicas en torno al sentido compartido del miedo. Y también que todo esto es alimentado, entre otras cosas, por potentes industrias armamentistas que basan su oferta de seguridad justamente en la perpetuación del miedo.

Esto se corresponde con un ambiente mundial de proliferación de más y nuevas modalidades de guerras que, contrario a lo previsto, no cesaron con el fin de la guerra fría. Tan sólo en la década del noventa se calcula que hubo 61 conflictos —de los cuales sólo tres fueron entre estados y el resto, guerras internas por razones religiosas, étnicas o nacionalistas— que cobraron alrededor de 5 millones de vidas (Koffee, 1999). Este dato, ya de

por sí escabroso, es muchísimo más grave si se considera otro de los efectos de la guerra: el desplazamiento forzado. Según Naciones Unidas, alrededor de 25 millones de personas en el mundo viven bajo esta condición: personas que huyen y abandonan su lugar “como resultado o para evitar los efectos de un conflicto armado” (Deng, 1998). Por esto, para este organismo el desplazamiento significa “uno de los fenómenos más trágicos de nuestro tiempo”: desarraigo, pérdida de lazos sociales, negación del acceso a necesidades vitales como la vivienda, la alimentación o la medicina, persecución, exclusión y estigmatización; ciudadanía en vilo, territorios excluidos, estados frágiles ante el deber de proteger y velar por una vida digna para todos sus asociados, son otros de los signos a través de los cuales se conecta y globaliza el mundo.

En América Latina, las guerras vividas en países como El Salvador y Guatemala dejaron, entre muchas de sus huellas, la de cientos de miles de desplazados internos y refugiados que abandonaron sus lugares, muchos de ellos para siempre, huyendo del terror de la guerra. En Guatemala se calcula que entre 1981 y 1983 hubo alrededor de un millón de desplazados. Colombia por su parte, aporta a esta cifra mundial la nada honrosa cifra de 3 millones de personas que, como producto de la guerra que enfrenta nuestro país, han tenido que abandonar su lugar en los últimos 20 años.

El miedo juega un papel central en el fenómeno del desplazamiento a nivel mundial. Se trata de un sentimiento que se genera ante la percepción de un peligro real, supuesto o anticipado y

que motiva respuestas diferentes, ya sea de aquietamiento, acción o huida (Delumeau, 1989; Mannoni, 1984). Entendido así, podemos decir, en principio, que el desplazamiento se inscribe en las respuestas de huida: es una forma de evitar un peligro real o latente¹. En este sentido, la Corte Constitucional ha propuesto entender por personas desplazadas no sólo a quienes han huido por una acción específica sino “en razón del riesgo que observan para su vida e integridad personal, peligro que se deriva de las amenazas directas que le son formuladas o de la percepción que desarrollan por los múltiples actos de violencia que tienen lugar en sus sitios de residencia” (Corte Constitucional, Sentencia SU 1150). No obstante, sabemos que en muchos casos esta percepción del peligro se transforma en verdaderas experiencias de terror ante la vivencia de hechos cada vez más crueles y desestructurantes del entorno social.

Pero el miedo no desaparece después de ese primer momento. El temor a que se repitan las historias de muerte y persecución que los acompañan, genera diversas estrategias de visibilización o invisibilización; temor a ser identificado por quienes los hicieron partir, pero también a no ser reconocidos como ciudadanos. Todas estas situaciones crean un gran campo de incertidumbre que media de manera clara en el proceso de inserción y activa una amplia gama de respuestas e iniciativas de protección y acción.

1. Según datos de la Consultoría para el Desplazamiento y los Derechos Humanos -Codhes-, las amenazas constituyen el 64% de las motivaciones para el desplazamiento, seguidas por asesinatos (14%), torturas (1%) y “otros” (15%), entre los que se incluye “el miedo”, la “persecución”, “intento de secuestro” y el “boleteo” (Codhes, 2002).

Desde el punto de vista de la población receptora, el desplazamiento también activa miedos que inciden de manera directa en la comprensión del fenómeno y, sobre todo, en las posibilidades reales de lo que en las leyes internacionales y nacionales se ha denominado “restablecimiento de la población desplazada”. Hoy es sabido que la gran mayoría de la población que ha vivido el desplazamiento y llega a la ciudad, no quiere volver a su lugar de origen, ya sea por que no están garantizadas las condiciones de retorno o porque encuentra en la ciudad posibilidades que allí le son negadas². A pesar de que se ha desarrollado una importante labor de asistencia social por parte de diferentes instituciones, se constata una gran resistencia a aceptarlos como ciudadanos con plenos derechos, tanto de parte de la población directamente receptora, como de las instituciones públicas y la ciudadanía en general.

Desde el punto de vista de las políticas públicas, Naciones Unidas señala entre los principios rectores para la atención de los desplazamientos internos, relativos al reasentamiento y reintegración, que “no serán objeto de discriminación alguna basada en su desplazamiento. Tendrán derecho a participar de manera plena e igualitaria en asuntos públicos a todos los niveles y a disponer de acceso en condiciones de igualdad a los servicios públicos” (Naciones Unidas, 1999). No obstante, uno de los principales obstáculos para la implementación de políticas en-

2. Los desplazados en su mayoría (68%) prefieren permanecer en el lugar donde se encuentran “porque la violencia se mantiene” en los lugares de origen, el 18% insiste en opciones de ubicación en otras zonas del país, especialmente en el campo, y el 14% manifiesta su deseo de retornar para “reunificar la familia” o “recuperar los bienes abandonados”. (Naciones Unidas, 1999).

caminadas a la integración social y política de esta población es justamente la estigmatización de que es objeto, tanto por parte de la sociedad como de las mismas entidades públicas.

En nuestro criterio, las posibilidades de avanzar efectivamente en el proceso de reasentamiento y reintegración de esta población supone reconocer, en primer lugar, que son un actor ineludible de las dinámicas urbanas sociales y políticas; visibilizarlos como sujetos que se juegan, al igual que miles de personas, el derecho a la ciudad y a reconstruir su proyecto de vida en condiciones de dignidad y desde allí aportan a la construcción de la ciudad y a su diversidad social y cultural; y en segundo lugar desactivar las múltiples formas de discriminación basadas en estigmas que se han construido a través del tiempo desde diversos lugares de la sociedad. Los resultados de la investigación que presentamos a continuación pretende aportar en este sentido.

El lugar de la pregunta

El punto de partida es: El miedo no sólo es uno de los factores explicativos del desplazamiento, es un sentimiento que acompaña a la población en situación de desplazamiento en todo el trayecto de búsqueda de un nuevo lugar físico, social y simbólico; que se exacerba en la población receptora con su llegada, activando viejos temores sociales, y que incide de manera directa en los imaginarios y en las prácticas sociales y políticas que favorecen o limitan procesos de inclusión social.

Tanto el miedo como el desplazado son construcciones sociales: El miedo se experimenta individualmente, se construye so-

cialmente y se interpreta desde contextos culturales específicos, esto es, más allá de una respuesta biológica el miedo habla de una percepción social sobre lo que es amenazante y sobre las maneras de responder desde anclajes sociales y culturales específicos a esa amenaza. Social y culturalmente aprendemos a qué temer y cómo responder a esos temores (Villa, Sánchez y Jaramillo, 2003). El desplazado, por su parte, nos habla más que de una identidad, de una condición mediada, entre otros factores, por las visiones que desde la sociedad receptora y el Estado se construyen frente al fenómeno del desplazamiento y a las personas desplazadas, y por las autopercepciones que las mismas personas desplazadas tienen sobre sí mismas, acorde son sus trayectos de vida y visiones del mundo. Por tanto, desde la exploración de un factor de índole subjetiva, como son los miedos experimentados por sujetos sociales y las respuestas que se construyen para enfrentarlos, pretendemos dar cuenta de la existencia o no de condiciones que puedan favorecer su inserción social, cultural o política.

Esta perspectiva implicó una opción metodológica que pusiera al centro las percepciones y visiones producidas en tres ámbitos sociales: la población desplazada, la población receptora y el Estado. En el primero, indagamos por las vivencias de las personas que han sufrido el desplazamiento, por los sentidos explicativos que han construido sobre esta experiencia, por sus miedos y las respuestas que construyen para enfrentarlos. En el segundo, nos acercamos a aquella población que desde más lejos o más cerca, cognitiva y espacialmente, ha visto aparecer ante sus ojos a estos pobladores y ha construido también inter-

pretaciones y estrategias diversas ya sea para evitarlos o reconocerlos como nuevos vecinos. En el tercero, el ámbito del Estado, también indagamos por las percepciones que se han construido frente a la población desplazada y su impacto en las políticas públicas.

Coherente con los objetivos y el enfoque teórico y metodológico se emplearon diversos instrumentos metodológicos: talleres de memoria con población desplazada, entrevistas a profundidad con los diferentes grupos poblacionales, revisión de políticas y documentos gubernamentales referidas al desplazamiento y a los desplazados, grupos de discusión con población receptora y funcionarios públicos para explorar y contrastar percepciones y relaciones con población desplazada. También se realizó trabajo de campo en dos asentamientos ubicados en la zona centrorienta de Medellín, Altos de La Torre y El Pacífico, donde la Corporación Región desarrolla una labor de educación y acompañamiento a población desplazada.

Para la selección de las personas con quienes se desarrollaron los talleres y entrevistas, se tuvo en cuenta su procedencia (Urabá y el Oriente antioqueños), el tiempo de permanencia en la ciudad y el género, con la intención de establecer diferencias o similitudes entre mujeres y hombres sobre las percepciones que se construyen frente al miedo, las maneras de afrontar la experiencia de desplazamiento y su inserción en la ciudad. En cuanto a los funcionarios públicos se tuvo en cuenta la pertenencia a instituciones encargadas de la atención a la población en condición de desplazamiento.

La elaboración de los resultados investigativos se hizo teniendo en cuenta la observación de confidencialidad tanto en lo que respecta a sus identidades como al manejo de la información.

Los capítulos

Los resultados de *La investigación la incidencia del miedo en las formas de inclusión y exclusión de la población en condición de desplazamiento en Medellín* se exponen en 6 capítulos:

El primer capítulo se refiere a los contextos de desplazamiento en las regiones del Urabá y el Oriente antioqueños con énfasis en las similitudes y diferencias en los procesos de desplazamiento y acerca de las condiciones que presenta Medellín como ciudad receptora.

El segundo capítulo está dedicado a las experiencias de miedo y terror vividas con el desplazamiento. El acento está puesto en las miradas que se construyen frente al conflicto, las estrategias de terror puestas en práctica por los actores armados, las estrategias de resistencia de la población y los motivos que finalmente conducen a la huida.

El tercer capítulo se centra en la experiencia en la ciudad teniendo en cuenta las diversas trayectorias hasta el establecimiento en asentamientos, las estrategias de sobrevivencia, los miedos vividos en la ciudad y las dificultades a las cuales se ven enfrentados para la reconstrucción de sus proyectos de vida.

El cuarto capítulo se refiere a la percepción de futuro que, desde los trayectos personales, la experiencia del desplazamiento y su experiencia en la ciudad, construye esta población. Desde allí

se pregunta por las posibilidades o no de reconstrucción de los proyectos de vida.

El quinto capítulo se dedica al examen de las diversas visiones que desde lo social y en relación con la distancia espacial, cognitiva o en razón de la pertenencia a un determinado estrato o nivel educativo, se comportan frente a la población en condición de desplazamiento.

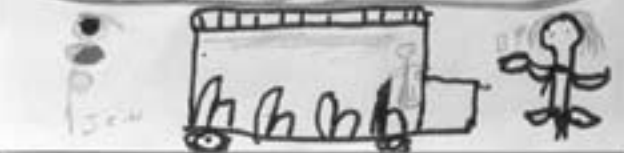
El sexto capítulo hace una aproximación a las diversas percepciones que tienen los funcionarios encargados de la ejecución de políticas de atención a la población desplazada, frente a ella y a sus posibilidades de inclusión en la ciudad.

La realización de esta investigación ha sido posible gracias a la persistencia de la Corporación en el reconocimiento de la investigación como un componente de su perfil institucional y de su quehacer cotidiano, así como al apoyo de Colciencias con la aprobación del proyecto puesto a su consideración.



VAMOS DE URBES
PARA MI C/ ^{no me} ^{de mas} ^{violencia}

Trabajo me ^{cambiando}
Y LA FAMILIA ^{la vida}



Para la investigación *La incidencia del miedo en las formas de inclusión y exclusión de la población en condición de desplazamiento en Medellín*, la Corporación Región tuvo como referentes a personas en situación de desplazamiento forzado que viven en los asentamientos Altos de la Torre y el Pacífico ubicados en la comuna 8, zona centrorienta de Medellín, en la periferia de los barrios Llanaditas e Isaac Gaviria. Estos asentamientos se encuentran por fuera del perímetro urbano.

Las fotografías que aparecen en la separación de los capítulos, son el resultado de los talleres de memoria realizados con hombres y mujeres de los asentamientos Altos de la Torre y El Pacífico.

En estos talleres se preguntó por los hitos que han marcado sus vidas y las respuestas se plasman en dibujos hechos por cada asistente, para luego armar la colcha de retazos a partir de la cual se reflexiona sobre lo común que tienen con la experiencia del desplazamiento y la vida en la ciudad.

Dibujo realizado por una participante del taller de memoria con mujeres del asentamiento Pacífico.

La imagen remite a la experiencia en la ciudad destacando simultáneamente al Urabá como lugar de procedencia.

CAPÍTULO I

REGIÓN, CIUDAD Y DESPLAZAMIENTO

En concepto de Kamel Morjane, delegado de la Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados —Acnur—, “Colombia presenta una de las situaciones más graves del mundo en materia de desplazamiento, la tercera en magnitud y número de población desplazada, y la primera o segunda por la complejidad, que es bastante parecida a la de Sri Lanka”¹. Ciertamente este pronunciamiento reitera lo ya dicho por destacados funcionarios de diversas entidades internacionales, y nacionales y por estudiosos del fenómeno del desplazamiento. Lo paradójico es que los avances que se han producido en el conocimiento y análisis de esta problemática, no logran tener mayor repercusión en el reconocimiento por parte de la sociedad y del Estado del desplazamiento como un tema prioritario, siendo esto más grave en aquellas regiones severamente afectadas por el desplazamiento, como pasa en Antioquia.

1, “No me imaginaba que la situación fuera tan seria”. Periódico El Colombiano (en línea), disponible en www.elcolombiano.com Consulta: 1 de mayo del 2004.

Para 1998, un estudio de la Conferencia Episcopal acerca del desplazamiento en Antioquia llamaba la atención sobre la ocurrencia de procesos de desplazamiento en todas las regiones del departamento² (Conferencia Episcopal, 2001). Seis años después, Antioquia es una de las regiones más críticas. Según el balance de la Red de Solidaridad, actualizado a 15 de marzo del 2004, Antioquia presenta las cifras más altas de todo el país en lo que concierne a población expulsada con 238.844 y con 53.551 hogares desplazados. También se destaca como receptor de población desplazada: 205.414 personas y 45.560 hogares (Red de Solidaridad, 2004).

Más allá de las cifras, es importante comprender la complejidad que reviste este fenómeno y sus múltiples impactos, especialmente entre la población que lo ha sufrido. Como lo señala el estudio de la Conferencia Episcopal, el desplazamiento es un fenómeno heterogéneo, es decir, presenta características diversas de acuerdo a cada región y localidad, a las temporalidades y a las dinámicas bélicas del conflicto armado, a las estrategias de terror ejercidas por los actores armados para tener control sobre territorios y poblaciones, y a las modalidades del desplazamiento.

De acuerdo con este enfoque, consideramos pertinente introducir algunos elementos de contextualización referidos a las condiciones que presentan las regiones de procedencia de la población

2. De acuerdo con la división político administrativa Antioquia está conformada por 9 subregiones: Urabá, Occidente, Norte, Suroeste, Oriente, Nordeste, Bajo Cauca, Magdalena Medio y Valle de Aburrá.

con la cual hemos desarrollado la presente investigación, Urabá y el Oriente antioqueños, y acerca de Medellín como lugar de recepción.

1.1 Urabá y el Oriente, senderos cruzados

Urabá es una región de poblamiento reciente (hace 50 años tenía sólo 15.000 habitantes, hoy se estiman en 435.000) en la que prima su condición de zona de frontera y una dinámica territorial que presiona por la articulación física y social de su territorio y la transformación de su situación de exclusión histórica a la de una región reconocida y con presencia del Estado (García, 2003). También Urabá se ha caracterizado por la pervivencia histórica de conflictos ligados a la colonización, la explotación de sus recursos, la concentración de la propiedad territorial y a su configuración como zona de refugio de rebeldes y perseguidos por las guerras civiles del siglo XIX y por la violencia política bipartidista del siglo XX (Uribe, 1992). Con la instalación de la agroindustria bananera y la presencia de actores armados ilegales en disputa por el control de este importante territorio, Urabá se transforma en un escenario de guerra y epicentro del desplazamiento, particularmente en las décadas de 1980 y 1990.

El Oriente, por el contrario, es una región consolidada que jugó papel importante en la configuración histórica de Antioquia, que mantiene lazos estrechos con el Área Metropolitana de Medellín, que cuenta con fuerte presencia de las instituciones y con actores organizados que participan en la orientación de los destinos de su colectividad. Sin embargo, estos niveles de cohesión son relativos,

dada la existencia de una zona de frontera correspondiente a lo que hoy conocemos como el Oriente Lejano³, con características similares a las de Urabá como la pervivencia de conflictos asociados a la colonización, concentración de la propiedad territorial, y su importancia como lugar de refugio de campesinos e indígenas expulsados de sus territorios y perseguidos por la violencia bipartidista (Uribe, 1989:51-76).

No obstante las diferencias en el proceso de configuración de estas dos regiones, es posible establecer similitudes en razón de la importancia estratégica que adquieren en el contexto nacional y regional desde mediados del siglo XX. Mientras que en Urabá se da una época de auge de la agroindustria del banano y de la aún más próspera economía ilegal del contrabando y el narcotráfico, el Oriente se convierte en un centro estratégico con la construcción del aeropuerto internacional de Rionegro, de una zona de embalses que genera el 30% de la energía eléctrica nacional y de la autopista Medellín-Bogotá.

Estas transformaciones, en un contexto de intensificación del conflicto armado, van a tener importantes repercusiones en la conflictividad reciente y en las dimensiones que adquiere el fenómeno del desplazamiento.

A partir de la década de 1980, las Farc, en consonancia con una estrategia de expansión de sus frentes, intensifican su presencia en Urabá con el propósito de ejercer un dominio pleno sobre la

3. Del Oriente Lejano forman parte municipios más afectados por el desplazamiento como San Luis, San Carlos, San Rafael, San Francisco y Cocorná hacia la zona de vertiente, y Nariño y Argelia hacia el sur.

región, lo que conlleva la intensificación de su disputa con el Ejército Popular de Liberación (EPL), con presencia en la región e influencia sobre la organizaciones y el movimiento sindical de los trabajadores del eje bananero. La contrapartida a esta ofensiva fue una creciente militarización de la región y el surgimiento, en 1987, de fuerzas paramilitares por influjo de narcotraficantes y militares. Todo ello acarreó un notable incremento de los asesinatos de líderes sindicales y sociales, de las masacres y del flujo de población forzada a abandonar sus veredas y refugiarse en los municipios del eje bananero, Chigorodó, Turbo y Apartadó⁴.

La década de 1990, sin embargo, comienza con un hecho de paz: la desmovilización del EPL, resultante del proceso de negociación iniciado en el gobierno del presidente Belisario Betancur. Pero este acontecimiento no logra la pacificación, pues la ofensiva de las Farc, sumada al accionar del ejército y los paramilitares, empeñadas en una reconquista de la región y en copar el territorio, lleva al exterminio de los reinsertados (García, 1996). Entre 1995 y 1997 la población de Urabá, principalmente la del eje bananero y de las zonas de influencia de las Farc, se convierte en blanco de las atrocidades cometidas por los actores armados, lo que acarrea grandes desplazamientos, tanto desde las veredas hacia las cabeceras municipales como hacia otras regiones de Antioquia (Bajo Cauca, Chocó, Occidente, Nordeste) y hacia Medellín⁵.

4. De acuerdo a las cifras de la Red de Solidaridad al municipio de Chigorodó, entre 1995 y el 2004 han llegado 2.798 personas desplazadas y han salido 3.469; a Apartadó han llegado 6.700 personas y han salido 10.376 (Red de Solidaridad, 2004).

5. Para 1996 el Departamento de Prevención, Atención y Recuperación de Desastres de Antioquia reportaba que el número total de desplazados ascendía a unas 50.000 personas, de las cuales aproximadamente 15.000 provenían de Urabá (Conferencia Episcopal, 2001).

En el Oriente, los años 80 marcan un momento de auge de los movimientos sociales, con la emergencia de un movimiento cívico articulado por las demandas de la población afectada por la construcción de varias represas, de la autopista Medellín-Bogotá y por las alzas en los servicios públicos. En la casi totalidad de los municipios del Oriente se llevaron a cabo marchas, paros cívicos y asambleas populares que sirvieron para la formación de una generación de líderes, varios de los cuales fueron elegidos alcaldes derrotando a exponentes de la clase política tradicional. Pero esta experiencia de movilización y organización social fue vista como amenaza por parte de grupos de poder que, apoyados en la conformación de grupos de “limpieza” y “escuadrones de la muerte”, llevaron a cabo una sistemática labor de exterminio de los líderes, amedrentando a la población, especialmente en aquellas localidades consideradas como la base de apoyo de los movimientos cívicos y los núcleos de guerrilla de las Farc (García, 1985). Desde ese momento se hicieron más frecuentes los desplazamientos de población hacia las cabeceras municipales.

En la década de 1990 el eje del conflicto, al igual que en Urabá, se centra en lo militar, dada la expansión de las guerrillas de las Farc y el ELN, especialmente en veredas y municipios aledaños a la zona de embalses y de vertiente, y a raíz de acciones de gran impacto como los bloqueos a la autopista Medellín-Bogotá, el derribamiento de torres de energía, las tomas de pueblos, secuestros de alcaldes y funcionarios, y el incendio a fincas de recreo en El Peñol y Guatapé.

Para este momento, el gobernador de Antioquia, Álvaro Uribe, promovió la conformación de una red de cooperativas de vigilancia (Convivir) y una estrategia contrainsurgente por parte del ejército. Así mismo en Urabá, las Autodefensas de Córdoba y Urabá —ACU— emprendieron una campaña de “limpieza” en territorios con presencia de la guerrilla y en contra de la población señalada como auxiliadora de la subversión.

La transformación del Oriente en una zona disputada por guerrilla, paramilitares y ejército convierte a la población civil en blanco de sus acciones y agrava el flujo de población desplazada hacia las cabeceras de los municipios de San Luis, San Carlos, San Francisco, Cocorná, Argelia, Sonsón y Nariño. Según los datos aproximativos de la Red de Solidaridad, estos municipios ocupan un lugar destacado en el panorama nacional como lugares expulsores y receptores de población desplazada⁶.

A diferencia de Urabá, en el Oriente se logra generar una capacidad de respuesta de la sociedad local, liderada por la Iglesia Católica (Diócesis de Sonsón-Rionegro), por diversas instituciones, autoridades municipales y organizaciones sociales para el diseño y gestión de alternativas tendientes a la humanización del conflicto y ayuda a la población desplazada. Pero su capacidad de atención se ve rebasada por la intensidad del desplazamiento.

6. Desde 1995 y hasta el 15 de marzo del 2004 las cifras de personas que han llegado desplazadas y las que han salido son respectivamente: 3.695 personas y 14.222 en San Carlos; 3.037 y 8.429 en San Francisco; 8.623 y 10.796 en San Luis; 2.699 y 7.792 en Cocorná; 550 y 2.205 en Sonsón; 553 y 9.883 en Argelia; y 352 y 1.712 en Nariño. Por su parte Rionegro ha recibido a 3.217 desplazados y 665 hogares (Red de Solidaridad, 2004).

1.2 La ciudad

Desde hace dos décadas Medellín se convirtió en destino de gentes provenientes de otras regiones del departamento y de otros lugares del país. Las cifras de la Red de Solidaridad reportan la llegada de 72.283 personas y 17.091 hogares a Medellín y los demás municipios que conforman el Valle de Aburrá⁷ entre 1995 y hasta el 15 de marzo del 2004 (Red de Solidaridad, 2004). Pero es claro que esta cifra podría ser mucho mayor porque la Red sólo consigna la información correspondiente a la población registrada.

La experiencia de esta generación de desplazados presenta importantes similitudes con la historia vivida por aquellas gentes que, desde mediados de siglo XX, también se vieron forzadas a abandonar sus lugares de vivienda por motivos relacionados con la violencia política.

En el transcurso de la década de 1950 se produjo la llegada de los considerados en ese entonces “refugiados de la violencia”. Buena parte de ellos provenía de aquellas regiones que fueron epicentro de la violencia: Occidente, Suroeste, Nordeste y el Magdalena Medio⁸. En los comienzos de esa década se localizaron en “núcleos piratas” en sectores aledaños a los barrios Manrique, La América, Robledo, Belén, La Toma, Guayabal y a la Autopista

7. Envigado, Itagüí, Sabaneta, Bello, Girardota, Barbosa, La Estrella.

8. La violencia política en Antioquia empezó simultáneamente en los municipios del Valle de Aburrá y el Suroeste. Luego pasó a Urrao y al eje formado por las localidades de la carretera al mar. Se dirigió después al Nordeste, luego al Bajo Cauca y más tarde a Puerto Berrío y el Magdalena Medio (Mesa, 2000).

Norte. Un informe elaborado por la Oficina de Planeación en 1958 revelaba la existencia de una amplia zona de tugurios en el centro de la ciudad, La Alpujarra, San Benito y los alrededores de la Estación Villa, el Cementerio Universal y La Iguaná.

Aunque la presencia de esta población fue considerada por los sectores más tradicionales como “focos de desorden” por la falta de higiene, el hacinamiento, la promiscuidad en la que vivían, “con riesgo para la fidelidad y la castidad de los jóvenes” (Jaramillo, 2001:10), la administración local y algunas entidades de beneficencia desarrollaron algunas iniciativas para mejorar su situación. Así fue como en 1962 se inició un plan de erradicación de las zonas de tugurios ofreciendo soluciones de vivienda. Pero este momento coincidió con la llegada de nuevos migrantes provenientes de aquellas zonas en donde se llevaba a cabo una labor de exterminio de los últimos focos de resistencia bandolera: Bajo Cauca, Magdalena Medio y el Occidente antioqueño.

La llegada de esta población, en los comienzos del Frente Nacional, se tradujo en la conformación de los denominados “barrios de invasión”, en las laderas de la ciudad, zonas nororiental y noroccidental. De esta época datan los barrios Santo Domingo, Popular, Granizal, Moscú y Santa Cruz en la zona nororiental, y Santander, Pedregal, La Esperanza, Florencia y Tejelo en la noroccidental.

La construcción de estos barrios generó grandes resistencias, ante problemas de orden público a raíz de los frecuentes enfrentamientos de pobladores y policía y la presencia de sacerdotes

partidarios de la nueva corriente de la Teología de la Liberación, que hacia los años sesenta irrumpió en el país con un discurso de renovación de una Iglesia Católica comprometida con los pobres y con la justicia social.

Con razón Alonso Salazar (1996:128) se refiere a los migrantes de los cincuenta y sesenta como los artífices de una “segunda fundación de Medellín”; de esa nueva ciudad que fue apareciendo en las laderas y que no sólo requería una adecuada atención en el préstamo de servicios públicos, la pavimentación de las vías o la inclusión en el perímetro urbano, sino, ante todo, la inclusión cultural y política de sus habitantes. Sin embargo, la postura predominante entre los sectores más influyentes de la sociedad local fue la de la exclusión al ser considerados como una amenaza para el orden público, para la proyección de Medellín como epicentro de progreso y para la preservación de la moral y las buenas costumbres.

En un intento por impedir la aparición de nuevos barrios de invasión, un fenómeno generalizado en las principales ciudades del país en la década de 1960, el gobierno de Guillermo León Valencia expidió la ley 66 de 1968, prohibiendo explícitamente a los gobiernos locales dotar de infraestructura a los “asentamientos piratas” y a las “invasiones” ubicadas por fuera del perímetro urbano. Pero esta disposición no logró disuadir a gentes que continuaron llegando a la ciudad huyendo de la pobreza y de los fenómenos de violencia que durante los años 70 y 80 se intensificaron en las áreas rurales. Aunque este flujo migratorio no tuvo la magnitud del anterior, implicó la aparición de los que

se denominaron “barrios subnormales”, localizados en sectores aledaños a los otrora barrios de invasión y en zonas de alto riesgo, con mayor probabilidad de desastres naturales y dificultad para instalación de redes de acueducto y energía, así como para la construcción de vías de acceso.

La llegada a la ciudad de esta nueva generación de migrantes coincidió con uno de los momentos más difíciles en la historia de la ciudad debido al auge del narcotráfico, el sicariato, el incremento en las muertes violentas que hizo de Medellín una de las ciudades más violentas del mundo. Esta situación acrecentó los temores y prevenciones frente a las “comunas”, criterio empleado por Planeación Municipal para la sectorización de la ciudad, pero que a partir de este momento y de manera peyorativa fue empleado para referirse a los barrios de la periferia asociados ya no sólo con el desorden moral y social sino también con el crimen y la violencia, particularmente en aquellos lugares donde se hizo más visible la existencia de bandas sicariales al servicio de Pablo Escobar, jefe del “cartel de Medellín”.

En la década de 1980 se registra la aparición de nuevos “barrios de invasión” que abarcan la zona nororiental y centroriental: La Avanzada, María Cano, Carpinelo, La Cruz, Llanaditas, 13 de Noviembre, Villa Turbay, Villa Liliam, La Sierra, Las Esmeraldas y Santa Lucía. En concordancia con la política de incorporación de la periferia a la trama urbana, las autoridades de Planeación, mediante el acuerdo 009 de 1992, autorizaron la incorporación al perímetro de un número aproximado de 70 “asentamientos subnormales”. Con ello se esperaba poner fin al incontrolado

proceso de ampliación de las fronteras de una ciudad que se consideraba ya había llegado al límite de su crecimiento y que, además, presentaba preocupantes niveles de hacinamiento y escasez de espacios públicos, sobre todo, en aquellos barrios ubicados en las zonas de más alto riesgo.

Pero estas medidas tampoco lograron contener el fenómeno migratorio. En la década de 1990 se inicia un nuevo ciclo de expansión de la periferia con la presencia de otra generación de migrantes, los desplazados por la violencia. Según el estudio de la Conferencia Episcopal, en lo referente al desplazamiento hacia Medellín, entre 1992 y 1995 se empezó a producir la llegada de población procedente de Urabá y Chocó. A partir de 1996 se diversificó la procedencia con la presencia de gentes desplazadas del Norte: Yarumal, Briceño, Sabanalarga; Bajo Cauca: Puerto Valdivia, Caucasia; Occidente: Dabeiba, Ituango; Nordeste: Cisneros. Desde fines de esta década hasta el momento actual ha sido predominante la llegada de gentes provenientes del Oriente antioqueño.

Para el año 2000, la oficina de Planeación Municipal detectó la presencia de unos 52 asentamientos diseminados por la periferia de la ciudad y habitados por una mezcla de desplazados y destechados. Esta presencia se ha extendido hacia los corregimientos de Medellín y hacia Bello e Itagüí⁹, los dos municipios más importantes del Área Metropolitana, que, además, cuentan con una importante tradición como lugares de recepción de población

9. Hasta marzo del 2004 Bello ha recibido a 4.732 personas y 1.000 hogares, e Itagüí a 1.009 personas y 481 hogares (Red de Solidaridad:2004).

migrante debido al funcionamiento de las fábricas textiles de Coltejer y Fabricato.

Entre estos nuevos asentamientos se encuentran El Pacífico y Altos de La Torre, ubicados en la periferia de la zona centroriental. El primero de ellos está conformado por unas 120 familias desplazadas provenientes de diversas regiones del departamento, entre las cuales se cuenta el Oriente, el Occidente y la región de Urabá. Altos de la Torre está habitado por 320 familias. A esta población se suma la presencia de personas y familias en situación de extrema pobreza. Ambos asentamientos se encuentran localizados en zonas de alto riesgo, aledañas a barrios de muy reciente configuración e inclusión en el perímetro urbano. La cercanía no sólo geográfica sino también social y cultural con las personas que habitan los barrios vecinos favorece el establecimiento de formas de cooperación pero también de tensiones.

Otro factor al que es necesario hacer alusión es la pertenencia de estos asentamientos y barrios de periferia a la zona centroriental, que se ha caracterizado históricamente por la presencia de la Iglesia Católica y de los partidos tradicionales y por ser un lugar menos protagónico en los fenómenos de violencia, particularmente en la década de 1980, cuando las miradas se dirigieron hacia la zona nororiental (Naranjo, 1992).

Al igual que las generaciones que los antecedieron en la colonización de las laderas, estos nuevos desplazados por la violencia han recurrido a la “invasión” o al “loteo pirata” para levantar sus ranchos. Pero el sueño de hacerse a una vivienda más estable y en un barrio normalizado pareciera ser más difícil de realizar

por ser terrenos irrecuperables ubicados en estas zonas de alto riesgo y por el recorte en programas de vivienda por parte del Estado. Según los estimativos de la alcaldía de Medellín, en la actualidad existen unas 25.000 viviendas en zonas de riesgo no recuperables, que corresponden a uno 32.500 hogares. A ello habría que agregar un déficit cuantitativo de vivienda (48.843 hogares en la ciudad no poseen vivienda) y un déficit cualitativo que se estima en unas 34.000 viviendas sin algún servicio básico, 50.000 con deficiencias en infraestructura y 38.539 en hacinamiento crítico y sin la posibilidad de disponer de espacios para el encuentro ciudadano y la realización de actividades que favorezcan la convivencia y la construcción de una noción de lo público (Plan de Desarrollo de Medellín, 2004).

La situación de alta vulnerabilidad de esta población de desplazados se evidencia con los incendios que han arrasado varios asentamientos. Es lo que ocurrió con Esfuerzos de Paz, localizado en la zona noroccidental de la ciudad, a consecuencia de una acción de retaliación de una banda delincencial (el “combo de Frank”) contra sus habitantes señalados como colaboradores de sus enemigos, y con el asentamiento Mano de Dios, en la zona centrorienta. Este último evento ha tenido importantes repercusiones en la construcción de diferentes miradas sobre el problema del desplazamiento en la ciudad, sobre la población en situación de desplazamiento y sus posibilidades de inclusión.

Al riesgo de catástrofes producidas por la acción de la naturaleza o por manos criminales se suma la que proviene de los atropellos cometidos por actores armados ilegales que han he-

cho de la periferia un escenario de confrontación con gran peligro para la preservación de la vida, especialmente de niños y jóvenes, como aconteció en la comuna 13 en el marco de la confrontación entre las Farc, los paramilitares, el ELN, los Comandos Armados del Pueblo —CAP—, la policía y el ejército por el control de este territorio.

A diferencia de los desplazados de la violencia bipartidista, esta nueva generación se encuentra con una ciudad que no cumple la función de lugar de refugio que les permita tomar distancia frente a los horrores vividos y ponerse a salvo de sus perseguidores. Pero esta no es una situación exclusiva de esta población. La emergencia del “desplazamiento intraurbano”, es decir, de un barrio a otro, demuestra el impacto que la disputa por el control de territorios en la misma ciudad, y entre los actores armados ilegales, ha tenido entre sectores de población que, al igual que los desplazados provenientes del campo, se han visto forzados a abandonar sus viviendas y sus pertenencias como única opción de salvar sus vidas.

Además, la presencia de actores armados ilegales en la periferia no es un hecho reciente. Se ha convertido en una constante desde los años 70, con la aparición de bandas delincuenciales puestas al servicio del narcotráfico, de la criminalidad organizada, de milicias, de la guerrilla y, de manera más reciente, de los grupos de autodefensa que ejercen un control sobre estos territorios. Según diagnóstico de la administración de Sergio Fajardo, en la actualidad existen 164 grupos armados al margen de la ley, un 90% de las muertes son ocasionadas con armas de fuego

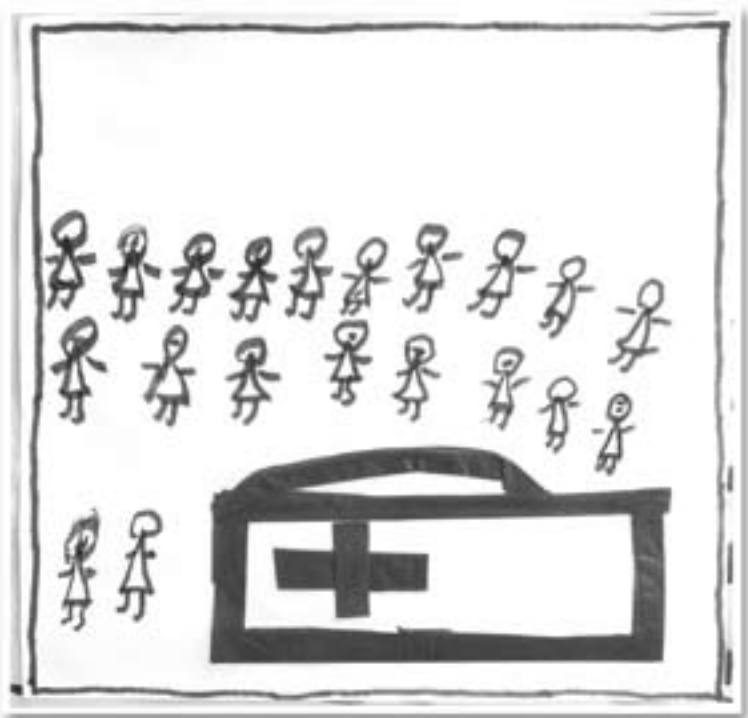
y persiste una alta vulnerabilidad de las poblaciones infantil y juvenil, pues el 53% de las muertes corresponde a jóvenes entre 15 y 25 años (Plan de Desarrollo de Medellín, 2004:16).

Los desplazados de hoy habitan una ciudad en donde la industrialización no es un eje de la economía, como lo fue hasta mediados del siglo XX. El proceso de desindustrialización ha redundado en un aumento del desempleo (14%, una de las cifras más altas del país), en un creciente deterioro en la calidad de vida de la población, en la inestabilidad en los puestos de trabajo, en el crecimiento de la informalidad y en la búsqueda de alternativas de sobrevivencia en actividades ilegales.

A juicio de la actual administración, Medellín presenta una realidad social alarmante que no sólo se circunscribe a la población de los estratos 1 y 2 sino que también abarca a grupos de pobreza extrema que han hecho su aparición en la ciudad y entre los que se cuentan las personas que se han visto forzadas a desplazarse.

El 18.9% de las familias de la ciudad devenga menos de un salario mínimo, el 35.9% hasta dos y el 23.9% de dos a tres; 16 de cada 100 personas tienen sus necesidades básicas insatisfechas, lo que las pone por debajo de la línea de pobreza; de ellas, un 3.5% vive en la miseria; el 41.85% de los menores ubicados en los niveles 1 y 2 padecen desnutrición global y 38.74% de desnutrición crónica; de 381.067 estudiantes de establecimientos oficiales, el 35.3% tiene desnutrición global, el 48.4% crónica y un escandaloso 7.8% padece desnutrición aguda (Plan de Desarrollo de Medellín, 2004:17).

A pesar de la precariedad de la situación socioeconómica en la que se insertan, esta nueva generación de desplazados viene dando muestra de una capacidad de sobrevivencia y adaptación que, de muy diversas formas, se ha nutrido de la experiencia de anteriores generaciones de desplazados por la violencia. Sólo que la continuidad de la guerra y el deterioro de las condiciones de vida en la ciudad pareciera tornar más inciertas las posibilidades de inclusión.



Dibujo realizado por una participante del taller de memoria con mujeres del asentamiento Altos de la Torre.

Los talleres de memoria revelaron como en este caso, que la muerte, ya sea asociada al desplazamiento forzado pero también a la pobreza y falta de atención adecuada en salud, constituye un hito fundamental en sus vidas.

CAPÍTULO II

EL PROCESO DEL DESPLAZAMIENTO: ENTRE EL MIEDO, EL TERROR Y LA RESISTENCIA A LA GUERRA

El miedo es, por definición, miedo de alguien a algo. Se teme por que se percibe que hay una amenaza real o imaginaria; es una reacción psíquica ante un peligro conocido (o que es factible conocer) y que se cree puede generar un mal (Rietzler, 1966). Se teme entonces a algo que es nombrable, identificable y que está por venir. Y es esta facultad de concreción lo que permite que, ante su inminencia, las amenazas puedan enfrentarse; todo miedo va acompañado de respuestas, ya sean de quietamiento, acción o huida (Delumeau, 1989). El desplazamiento es entonces una respuesta al miedo: se huye para salvar la vida.

El terror hace parte del campo de los miedos. Se trata de un estado en el que se cae cuando se corre peligro sin estar preparado: destaca el factor sorpresa y tiene, en principio, un carácter intenso, súbito y de corta duración (Berezin, 1989:33). Sin embargo a esta definición clásica tendríamos que agregar que, en un ambiente perdurable de miedos y de miedos asociados a una con-

frontación armada como la descrita, la experiencia del terror comporta otros elementos: se trata del uso intencionado —e institucionalizado— del miedo que provoca una alerta generalizada y duradera en la que se es posible diferenciar factores psicosociales y fácticos: “Las situaciones de terror entran en una dimensión que sitúa el miedo como elemento consistente, general y duradero en el tiempo, que tiene su génesis en la voluntad del otro (enemigo) que quiere hacer daño bajo la fórmula inicial de un terror psicosocial —que se teje tocando y anudando al individuo y al colectivo— o, en el daño real, definido como terror fáctico” (Acevedo, s.f:6).

En el caso del desplazamiento hablamos entonces de una población sometida por varios años a una serie de prácticas que bien pueden entenderse como estrategias de terror psicológico: una alarma permanente e intencionalmente dirigida hacia la población civil con efectos generalizados de estrés, angustia y miedo (Acevedo, s.f:6). Lo que ocurre con la disputa de actores armados es una exacerbación de esta situación a partir del uso de estrategias de terror fáctico: persecución y asesinatos selectivos de personas acusadas de pertenecer a la guerrilla o a los paramilitares; copamiento de espacios estratégicos por la vía del destierro de sus moradores; tomas armadas de los pueblos; retenes de control del acceso a las veredas. Como lo ha hecho notar Castillejo, para comprender lo que el desplazamiento significa para la gente es imprescindible ponerlo en relación con la configuración de ambientes de terror caracterizados por las amenazas consecutivas y una lenta acumulación de miedos e incertidumbres, asesinatos y torturas (Castillejo, 2002:122).

¿Cómo se ha sentido este entrecruzamiento entre miedo y terror por las personas que han vivido el desplazamiento? ¿Cómo se recuerda hoy este momento? ¿Cómo se da sentido a esta experiencia desde sus concepciones del mundo y de la vida? Estas son algunas de las preguntas que nos hicimos y sobre las que queremos dar cuenta en este capítulo. Más que explicar el desplazamiento, pretendemos dar cuenta de la manera cómo sujetos concretos interpretan a la luz de su experiencia la pregunta ¿Qué motivó el desplazamiento?

2.1 El miedo a la muerte

El desplazamiento se encuentra atado de manera directa a un miedo histórico: el **miedo a la muerte**. Como dice Jean Delumeau (2002), este puede ser consagrado como el gran miedo de la cultura occidental. Lo que ha cambiado a través de la historia es lo que se considera fuente de este peligro. Mientras para unos provienen de la naturaleza, para otros, por el contrario, se sitúa en los efectos de lo que la humanidad ha hecho con la naturaleza y contra la humanidad misma; es lo que algunos han llamado riesgos manufacturados, los producidos por los propios hombres (Giddens, 2000; Beck, et al, 1996). La guerra y el armamentismo se ubican en el campo de estos riesgos manufacturados.

La muerte ¡tan próxima a la vida!

Al decir de Elías Canetti el hacer visible los muertos para que ellos sean vistos es uno de los recursos más utilizados en las guerras para la creación de un sentimiento de amenaza generalizado, no importando si se trata de alguien sin ninguna influencia especial, a

veces hasta es un desconocido. “Lo que importa es su muerte y no otra cosa, hay que creer que el enemigo carga la responsabilidad por ella. Se ocultan todas las razones que podrían haber llevado a matarlo menos una: ha perecido como miembro del grupo al que uno mismo pertenece” (Canetti, 1995:134).

En los relatos que las personas consultadas construyen frente a los motivos del desplazamiento, el miedo a la muerte se destaca como un referente común asociado a diverso tipo de situaciones de riesgo. Es aquí donde el miedo cobra relevancia como causa explicativa del desplazamiento al activar la búsqueda de salidas que hagan posible la preservación de la vida y la defensa de su autonomía.

Entre las mujeres de Urabá, por ejemplo, es persistente el recuerdo de los muertos tirados en las carreteras, o apenas a medio enterrar, devorados por los animales domésticos o despedazados y colgados como racimos de banano; o el haber tenido que presenciar el asesinato de personas conocidas que son bajadas de los buses por parte de encapuchados sin mediar palabra alguna.

Nury llegó a Medellín hace 6 años. A pesar del tiempo transcurrido, algo que no ha podido olvidar es el ambiente que antecedió su decisión de venirse de Urabá y, particularmente, el asesinato de compañeros de trabajo que fueron bajados por encapuchados del bus que se dirigía a la finca bananera en la cual laboraban.

Y me tocó ver que contaban, o sea, en el bus en que yo iba, íbamos por ahí veintiocho personas a abonar, y llegando al batallón Voltígeros pararon el bus y subieron por ahí

tres tipos con una agenda en la mano, y ellos señalaban, en la agenda llamaban por nombre; mi impresión era que yo me bajaba del carro, en el asiento me agachaba cuando empezaban a llamar por lista, me parecía que me iban a decir ¡usted también! y muchos hacían lo mismo. De ahí nos bajaron cinco compañeros, y le dijeron al chofer: ¡arranque! Nosotros nos fuimos con el chofer, llegamos a la finca, entonces el chofer dijo: ¿ustedes se quedan o se van? Entonces todos dijimos: no, nosotros nos vamos con usted, o sea la impresión de ver lo que hicieron allá, nos dio como temor quedarnos en el trabajo, no cumplimos la hora del trabajo sino que nos regresamos en el mismo bus. (Entrevista a Nury. Corporación Región, 2003).

La imagen de los “llamados a lista” de personas que luego son asesinadas, deja en esta mujer, como en muchas otras, la sensación de ser sobreviviente, de que a pesar de haber escapado por cualquier designio de la vida a este riesgo inminente, la sombra de la muerte la acompaña como algo pegadito a la vida.

Esta sensación se acentúa entre las personas que viven de cerca el asesinato de un ser querido y encuentran, en el simple acto de la sepultura, una nueva fuente de riesgos, pues de alguna manera se enfrentan a las amenazas de los actores armados interesados en que los cadáveres sean vistos el mayor tiempo posible por el resto de la población. Rosa, campesina de la vereda Piedras Blancas en Urabá, recuerda cuando recibió la noticia del asesinato de su marido, a quien sujetos armados hicieron bajar del carro en el que iba para su casa y le dieron seis disparos en la cabeza. Aunque la policía se niega a acompañarla “porque ya era muy

tarde”, su decisión de recuperar el cuerpo, con la ayuda de una linterna y la compañía de sus hijas pequeñas, logra conmovier a los choferes del vehículo de la funeraria del lugar.

Cuando los de la funeraria fueron a ayudarme a recoger a mi esposo, la mera noche, me dijeron: “nosotros sí vamos, pero si usted va”, y yo les dije: no desconfíen en Dios, Dios nos cuida. Entonces prendieron el carrito y dijeron: “señora, ¿usted es capaz de irse aquí adelante?”, y yo: Donde sea y si me toca irme atrás me voy, porque yo ando con Dios, voy firme que él me va cuidar, tanto a ustedes como a mí. Cuando me subí al carro invoqué el nombre de Dios para todos: bueno, señor, en tus manos estamos, tanto estos señores que van conmigo, tanto mi alma que también va contigo; y salimos por esa oscuridad, cuando llegamos hacia allá me dijo uno de ellos: “señora, ¿está muy lejos todavía?”; entonces le dije: no aquí a la vueltecita, ahí está; cuando voltió la curva, que apuntó el rayo de luz, ahí estaba tirado en ese pantanero con ese ojo reventado. Entonces lo recogieron, lo subieron y yo me vine atrás con él, ellos se fueron adelante, y yo me vine atrás con él, al oscuro, y no me daba miedo, es que a mí no me da miedo doña señora, yo no sé por qué. (Entrevista a Rosa. Corporación Región, 2003).

En la invocación a la divinidad, Rosa encuentra un eficaz antídoto contra el miedo, así como un apoyo moral para afrontar la muerte de su esposo, que como tantos otros asesinatos ocurridos en Urabá permanece en la impunidad. La prolongación de un estado de confusión por la dificultad para establecer quiénes fueron los responsables y los motivos por los cuales fueron asesinados sus

seres queridos, prolonga el sufrimiento y hace que los muertos no acaben de morir.

Si bien es a las mujeres a quienes por lo general les ha correspondido la tarea de búsqueda de los desaparecidos y asesinados, los hombres también se enfrentan a una encrucijada con su permanencia en estos lugares de muerte, sabiendo que son ellos los que en la mayor parte de los casos corren el riesgo de convertirse en blanco de las atrocidades cometidas por los armados: “Casi siempre al que le tiran es al hombre. ‘ah, fulano es paraco, fulano es guerrillero’, en cambio la mujer, como está es en la casa... por lo regular al que capturan es al hombre, no van a matar a la esposa, van es por fulano”.

La puesta en común de estas experiencias en los talleres de memoria realizados con hombres y mujeres, activó el recuerdo de muchas otras muertes de personas cercanas (padres, hermanos, hijos) en el transcurso de sus vidas, debido a enfermedades que no pudieron ser tratadas a tiempo, a la miseria, y por “la misma violencia que no ha dejado de sembrar muerte”. Así, una muerte evoca otra y todas ellas resignifican el sentido de ser ¡apenas sobrevivientes!

Masacres: una estrategia comunicativa de terror

Crear un espacio de la muerte donde esta sea sentida y presentida no sólo como hecho fisiológico sino como hecho social, es una de las principales estrategias de una cultura del terror (Taussing, 2002). En el contexto de esta guerra, los grupos armados han hecho de la muerte, además de la mejor vía de confrontación

del enemigo, una estrategia comunicativa del terror. Lo que se transmite con un asesinato a los demás, a los que están alrededor, a los familiares y vecinos, a los que miran a través de las puertas y ventanas o de la pantalla del televisor, es su proximidad. Lo que le podría pasar también a ellos. Este es el sentido y el propósito de las masacres realizadas por parte de guerrillas y autodefensas: generar “un terror paralizante duradero” que garantice el sometimiento de las poblaciones (Lair, 1999:71).

Con las masacres, los referentes espacio temporales se ven abruptamente alterados, al igual que las fronteras entre vida y muerte. Los relatos de dos mujeres desplazadas que lograron sobrevivir a masacres en el Oriente y en Urabá proporcionan algunas claves para aproximarnos al entendimiento de los múltiples impactos que ha tenido entre la población esta puesta en escena de la crueldad.

Leonor es sobreviviente de la masacre cometida por las Farc, el 11 de diciembre de 1999, contra los habitantes de la vereda El Prodigio en el municipio San Luis (Oriente antioqueño), en retaliación a la supuesta ayuda que brindaban los pobladores a los paramilitares. Esta acción se produjo después de una primera incursión que provocó la huida de la población en dirección a Puerto Nare. Según los testimonios, en el camino fueron sorprendidos por los paramilitares y obligados a retornar con la promesa de que el ejército llegaría para protegerlos. En efecto, unos 200 soldados estuvieron en el pueblo durante unos pocos días, pero después de marcharse empezaron a llegar “como mil hombres de la guerrilla”.

Cuando se empezó a escuchar la balacera lo primero que hizo Leonor fue buscar un lugar donde esconderse junto con su madre. El miedo que sentía era muy grande porque presentía que la iban a buscar por todas partes “dizque por haberle lavado una ropa a los paracos”. Desde su improvisado refugio Leonor escuchó todo lo que pasaba afuera y los comentarios de otras personas que llegaron en busca de refugio.

Bueno, humillaron a todo mundo, ahí no se quedó nadie que no lo humillaran, a unos los cogían, los cabrestaban de la nuca con una pita; a otros les amarraban las manos, les arrojaban galletas a las malas a la boca, “coman hijueputas, coman paracos hijueputas” y los asesinaban. A una señora le mataron al esposo y al hijo mayor. Le cogieron el esposo y lo hicieron arrodillar en el piso y entonces la señora se fue a tirar a abrazalo, entonces una guerrillera la tumbó pa allá y le dijo “váyase hijueputa no se meta, no sea metida hijueputa que no es con usted” y ahí mismo llegaron y ¡tan, tan! al marido, ¡tan, tan! al hijo mayor y estaban buscando a otros dos hermanos y, decían: “¿dónde están los otros hijueputas que los necesitamos?”. “Ah, ¿que no están? A nosotros, nos tenían a cuarenta en lista y en esos cuarenta estaba yo, menos mal que no nos pasó nada, gracias a Dios. Y esa señora “¡Ay! no me maten mi marido, no me maten a mi hijito”. “No sea hijueputa, no se meta que pa usted también hay”, la tumbaban, le daban con el fusil y la rumbaban y ella cuando los mataron soltó el llanto y ellos le decían “hijueputa y si usted llora, también la matamos”, le dijo la guerrillera. (Entrevista a Leonor. Corporación Región, 2003).

Aunque han transcurrido casi cuatro años después de haber sobrevivido a esta masacre, para Leonor es como si el tiempo se hubiera detenido. La emoción que experimenta al narrar este acontecimiento, su capacidad para recordar las palabras utilizadas por los guerrilleros para producir terror, la deshumanización de las víctimas tratadas como animales, su sed de venganza, su indiferencia ante las súplicas de las esposas e hijos pequeños, las personas humilladas y asesinadas sin contemplación y la sensación de impotencia de quienes como a ella les tocó ser testigos de esta barbarie, es revelador de los horrores vividos por la población.

A pesar de “haberse visto casi muerta”, Leonor logró salvar su vida gracias a la solidaridad de algunos vecinos. “No, nosotros no sabemos nada de ella, no sabemos dónde estará —decía la gente— y no me encontraron y yo estaba en un piso tirada ahí, en un cancel, en unas tablas podridas y me escapé, ahí nos escapamos nosotros”.

Nury es sobreviviente de la masacre de la finca La Chinita¹ en Apartadó. Esta acción fue cometida por las Farc en retaliación contra Esperanza, Paz y Libertad, del EPL, y en medio de la disputa por el control del eje bananero, el corazón del Urabá. A diferencia de la impunidad de otras masacres, la Fiscalía General de la Nación adelantó una investigación que arrojó como resultado la condena de varios integrantes de la Unión Patriótica, incluyendo al alcalde de Apartadó, quien no pudo terminar su mandato (Romero, 2003:178-79).

1. La Chinita fue una invasión promovida por el EPL en Apartadó a comienzos de la década de 1990, en un momento de auge de movimientos de recuperadores de tierra y pobladores en Apartadó, Chigorodó y Turbo (Romero, 2003:174).

Para Nury, la tragedia en La Chinita había comenzado mucho antes de que ocurriera la masacre con la ocurrencia de numerosas muertes, “amanecían tres o cuatro muertos, no sabía uno el por qué pero amanecían; otras veces usted iba en el bus, iba para el barrio y del bus bajaban dos o tres, o por la noche amanecían dos o tres”. Aunque reconoce que vivía “llena de miedo”, el ser propietaria de un rancho para vivir con sus hijos y su madre y las facilidades para conseguir alguna ocupación o rebuscarse la vida con algún negocito, la induce a actuar con indiferencia frente a lo que ocurre a su alrededor, “caras ve corazones no, yo vivía en el barrio pero yo qué voy a saber quién es fulano, yo sabía que yo salía de mi casa a las cinco de la mañana a mi trabajo, regresaba a las seis de la tarde, yo qué voy a saber quién era la vecina ¿sí ve?”.

Así transcurría el día a día, hasta aquel fin de semana en que se programó la realización de una verbena. Era un día de fiesta “donde nadie iba a pensar que algo malo pudiera ocurrir”. No hacía mucho que había empezado el baile cuando a la tienda de su propiedad “fueron llegando ocho hombres muy raros, de poncho y pidieron ocho cervezas y luego arrancaron por la misma cuadra derecho”. Al rato empezó a escuchar una “plomera”.

Eso era como la hora llegada, eso hacía, ¡pra-pra, pra-praparaprará! y descansaba, y al momentico otra vez, ¡tran tran tran tran! y descansaban, cuando a las dos garrafadas vi que empezó a pasar gente que eso parecía alma que llevaba el diablo, nadie le decía a uno qué pasaba sino que corrían desbocados. (Entrevista a Nury. Corporación Región, 2003).

Después de terminada la balacera, volvieron a pasar por su tienda los hombres de poncho y pidieron unas cervezas. Le preguntaron que si había escuchado algo, pero ella se limitó a decirles que “no ha habido nada particular”. Pero apenas se marcharon, ella salió corriendo al lugar del baile para ver qué había pasado.

Yo llegué y eso no se veía sino sangre por toda parte, yo nunca en los años que tengo había visto una multitud de muertos así, yo me metía por acá por este callejoncito y aquí habían por ahí siete, en una sola banca había dos así de pa atrás, vea, ¡despedazados! y les pegaban en el pecho, eso era como un hueco, horrible, horrible, horrible, pero no me daba temor de nada sino de estar como viendo. Mire que a las 8 de la mañana empezó el levantamiento y eran las cuatro de la tarde y no habían acabado, como sería la cantidad de gente, eso había mejor dicho ley de toda parte, y yo me vine de allá, y los pelaítos: mamá, mamá, vámonos de por aquí. (Entrevista a Nury. Corporación Región, 2003).

En la necesidad que Nury experimenta de ver a muertos con los cuales antes se divertía, se pone de manifiesto lo que Pilar Riaño ha definido como un ver estratégico que opera desde abajo, desde la rendija, por parte de las víctimas, para tratar de explicarse lo que sucede y construir una memoria de lo vivido (Riaño, 2004:5-8).

La configuración de situaciones límite también se asocia con los operativos realizados por el ejército, particularmente con los bombardeos, los interrogatorios y los recorridos de los soldados

en compañía de personas encapuchadas señalando a los que consideran colaboradores de la guerrilla.

Para Luis y su esposa, el desplazamiento hacia Segovia fue visto como una oportunidad de dejar atrás los días de zozobra vividos en Urabá. Pero también allí se encontraron con un ambiente no menos aterradorante.

En Segovia vivimos un tiempo muy bien, no sufríamos, como pobres teníamos lo que necesitábamos hasta que empezó ya nuevamente la violencia, y ya teníamos que correr, se estaba llegando, y decíamos qué miedo, mirábamos allá por los filos a ver cuándo veíamos asomar una tropa, nos decían viene el ejército, viene cogiendo la gente, matando la gente; allá el susto era con el ejército, porque con el ejército andaban los paramilitares, que nos iban a matar, entonces cada rato teníamos que echar las cobijas en un costal y arrancar a escondernos en el monte, allá sufrimos hasta que vimos que las amenazas eran muchas, y ahí fue donde nos vinimos para acá para Medellín. (Entrevista a Lucy. Corporación Región, 2003).

De nuevo la violencia se erige como una sombra que no deja de perseguirlos, sólo que en esta ocasión ya no se trata de la guerrilla de las Farc sino también del ejército, apreciado como una fuerza invasora, a la que se le teme hasta el punto de optar por un recurso de sobrevivencia, con una importante tradición entre el campesinado: el refugio en el monte.

Pero no siempre es posible huir de los operativos realizados por el ejército, sobre todo cuando de manera intempestiva se está atrapado entre el fuego cruzado. En estas circunstancias, las personas

que habitan en el lugar se convierten en los primeros sospechosos de colaborar con la guerrilla. Después de haber pasado una noche escondida en el potrero de su pequeña finca “monte adentro”, en la vereda Piedras Blancas (Urabá), tratando de protegerse de los bombardeos del ejército, Rosa se decide a salir para buscar algo de comer.

Cuando ya estaba pa prender el fogón me dice la niña: “mami, mami, mirá donde están ese viaje de señores que hay ahí mirándote”; entonces, yo miré así y estaba esa cocina, la casa llena de ejército, y entonces ¿sabe qué hice yo? Yo dije. ¡qué se va a hacer, esta será la hora mía, pues hace quince días enterré a mi marido, pues ahora me iré yo también, y no hice sino coger mis dos niñitas! “Buenos días señora”, buenos días caballeros, ¿cómo están?, “bien y ¿usted con quién convive aquí?” Yo vivo con estas dos niñitas, “¿y su marido?”, el marido mío hace ocho días lo mataron, “¿y a usted quién le da la comida?” y le dije: Dios, que es el único que le da la comidita a uno, el pan de cada día, “¿cuántas armas tiene usted aquí guardadas?”, yo no tengo nada, si quiere se las muestro, vea el arma mía y saqué la Biblia y le dije: vea, el arma mía es esta y si quieren reblujen toda la casa, ¡ah! y mi machete, porque yo trabajo en el monte; “vos tenés cara de guerrillera”, entonces yo les dije: yo no, a mí no me gusta meteme ni pa allá, ni pa acá, cada cual hallará cómo vive su vida. (Entrevista a Rosa. Corporación Región, 2003).

La apelación a la divinidad y a la Biblia como su “arma” le sirve de escudo protector para enfrentar a los soldados que desconfían de ella y que sabe no pararán de interrogarla y de requisar hasta

el último rincón en búsqueda de evidencia de su culpabilidad. Sin embargo, los recursos que utiliza para demostrar su inocencia logran que el ejército se marche². No obstante, Rosa siente que no puede soportar más vivir en estas condiciones y empieza a hacer preparativos para abandonar su vivienda, sin tener idea de para donde ir.

En unos casos la muerte expande su efecto más allá de su órbita física y se convierte en una medida eficaz para lograr el desplazamiento de los que quedan —vivos pero aterrorizados—. En otros, la percepción de la cercanía de la muerte se convierte en factor de inclusión a una comunidad cada vez mayor: la de los amenazados.

2.2 El miedo al Otro

El enemigo es la gran justificación del terror.
(Todorov, 1998:39).

El **miedo al Otro**, también milenario, adquiere potencia en este contexto. No hay guerra sin enemigos —reales o imaginarios— por lo que es necesario, si no existen, crearlos. Y una vez definidos alrededor de la amenaza que representan y concretados en personas o grupos enteros, la promesa de su eliminación es alimentada y se constituye en elemento central de todas aquellas prácticas que hacen del miedo al Otro su condición de perpetuación.

2. Esta forma de accionar del ejército en zonas de presencia guerrillera ha generado un sentimiento de rechazo por parte de la población. Se trata de operativos en donde lo que interesa son los resultados obtenidos en la lucha contra la guerrilla que el establecimiento de relaciones más cercanas y permanentes con la población. (Pecaut, 2001:207).

Como se ha dicho, uno de los factores de ininteligibilidad de esta guerra es justamente la movilidad de las líneas divisorias entre amigos y enemigos. La incorporación de antiguos combatientes de la guerrilla a las autodefensas o alianzas del ejército con autodefensas para eliminación de la guerrilla, entre otras, son algunos de los ejemplos indicativos de que, antes que una estricta separación amigos-enemigos entre los combatientes de los distintos grupos armados, lo que hay es un desdibujamiento de las fronteras y una ampliación del campo de quiénes son, para unos y otros, los enemigos. En este ambiente, cualquiera puede adquirir el rostro de enemigo y lo que prevalece es una mirada de todo OTRO como amenazante, peligroso y portador del mal.

En estas condiciones, el terror se alimenta de una suma de temores: el temor a perder el poder de quienes lo detentan (por la competencia de otros poderes o por la sublevación de los subyugados) y el de quienes padecen su ejercicio. En medio de esto, las imágenes del Otro amenazante tienden a propagarse hasta los espacios más cercanos: “Un grupo o poder amenazado, o que se cree amenazado, y que entonces tiene miedo, tiene tendencia a ver enemigos por todos los lados: afuera y, aún más, adentro del espacio que quiere controlar” (Delumeau, 2002:17). Por lo general las amenazas tienen que ver con identidades imputadas por parte de los actores armados a personas o poblaciones enteras, al ser calificadas de simpatizantes o colaboradoras del enemigo. La sistemática apelación a este recurso ha afectado a diversos sectores de la población y ha generado un clima de zozobra, ante la probabilidad de ser asesinado o forzado a desplazarse por tal

motivo, especialmente en aquellos momentos de intensificación de la disputa por el control de territorio.

Las amenazas

Un ejemplo representativo de esta situación es la experiencia vivida por Rafael, un desplazado proveniente de Urabá, extorsionado por las Farc. Aunque él consideró “el pago de vacuna” como un procedimiento arbitrario y humillante, creyó que no tenía más opción que “acomodarse” a ello, ante la necesidad de garantizar la subsistencia de su familia. Sin embargo, la llegada de los paramilitares, que cuentan entre sus filas con exguerrilleros a quienes se les asigna la misión de señalar a los colaboradores de la guerrilla, lo sitúa en una sinsalida.

Llegaron los paramilitares allá, muy bien, andan con dos o tres personas con la cara tapada, son personas que han sido guerrilleros y se pasan para los paramilitares; entonces conocen a la gente, bueno, no nos dijeron nada, estuvieron todo el día en el pueblo; pero al jueves siguiente, yo salía para Turbo todos los jueves a surtir, cuando íbamos a coger la panga, llegaron ellos y nos cogieron a todos los que íbamos en la escalera, entonces nos sacaron a mi persona y a otras dos, también negociantes. Bien, nos señalaron “estos son los colaboradores de la guerrilla... y allí don Rafael lleva mercado cada tres meses y allí de la farmacia del Señor Gallego llevan la droga, de la hacienda Canagua, les dan vacas, les dan marranos, pa que ellos coman”; entonces yo dije: no, pues ya con esto, nos van es a matar; sabiendo lo que le había pasado a esas 22 personas que descuartizaron con motosierra, vivos,

amarrados de los pies para arriba, en la hacienda Canela, que esa fosa ya la encontraron; bueno, nos tuvieron detenidos como una hora más o menos, a la hora nos dijeron: “bueno, váyanse pues”. Pero al otro día llegaron a decirme: “caballero, usted le colabora a la guerrilla, a usted le toca irse del pueblo, ese muchacho que lo señaló esta mañana era un guerrillero, a él mismo le tocó venir por provisión aquí; entonces mañana que no esté aquí; entonces al otro día me tocó salir, con familia y todo. (Entrevista a Rafael. Corporación Región, 2003).

Es de tener en cuenta que este señalamiento como colaborador de la guerrilla implica, además, una situación paradójica para Rafael, pues es sobreviviente de un atentado perpetrado por la guerrilla de las Farc en represalia por su negativa a colaborar con la campaña electoral de la Unión Patriótica.

La sindicación de auxiliador de la guerrilla recae sobre otras personas que, en consonancia con la tradición de hospitalidad, de “dar de comer y beber al que pase o que llegue sin detenerse a averiguar quién es”, o por el simple hecho de prestarle algún servicio de lavado de ropa o alimentación, han sido catalogados como objetivo militar.

Como afirma Rosa, desplazada de Piedras Blancas, una vereda de Urabá con presencia de la guerrilla de las Farc:

Es que uno por allá en el campo vive tan sano señorita, que es que uno se mantiene es pegado de su destino; llega a la casita y se va pal monte, que a desyerbar la yuca, el plátano, el maíz, que ya la gallina chilló y que el marrano hay que

irlo a saltar, y bueno, en eso se le va el día y ya; uno no le presta atención a nada, pasó lo que pasó y uno no le prestó atención a nada. Si de pronto entró una persona y le pidió agua, uno no le pone cuidado quién es, sino que ahí hay un tanque y le dice: vea una tacita pa que bogue, porque por allá abundan mucho las canecas y unas mangueras largas; entonces esas canecas se mantienen así, afuera en el patio y uno mantiene una tasa ahí, porque como ese es el camino real y es en el campo... entonces allá uno no puede saber quién es el bueno, ni quién es el malo. (Entrevista a Rosa. Corporación Región, 2003).

Las palabras de Rosa demuestran la conciencia adquirida sobre los riesgos que, en el contexto de la disputa entre diversos actores armados ilegales, conlleva el actuar de la manera acostumbrada. Sin embargo, los intentos por evitar el contacto con “los armados” tampoco les ha servido de protección contra las amenazas, ni de las acciones de represalia, como nos lo cuenta Abelardo, un campesino desplazado de Dabeiba, en el occidente antioqueño.

Pero ir a buscar una persona que porque un guerrillero pasó por su casa y le dieron agua o porque hizo una reunión en su casa, cuando el campesino lo que está allí es como quien dice atemorizado; llegue el que llegue, no le importa el que llegue, desde que lo vio con un arma está a la orden porque ya tengo miedo que me van a matar, y entonces les dice: “hagan lo que quieran, cómanse lo que quieran con tal de que no me maten”; no les preguntan ni siquiera ¿y ustedes de qué grupo son? (Entrevista a Abelardo. Corporación Región, 2003).

La experiencia de un maestro desplazado de Ituango también nos ilustra acerca de la forma cómo la acusación de colaborador de la guerrilla ha recaído sobre líderes comunitarios, cuya labor ha sido valorada por los actores armados como un impedimento para el logro de sus objetivos. Con la intención de animar a los habitantes de la vereda El Aro, objeto de una ofensiva paramilitar, Lucho se empeña en la tarea de reconstrucción de la escuela. Sin embargo, la culminación de esta labor coincide con una nueva incursión paramilitar que “en cuestión de minutos acaba con lo que se había construido en ocho meses”. Por reconstruir la escuela fue señalado como objetivo militar. Lucho emprende la huida por el monte y luego se dirige hacia Medellín.

La “marca” de guerrillero o paramilitar, por la circunstancia de estar viviendo en una determinada localidad, es reconocida como un factor que ha hecho más difícil la vida cotidiana, ante el temor de ser objeto de acciones de represalia y una limitación a las posibilidades de libre circulación y de comunicación con personas que habitan en lugares cercanos.

Cuando un pueblo es muy guerrillero tiene mucho temor de los paramilitares, cuando un pueblo es muy paramilitar, toda la gente, la familia, los amigos, los que visitan, tienen miedo del grupo guerrillero. (Taller de memoria con hombres. Corporación Región, 2003).

Aunque en algunas ocasiones los habitantes de estas zonas se han ingeniado sus propias estrategias para atenuar el miedo, al disponer la conformación de redes de vigilancia para dar aviso oportuno sobre la llegada de los armados, los rumores sobre

masacres ocurridas en otros sitios conducen a adoptar la decisión de marcharse de manera apresurada, “no queda más que hacer sino marcharse para no perder la vida”.

La delación

Otro factor que ha incidido en la generalización del miedo al Otro, y por tanto en la construcción de un ambiente generalizado de desconfianza, es la apelación a la delación como un recurso puesto a disposición no sólo por los actores armados sino por la población civil: ante cualquier conflicto personal, basta informarlos ante guerrilleros, paramilitares o ejército para deshacerse de ellos.

Fabiola cuenta cómo su esposo fue amenazado por un joven con quien había tenido un disgusto en labores propias de la arriería. La vinculación a los paramilitares es aprovechada por este joven para cobrar venganza. “Ahora sí vas a tener que dejar las mulas a las buenas o a las malas, porque yo te voy a hacer matar, te voy a informar como guerrillero y te voy a hacer matar”³.

Sin embargo, el oficio de delator (“sapo”) no pareciera contar con mucha aceptación, ante el riesgo de que ello se pueda convertir en motivo de nuevas amenazas debido a los frecuentes cambios de bando de los integrantes de los grupos armados, como ha venido aconteciendo con la conversión de guerrilleros en paramilitares.

3. Como en la violencia de los años cincuenta se produce un entrecruzamiento entre venganza ligada a motivos personales con la violencia política. Sólo que en el momento presente, el signo distintivo de los bandos enfrentados no es el liberal o conservador sino el de paramilitar o guerrillero.

La tendencia es hacia un mayor retraimiento y desconfianza frente a las personas cercanas.

Para sentirse amenazado no es condición necesaria el señalamiento directo. Este también se puede producir por efecto de los temores que suscitan los comentarios que pueden llegar a oídos de los armados, o porque los señalamientos de que han sido objeto familiares o vecinos puedan recaer sobre ellos, o por la sospecha que pueda suscitar algún gesto o conducta. De este modo se expande la semilla de la desconfianza y la tendencia a ver enemigos por todas partes, “uno no puede conciliar el sueño pensando: ¡llegaron por mí!”. Tal como afirma Todorov, la eficacia del terror se revela en la creencia generalizada en que la calidad del enemigo es una especie de enfermedad o maldición que se transmite de generación en generación, entre los amigos, la esposa o el marido de los enemigos (Todorov, 1998:39).

¿Quién es quién?

Como hemos dicho, el miedo tiene un objeto determinado al que se le puede hacer frente. Cuando esta posibilidad de identificar la fuente de las amenazas se difumina, aparece la angustia, “un peligro tanto más temible cuanto que no está claramente identificado: es un sentimiento global de inseguridad. Por eso es más difícil de soportar que el miedo” (Delumeau, 1989:31). Es este sentimiento el que parece dibujarse cuando las personas que han sido desplazadas por la fuerza intentan construir una narrativa que explique, finalmente, de dónde provinieron las amenazas que produjeron su huida. Dada la misma dinámica de la guerra, la

similitud en los discursos y las prácticas de los grupos armados, el paso frecuente de sus militantes de uno a otro grupo y la simultaneidad de su presencia en territorios específicos, la mayoría de las veces no es posible identificar la autoría ni de las amenazas, ni del asesinato de sus parientes y amigos.

Ah, no, pero es que hay un problema: que la guerrilla en el pueblo la he visto de clase de la ley, ellos están uniformaos, pero otros andan vestidos de verde como los policías, ellos no tienen un uniforme fijo, el uniforme que uno medio les conoce, que si es de ellos, es un uniforme café oscuro, pero desde que salgan chaponiaos es muy difícil distinguir a una persona de otra, yo los vi así vestidos de verde y bueno cuando mi esposo llegó con la leche me dijo que por ahí estaba la guerrilla. (Entrevista a Rosa. Corporación Región, 2003).

Aunque el conflicto armado era algo que siempre “había estado ahí”, no se llegó a pensar que se pudiera convertir en una situación tan cotidiana ni que se propagara con tanta rapidez, tanto en las veredas como en el casco urbano.

Había problemas, sí, pero eran los conflictos internos que se vivían en toda parte, que se metió la guerrilla, que se robaron el banco, que la Caja Agraria, que vea; entonces eso era normal, o sea, uno ya veía eso y a uno ya no le parecía... los primeros conflictos sí le daban temor a uno, le tocaba de pronto un enfrentamiento ahí, en el pueblo; pero ya después el problema fue que esto se convirtió en una cosa diaria y que uno no sabía quiénes eran. (Entrevista a Lucho. Corporación Región, 2003).

A nuestro modo de ver, estas apreciaciones son indicativas, de un cambio en la percepción del conflicto armado, pues es claro que se produce un extrañamiento frente a nuevas dinámicas que implican, de un lado mayor intensidad y de otro la llegada de otros actores que se disputan igualmente el control. Pero también pone de presente las dificultades que esta ininteligibilidad de la guerra genera para la construcción de una narrativa que explique y dé sentido a la experiencia del desplazamiento como parte de la historia social y política del país. Una explicación, que además de ser creíble para sí, descargue a los sujetos de la culpa en la medida que las preguntas de ¿qué hice mal? o ¿por qué a mí? puedan ser respondidas desde estos contextos sociales.

El efecto más evidente de este miedo centrado en el Otro es la desconfianza y, más temprano que tarde, la desestructuración del tejido social y el aislamiento. Y como dice Anna Harendt en su reflexión sobre los totalitarismos: “El aislamiento puede ser el comienzo del terror; es ciertamente su más fértil terreno; y siempre su resultado. Este aislamiento es pretotalitario” (Harendt, 1974:575). El arrinconamiento no es únicamente efecto sino propósito del ejercicio del terror. Y basta conversar un par de minutos con personas que han vivido el desplazamiento para entender cómo esta guerra ha tocado las subjetividades y la vida colectiva: voces bajas, frases inconclusas, nerviosismo ante la mirada de cualquier conocido o desconocido, llantos de muerte reprimidos, desconfianza como continuidad de aquello de que “las paredes oyen”, “los árboles escuchan” o de que “ver, oír y callar” es la única forma de garantizar, al menos, la sobrevivien-

cia. El **Miedo a expresar** lo que se siente, lo que se oye, lo que se ve, lo que se piensa, es una de las implicaciones subjetivas y sociales más profundas y la que de mejor manera expresa la existencia de un ambiente de miedo que encuentra en el acto de comunicar y comunicarse con otros una amenaza directa contra la existencia. El silencio, a la vez que es un mecanismo de defensa y conservación, se convierte en el principal mecanismo de propagación de la cultura del miedo (Taussing, 2002:30). El terror produce individuos aislados entre sí o sólo unidos por la fuerza de las pasiones que, como el miedo, los aíslan, dificultando toda confianza y solidaridad (Bodei, 1995:356).

2.3 El desplazamiento como estrategia de resistencia a la guerra

En Colombia la degradación del conflicto armado ha dado pie al surgimiento de expresiones de resistencia civil por parte de la población en diversos lugares, en rechazo a las atrocidades cometidas por los actores armados y en demanda de la protección por parte del Estado y de la búsqueda de soluciones negociadas al conflicto armado (Hernández, 2003). Aunque el énfasis de estos movimientos se ha puesto en los métodos de acción colectiva como la realización de marchas, cabildos o asambleas comunitarias, es necesario considerar otras formas de resistencia que de manera más individual se han puesto en práctica por parte de las personas en situación de desplazamiento.

Nos referimos a aquellas formas indirectas de resistencia que, como anota María Teresa Uribe, pueden implicar variadas estra-

teguas: el acomodamiento o aceptación pasiva y no participativa en el orden dominante o en los órdenes en competencia; silencios hostiles y rechazos pasivos; la invisibilización o retirada estratégica del mundo público para preservar su identidad, su autonomía y su libertad frente a poderes establecidos con pretensiones hegemónicas y soberanas que intentan civilizar, disciplinar, controlar, dominar, explotar o inscribir a los pobladores en un orden político que se rechaza, pero contra el cual no es posible enfrentarse de manera directa; o el despliegue de una acción bifronte que se refiere a una aceptación parcial y selectiva de los diversos órdenes en competencia que gravitan sobre los pobladores situados en áreas de conflicto sin que ello signifique una enfrentamiento directo o un rechazo público hacia alguno de los órdenes en disputa (Uribe, 1999).

En efecto, en el sentido que las personas que han vivido el desplazamiento han construido sobre su experiencia, aparece, al lado del miedo a la muerte y al Otro, una respuesta activa de resistencia a la guerra.

Nosotros nos desplazamos del campo a la ciudad porque no amamos la guerra, si amáramos la guerra habíamos podido lanzarnos a un grupo de esos, pero porque no amamos la guerra nos desplazamos. El que huye de la guerra no quiere coger un arma, aunque se la pusieran en sus manos. Entonces ahí viene el enemigo y vea, agarre, y entonces uno no quiere coger el arma y los otros también dicen: ¡ah! es que este está es a favor de los otros. Ellos obligan a estar ahí, a ellos les interesa que el conflicto se crezca para que aumente el temor o alargarlo;

entonces muchos tenemos que dejar todo; esto demuestra que no tenemos amor a la guerra, que odiamos la guerra. (Taller de recuperación de memoria con hombres. Corporación Región, 2003).

De este modo tan contundente, un campesino procedente de Dabeiba, una de las zonas más azotadas por las acciones de paramilitares y guerrilla, da cuenta de las presiones ejercidas sobre la población civil para que formen parte de sus filas, pero también de la manera cómo su desafecho por la guerra se convierte en una razón de peso para desplazarse.

Del igual modo, la decisión de desplazarse como alternativa para evitar que los hijos se vuelvan guerrilleros o paramilitares ocupa un lugar destacado en los testimonios de las mujeres, en especial del Oriente. A más del rechazo que suscita un conflicto que les resulta confuso y que ha causado muchas muertes, están presentes el anhelo de preservar la familia, el cumplimiento con el sagrado deber de guiar a sus hijos por el buen camino, el temor a que se convierten en verdugos de sus propios amigos y la posibilidad de que en un futuro los hijos les ayuden a sobrevivir.

Aunque María aclara “que a ella nunca le dijeron que se tenía que ir”, el temor por la suerte que puedan correr sus hijos se convierte en motivo suficiente para abandonar su vereda.

Tengo seis hijos varones, y a mí me decía un comandante: Seis hijos varones ¡uf! Buena gallada, tres para la guerra y tres para que la mantengan a usted. Yo decía: yo para la guerra no tuve ni uno, todos los tengo es para el bien, no para el mal, y gracias a mi Dios, y yo doy gracias a Dios

todos los días, porque en ningún momento esos hijos han dicho “mamá me voy con la guerrilla, mamá yo me voy a ir como a coger un arma”, no. Son buenos hijos, en ese sentido. (Entrevista a María. Corporación Región, 2003).

La actitud de María no es una excepción. El conocimiento de experiencias similares de otras mujeres en diversas regiones del país revela la incidencia en la construcción del movimiento social de mujeres en contra de la guerra, en pro de la resolución política del conflicto armado y el cese a toda violación a los derechos humanos⁴. Como lo demuestran los resultados de investigaciones realizadas con mujeres excombatientes, la preocupación por la suerte corrida por sus hijos tiene mucho que ver con su desvinculación de las filas guerrilleras (Blair, 2003:111).

No ha sido sólo la resistencia de las mujeres lo que ha impedido que los jóvenes se transformen en guerreros. En los talleres de memoria se ha hecho sentir el rechazo de los jóvenes a ser reclutados. Esa es la experiencia de William, un joven de 23 años.

Nosotros vivíamos bien allá, en nuestra finca en Angostura, pero llegaron los armaos y comenzaron a invitarnos a todos los pelaos de allá, entonces unos no quisimos ir ni nada, pero dijeron: “ah, después venimos por ustedes” y

4. El papel de las organizaciones feministas y del movimiento de mujeres como forjadoras de paz tomó forma en 1984, cuando se comprometieron con el movimiento de paz que impulsó el gobierno belisarista. Poco tiempo después de la toma del Palacio de Justicia por el M19, las mujeres marcharon por el “día de la no violencia contra la mujer”, para exigir el respeto a la vida e impedir el predominio de las acciones de fuerza y el control militar de las decisiones del poder civil. Desde entonces, año tras año, las mujeres se han venido manifestando contra las masacres, las desapariciones, los secuestros y la impunidad (Archila, 2000:224).

los otros que sí se fueron con ellos, a los dos meses, a uno le tocó venirse de por allá volao, a otro le tocó venise en pelota, y como nosotros sabíamos que estaban buscando pelaos, llevándoselos a las malas o pintándoles pajaritos de oro, nosotros de una nos abrimos a trabajar en un circo. (Taller de memoria con hombres. Corporación Región, 2003).

A pesar del ambiente de intimidación y miedo, éste no logra silenciar del todo a una población que, en los momentos más angustiosos, ha dado muestras de un arrojo para salir en defensa de vecinos y parientes. Así describe Leonor su negativa a señalar vecinos como auxiliares de los paramilitares ante un guerrillero de las Farc:

Me dijeron a mí: Oiga Leonor ¿ese man es un guerrillero o es un paraco? Yo les dije: señor, es el hijo de un carnicero, fíjese que el papá vende carne con él. Entonces me dijeron: ¿y este otro, y este otro mono, este es un paraco, cierto? Y yo: no, este no es un paraco, este es un trabajador simplemente, trabaja con una motosierra y consigue el sustento pa la mujer y los hijos. Y me dijeron: Hijueputa, usted no va a colaborar, sino colabora hijueputa, con el trabuco le colaboramos. Y yo le contesté: Señor, si a mí por eso me van a matar, aquí estoy, mátenme, pero yo no le voy a levantar ni un chisme a un amigo pa salvarme yo, pues si me van a matar, mátenme, aquí estoy. Yo les dije así, pero... yo no les mostré miedo de nada, claro que yo estaba por dentro... ¿cierto?, pero yo no les mostré miedo, yo aquí estoy, si me van a matar, mátenme. (Entrevista a Leonor. Corporación Región, 2003).

Leonor pone en riesgo su vida para evitar la muerte de un inocente, apelando a la utilización de una forma de resistencia; el aparentar no tener miedo, para ponerlos a la defensiva y hacer que desistan de sus propósitos.

Según Todorov, la virtud mejor recompensada en las sociedades totalitarias es la docilidad, y el principio menos tolerado, la insumisión (Todorov, 1998:48). La opinión expresada por varias personas desplazadas acerca de lo insoportable que les resultó el “tener que vivir dependiendo de otros y más de los armados” y el no querer verse involucrados en sus disputas, abona a esta lectura de la resistencia a la guerra:

Por ahí diez años trabajé yo allá (en Urabá) y la verdad es que por allá es muy bueno, pero ya por la violencia a uno le tocó salirse, porque yo soy una persona que no me gusta tener conflictos en ninguna parte, ni a un lado ni a otro, porque en una parte donde haya mucha violencia uno tiene que acogerse a cualquier parte, a un grupo o al otro, llega el uno “vea que usted esto” y a mí nunca me ha gustado esto porque siempre me ha gustado ser una persona libre, que yo pueda depender de mí mismo, que pueda decir “me voy para tal parte”, sin tener que pedir permiso a nadie, y en las partes donde he estado siempre he sido así: me han brindado muchas oportunidades para que trabaje con ellos, pero no me gusta por la sencilla razón de que uno tiene que vivir siempre pegado a lo que el otro le diga a uno, a que tiene que hacer tal cosa, tiene que hacerlo; no, a mí siempre me gusta es trabajar independiente. (Entrevista a Luis. Corporación Región, 2003).

El anhelo de continuar trabajando de manera independiente, trasladándose de un lugar a otro y sin tener que pedirle permiso a nadie es, en muchos casos, una razón de peso para decidir desplazarse, como una forma de preservar, no sólo la vida, sino la libertad.

Desde perspectivas afincadas en la defensa de la autonomía, cambios en los estilos de vida, creencias religiosas, sentidos de pertenencia, se han venido poniendo en práctica formas de resistencia a los poderes armados. Aunque ciertamente se trata de acciones individuales, forman parte de un sentido de la rebeldía que aún no ha podido ser doblegado y de un rechazo a formar parte de un conflicto que sienten más ajeno a sus intereses y a sus expectativas de vida.

2.4 El momento del desplazamiento

“Si se movilizan son agentes de la guerra y si se quedan también”, así sintetiza Castillejo (2000:162) el estado de paradoja al cual se enfrenta la población. A costa de los riesgos que conlleva, el desplazamiento se ha convertido en una alternativa para la preservación de la vida y para escapar a los intentos de control por parte de los actores armados.

La salida es una solución de emergencia que puede involucrar a poblaciones enteras o a personas objeto de una amenaza con riesgo inminente para la preservación de la vida. La única experiencia de huida colectiva que conocimos en esta investigación corresponde a los sobrevivientes de la masacre de la vereda El Prodigio.

De acuerdo con el relato de Leonor, habitante de esta vereda, una vez que las Farc abandonaron el lugar después de la masacre, los sobrevivientes, presos del pánico, salieron corriendo hacia la carretera en busca de algún medio de transporte para alejarse lo más rápido posible.

Entonces ahí mismo llegaron los carros y nosotros nos guindamos así, los unos pegados, otros arriba, nos tocó irnos con cinco muertos de los mismos amigos ahí, que nos mataron, entonces me dijo un muchacho “¿Leonor se va a ir aquí?”, y yo le dije: Ahí no, yo no me voy ahí, yo con esos muertos no me voy a ir, me da mucho miedo; y entonces me eché parriba, pal capacete del carro y me fui en el capacete. Y llegamos a Puerto Nare como a las nueve de la noche. Muy bien nos atendieron; nos trajeron pollo, caldo de pollo, mecató, gaseosa, pero a mí no me servía ninguna cosa sino el cigarrillo, a mí la comida no me servía pa ningún lao, “que Leonor, que coma” y yo no, preocupada porque la familia mía estaba toda por aquí y yo no sabía nada de ella. (Entrevista a Leonor. Corporación Región, 2003).

El recuerdo de la escapada está ligado a la compañía de los muertos que también viajan sin rumbo fijo. Al llegar a Puerto Nare, la alcaldía les brinda una ayuda de emergencia consistente en alimentación y alojamiento en el coliseo. Pese al hacinamiento y al sentirse tratados como animales, hay un sentimiento de alivio por disponer de un lugar de refugio.

Eso era un viaje de gente regada, juntos todos como marranos, todos, todos, como cuando sale una pollada, así

nos hacíamos nosotros, todos nos acostábamos ahí, los que estábamos ahí, como por ejemplo la cucha y yo, nos acostábamos en la misma colchoneta, juntas y de ahí pa allá seguía otra familia y de ahí seguía otra, eso se veía hasta bonito, todo ese gentío ahí regao, todo eso estuvo bueno hasta ahí, fue bueno el apoyito que nos dieron porque nosotros qué íbamos a hacer por allá, nosotros en el caserío no íbamos a dormir. (Entrevista a Leonor. Corporación Región, 2003).

La estadía en esta especie de “no lugar” que alberga a quienes no pueden estar en El Prodigio, pero que tampoco saben a dónde ir, acrecienta una sensación de nostalgia por lo que se ha perdido. A riesgo de ser objeto de represalias, varias de las personas que comparten la suerte de Leonor se deciden a correr el riesgo de regresar a la vereda, “para ver cómo quedaron las casas quemadas y las cosas que pudieron haber quedado”.

La huida también se afronta de manera individual por aquellas personas que alcanzan a ser avisadas que “vienen por él” o a quienes les llega una orden terminante de desalojo.

Entonces yo tampoco estaba muy seguro pues de a dónde iba a salir; toda esa tarde me fui subiendo, pero yo no me acordaba que el terreno era muy quebrado, entonces conforme podía estar subiendo, podía estar bajando, ¿cierto? Ya me cogió la noche, entonces me tocó encaramarme en un arbolito y acostarme a dormir; pero esa noche el hambre me atosigó, porque lo único que yo cargaba eran cigarrillos, yo fumaba mucho. Esa noche no dormí, porque me daban los nervios que ya

me iban a agarrar y me despertaba, y así como hasta las cinco y media de la mañana; cuando ya estaba más o menos clarito, ya me bajé del árbol y ya empecé otra vez la trocha. Ya me levanté más desubicado, o sea, ya no sabía ni por dónde había entrado, entonces seguí subiendo y ya después vi un trayecto, por ahí comía frutas, gracias a Dios las frutas son del monte, y pronto vi por ahí casitas que ya estaban abandonadas, llegué al cabo de tres días, más o menos comiendo frutas, comiendo ñame, a veces me tocaba comémelo crudo por miedo de hacer una fogata, que me pillaban, que me alcanzaban. (Entrevista a Lucho. Corporación Región, 2003).

Estar perdido, desorientado, es la sensación que resume lo que sucede después de la huida. La experiencia de Lucho, perdido varios días en la selva y en estado de zozobra por el temor a ser alcanzado por sus perseguidores, es reveladora de la experiencia límite que han tenido que afrontar personas forzadas a huir como única alternativa para salvar la vida.

La mayor parte de las experiencias que conocimos corresponde a aquellos desplazamientos individuales y silenciosos que, como hemos visto, están antecedidos por períodos prolongados de convivencia con ambientes de miedo y terror. Sin embargo, para que se llegue a la convicción de que es necesario marcharse se requiere de la vivencia de una situación frente a la cual no cabe más que una acción inmediata.

Una vez tomada esta decisión empieza a correr un tiempo en el que se hace gala de la recursividad, en especial la de las mujeres, para explorar la venta de propiedades o pertenencias, se buscan

las posibilidades de un alojamiento de emergencia, se establecen contactos con la familia extensa, paisanos o amigos. Cuando no existen lazos con el lugar de destino se realiza el máximo esfuerzo para llegar procurando no caer en el vacío, sobre todo cuando se tiene la responsabilidad de una familia⁵.

En ningún momento las personas con las cuales establecemos relación se refieren a la búsqueda de ayuda por parte de las autoridades. Solamente un desplazado de Urabá manifiesta su rabia y desencanto frente a un Estado que considera no hizo nada para enfrentar decididamente a todos los actores armados ilegales y para cumplir con su deber de proteger a la gente.

Si el Estado sabe que en tal parte hay una violencia tremenda, el Estado debe de aparecer por allá, sean pobres, sean ricos, me imagino que en toda parte debe haber revueltos pobres y ricos, proteger a la gente por igual pobres y ricos, que usted tiene una finquita, no tiene sino tres vaquitas, hay que protegerlo, que aquel no tiene sino una rula, pa ir a remplazar potreros, listo, hay que protegerlo, que el otro no tiene sino la bomba pa fumigar los potreros, bueno, hay que protegerlo; se está ganando un salario mínimo, pero no es el de menos. (Entrevista a Rafael. Corporación Región, 2003).

En muchos casos, la falta de protección por parte del Estado es compensada por la creencia en un Dios infinitamente generoso

5. De acuerdo con las estadísticas del Codhes, el 74% de los predios abandonados corresponden a inmuebles rurales. El 69% contenían casa y parcela, el 5% sólo los terrenos y el 76% de los hogares eran propietarios de predios. Antioquia se cuenta entre los departamentos con mayor número de hogares de predios abandonados (Codhes, 2004).

y bienhechor que ha hecho posible que sobrevivieran y les brinda la fuerza interior para reponerse de las humillaciones, de las pérdidas sufridas, y da esperanza en un futuro donde las penas serán recompensadas.

Dios desde que lo tenga a uno con vida en cualquier parte lo ubica y le da lo que uno necesite, si es que le va a dar, porque él es el dueño del oro y la plata, él es el que nos da la vida, nos da el amanecer y nos da todo; si a mí me está yendo mal aquí no le echemos la culpa a nadie, yo converso con mi familia, a mí me está yendo muy mal, miremos que en tal parte nos podemos ubicar. (Entrevista a Luis. Corporación Región, 2003).

El momento de la partida es uno de los más difíciles por la entremezcla de sentimientos de alivio y de angustia por la pérdida no solamente de bienes materiales, sino también de afectos y arraigos al terruño construidos a lo largo del tiempo. Pero como se verá más adelante, será la experiencia vivida en la ciudad la que en mayor medida incidirá en una elaboración de esta primera fase, en los anhelos de retorno o de distanciamiento de ese pasado vivido antes del desplazamiento.

De todos modos, las pérdidas no revisten la misma significación entre la población desplazada. En ello incide el tiempo de permanencia en el lugar, los vínculos sociales construidos, el apego a la tierra y a las labores del campo o trayectorias de vida en donde lo característico es un continuo trasegar por diversos lugares del país, como ocurre con los desplazados de Urabá acostumbrados a emigrar de un lugar a otro y al desempeño de los más variados oficios.

Para la definición del lugar de llegada es decisiva la información previa sobre la ciudad y la disposición de familiares o amistades para brindarles una acogida y ponerlos en contacto con personas que les pueden ofrecer algún empleo. Pero esto no es así en todos los casos, ya que hay circunstancias en las cuales ello depende del azar, del destino que tenga el primer carro que pase.

Por lo general, la constatación de que las cosas en el lugar elegido están iguales o peores impulsa a cambiar de destino.

Me fui para Cáceres. Pero cuando llegué mi pueblo estaba peor, porque estaba recién pasando de una violencia horrible, hasta la cárcel la habían volado, o sea, ahí ya no había ninguna movención, no podía haber empleo, tampoco porque el municipio estaba rodeado de paracos que estaban recién entrados allá, y la gente se escondía a lo que pasaban esas motos, ruusshhh, arriadas, la gente no salía en la noche porque estaban los paracos y ya fueron dueños de los montes de pa dentro, eran dueños de las fincas de todo eso, el que tenía parcela por allá ya se había dizque ido y le había dejado eso a ellos. Ahí viví una situación super horrible. (Entrevista a Nury. Corporación Región, 2003).

Esta experiencia es similar a la que narran otras personas que se desplazaron de Urabá hacia zonas aledañas (Urabá chocoano, Occidente, Nordeste y Bajo Cauca). Los desplazados del Oriente emigran de las veredas hacia las cabeceras municipales y luego a la ciudad. Para unos y otros el desplazamiento hacia Medellín se avizora como una nueva posibilidad de refugio y de progreso. Sólo que para ello será necesario volver a correr el riesgo de ser señalados por encapuchados ubicados estratégicamente en la ca-

retera, que se suben a los buses, lista en mano, pidiendo cédulas e indagando “de dónde vienen y para dónde van”. El trayecto que los aleja de sus lugares de origen conlleva una rememoración de experiencias de miedo y terror vividas. La llegada a la terminal de transporte representa la posibilidad de poner fin a desventuras e iniciar la construcción de una nueva vida.

Aunque al iniciar la investigación partimos de la consideración de que el lugar de procedencia podría marcar diferencias significativas en estos procesos, encontramos que predominan las semejanzas en las experiencias de miedo y terror vividas. Un factor que incide en ello es la configuración de contextos de guerra similares en el Urabá de los años 90 y en el Oriente desde fines de esta misma década hasta el presente, especialmente en la conversión de la población civil en blanco de las acciones de los actores armados. Sin embargo, en los desplazados de Urabá es más perceptible el establecimiento de relaciones entre su experiencia particular con el conflicto que afecta a la región y al conjunto de la población.

Si bien es cierto que las narrativas de mujeres y hombres corroboran las apreciaciones que han sido formuladas por investigadoras como Donny Meertes con respecto a las múltiples pérdidas sufridas por las mujeres con la desintegración de la familia, la muerte o desaparición de esposos e hijos, y el desarraigo de su entorno doméstico, el haber podido escuchar los relatos de hombres jóvenes y adultos proporciona pistas para aproximarnos a un reconocimiento del drama que ellos han vivido al constituirse en el blanco preferido de sus acciones, los riesgos que corren con el reclutamiento forzado por parte de los

actores armados ilegales y el peso de visiones estereotipadas que de manera indefectible asocian al hombre con la condición de victimario.

En las narrativas de la población desplazada, como ha sido analizado por varios autores (Abello, 2001; Pecaut, 1999; Meertens, 2000), está presente la fragmentación, la confusión, la desorientación, pero también es preciso llamar la atención sobre los intentos de búsqueda de sentido, en donde la expresión de los sentimientos y emociones adquiere una importancia crucial, al igual que la apelación a lo religioso, que opera como fuente de consuelo, protección y esperanza en un futuro.



Dibujo realizado por una participante del taller de memoria con mujeres del asentamiento el Pacífico.

La imagen remite al igual que en la representación de otras asistentes, el trayecto entre el lugar de procedencia y la ciudad.

CAPÍTULO III

CIUDAD: TRAYECTOS, ESTRATEGIAS DE SOBREVIVENCIA Y MIEDOS

Los talleres de memoria y las entrevistas a profundidad con hombres y mujeres de los asentamientos Altos de la Torre y El Pacífico¹ sobre su experiencia en la ciudad de Medellín, permiten afirmar que el tránsito forzado iniciado por ellos y ellas no culmina con su arribo a la ciudad. En sus relatos describen lo que aquí hemos denominado trayectos y estaciones, imágenes apropiadas para referirse a ese tránsito que se emprende en la ciudad con el propósito de encontrar un lugar que les permita vivir.

En esta perspectiva, cada estación en la ciudad (terminal de transporte, casa de parientes o amigos y el asentamiento) remite a un conjunto de dificultades, amenazas, pero también a estrategias de sobrevivencia y en algunos casos a la reconfiguración de

1. Decir asentamientos es decir localización periférica, precarias condiciones habitacionales, carencia de servicios básicos.

proyectos de vida, de tal forma que con cada estación se habla de algo más que de un trasegar en el espacio físico de la ciudad: remite a la experiencia antropológica del rito y a su teoría.

Se trata de los ritos de tránsito según Mircea Eliade² (1992:155) o ritos de paso según Arnold Van Gennep (Gennep, citado en Delgado, 1999:105), en los cuales se hace referencia a un tránsito entre apartados de la estructura social, lo que de forma ritual se da en tres movimientos. Primero una separación, luego una situación liminal o de umbral y después una reincorporación a su nueva ubicación en la organización social. Es pertinente detenerse en lo liminal, ya que en nuestro caso parece prolongarse indefinidamente en la población desplazada. En la situación liminal el estado del sujeto del rito o pasajero es ambiguo, “Ya no es lo que era, pero todavía no es lo que será” (Delgado, 1999:106). Este estado que en el ritual es transitorio en tanto se prevé la incorporación del sujeto a otro estatuto social, en el caso del desplazamiento forzado no cesa.

Aquellos que son separados forzosamente del lugar de origen y así de sus referentes simbólicos, de sus lazos sociales y de sus bienes, parecen condenados a una liminalidad que al arribar a la ciudad no llega a su final. Una vez en la sociedad receptora se encuentran con una serie de dificultades que evidencian una negativa a reconocerlos como parte de “nosotros” y en consecuencia se obstaculiza su incorporación digna a la ciudad.

2. Eliade se refiere al paso de una clase de edad a otra, pero también hay un rito de tránsito al nacimiento, al matrimonio, a la muerte; en todos los casos interviene un cambio de régimen ontológico y de estatuto social.

En una de las entrevistas, una mujer que ha vivido varios desplazamientos antes de llegar a Medellín y que una vez en el asentamiento percibe amenazas que le hacen prever que tendrá que partir otra vez, expresa que su mejor deseo es encontrar un lugar donde por fin la dejen descansar tranquila. Ella encarna esa pasajera que no encuentra fin, que no ha encontrado un reconocimiento pleno de sus derechos como ciudadana y que tampoco puede disponerse a la realización de sus proyectos de vida al estar bajo la incertidumbre, entendida ésta como la discontinuidad entre el presente y el futuro inmediato.

Se trata a continuación de transitar por esas estaciones que las personas han referido de forma recurrente y leer, en su experiencia transcurrida en la ciudad, las estrategias de sobrevivencia y el peso de los miedos que los acompañan como resultado del desplazamiento forzado, los que aparecen al contacto con el nuevo entorno, los que se actualizan por efecto de éstos y también los que se superan con el paso del tiempo y la familiarización con la ciudad.

3.1 Los trayectos en la ciudad

Primera estación: El arribo a la terminal de transporte

Al impacto de la experiencia cercana al desplazamiento y el trayecto hacia Medellín, preámbulo angustioso porque aún se siente muy próximo el riesgo de perder la vida, se suma la inquietud por no saber lo que seguirá a continuación de la llegada

a la terminal de transporte³, un auténtico lugar de tránsito, pues ya no se está en el lugar de origen pero tampoco se sabe cual será el de destino. Se llega en medio de la tristeza, la aburrición y la incertidumbre.

Los relatos hablan de una sensación de desorientación que caracteriza su llegada a Medellín, mostrando que el arribo físico y temporal no coincide con la capacidad para orientarse inmediatamente.

Quando llegué a la terminal estaba totalmente desubicado, por una parte los nervios, porque de pronto en la carretera me cogían o me bajaban, la tensión, yo no dormí esa noche, llegué totalmente desubicado, yo no me acordaba ni de la dirección de mi abuela, pues mi abuela vive aquí, y me estuve en la terminal casi seis horas, por ahí dando vueltas, hasta que me tranquilicé y dije: no, pues me voy para dónde la abuela, me acordaba más o menos dónde era que cogía los buses. (Entrevista a Lucho. Corporación Región, 2003).

La llegada a la ciudad se recuerda como un momento de confusión dada la ausencia de referencias, la falta de información, el desconocimiento de la ciudad, de las personas y de sus prácticas sociales y culturales. Se vive el impacto de la violencia sufrida mientras que sin hacerse a nuevos referentes tampoco se ha elaborado la pérdida de lo conocido y habitual. Se añade a lo anterior la insuficiente o inexistente atención por parte del Estado.

3. Las terminales de transporte son los lugares de entrada y salida de los pasajeros que se desplazan vía terrestre desde algún municipio o ciudad del país hacia Medellín.

En el taller de memoria, las mujeres plasmaron en un dibujo sus cuerpos y la frase “estoy perdida” para representar la sensación experimentada al llegar a la ciudad. El desconocimiento de ésta es causa de miedo y así fue sentido por hombres y mujeres, aún por quienes ya habían venido a la ciudad pero no para enfrentarla como lugar de permanencia y de vida. En este caso la situación es completamente diferente y especialmente incierta para quienes llegan sin saber dónde y cómo vivir.

Algunos factores marcan la diferencia en la experiencia de la llegada a la ciudad, haciendo aún más difícil ese momento si se trata de una mujer sola con sus hijos, si no se cuenta con una red de familiares o allegados y si no se tiene algún grado de escolaridad. No obstante, en todos los casos se resalta el sentimiento de miedo frente a la ciudad desconocida y el futuro incierto.

Segunda estación: La llegada a casa de una familia de parientes, amigos o paisanos

El primer refugio de la persona o familia que llega está dado por los parientes, generalmente pobres y habitantes de un barrio popular. Cuando se llega donde un familiar, lo cual casi siempre ocurre, o después de amanecer en la calle la primera o más noches, viene lo que han llamado “estar de arrimao”. Es una experiencia en la cual se reconoce el apoyo de los familiares como el más recurrente y seguro, pero también caracterizado por ser limitado en el tiempo y saturado de tensiones.

Se exponen diferentes motivos por los cuales es imposible que perdure la vida compartida bajo un mismo techo, se hace insos-

tenible una convivencia forzada dada la escasez de recursos, el hacinamiento, el maltrato físico hacia los niños, la disputa por los roles de autoridad.

La humillación y la tristeza son palabras clave que caracterizan los sentimientos que acompañan esta experiencia de la familia que llega, pero que también tiene un impacto significativo en la familia de recepción, que de forma sorpresiva se encuentra respondiendo con los mismos recursos a las necesidades de un mayor número de personas y sin un proceso de ajuste adecuado a la dinámica de socialización de los miembros propios del grupo familiar y de los recién llegados, en un ambiente de incertidumbre que tampoco permite saber hasta cuándo será el apoyo de emergencia.

Durante este primer período es común la decisión de repartir a los hijos entre familiares o allegados, al no contar con un lugar propicio para permanecer o al carecer de alimentación suficiente para todos. Durante esta separación transitoria se privilegia la permanencia de la madre con los más pequeños y a los mayores se les envía donde familiares que viven en otros barrios o municipios.

Se presenta así un proceso de fragmentación del núcleo familiar en algunos casos ya vivido como una decisión obligada por la estrategia de invisibilización con la que se pretendía facilitar la huida o como un recurso para la preparación de condiciones para la llegada a la ciudad. El desplazamiento entonces mueve del lugar, del tiempo, de los sueños y de la cercanía afectual.

Betty, una joven madre procedente de Apartadó, cuenta:

Yo mandé lo que fue la niña grande y el niño pa onde mi mamá, pa Puerto Boyacá, y únicamente me quedé con la chiquita que aguantó muchas necesidades; la mamita de Nelsy, una vecina del asentamiento, era la que me daba la comida, el desayuno, porque nosotros no teníamos nada. (Taller de memoria con mujeres, Corporación Región, 2003).

En los talleres de memoria, las mujeres dejaron plasmada en sus dibujos y con su palabra la evocación de un tiempo de unidad familiar, estampa de una familia campesina numerosa reunida durante su infancia. Luego, esta nostalgia se reedita como deseo y motivo, como objetivo a futuro, dada la ruptura que afrontan a partir del desplazamiento. Para algunas personas el sueño se objetiva en un relato que nombra el deseo de un ranchito o casa mejorada que recoja nuevamente a la familia o un retorno al campo donde los hijos puedan trabajar con su padre y allegados. La última alternativa, además, es vista como camino de salida al desempleo de los hijos en la ciudad.

En muchos casos los recién llegados relatan lo sorprendente que es para ellos el momento de encuentro con el lugar de acogida en Medellín al constatar las condiciones de vida de sus parientes en la ciudad: evidente pobreza, precariedad de la vivienda, hacinamiento, infraestructura barrial casi inexistente o insuficiente.

Lucho, un maestro de escuela ahora desplazado y desempleado, examina su experiencia y dice:

Yo contaba con que aquí tenía familia, que me podía apoyar en ella, pero hay que ver también que cometí otro error: me equivoqué, al llegar fui una carga más, porque aquí las cosas también estaban muy duras. De pronto no me iban a aguantar todo el tiempo que yo pudiera demorarme para conseguir un empleo. Iba a ajustar casi los dos meses y el que mandaba en la casa, que era el tío, me dijo que no, que es que no puedo mantenerlo a usted aquí sentado, y yo, tranquilo que yo me voy. (Entrevista a Lucho. Corporación Región, 2003).

Lo característico de este primer período es que las riendas de su vida no están en las propias manos. Se conjugan la desorientación, el miedo a lo desconocido, unas precarias condiciones de vida y el esfuerzo propio de los desplazados, quienes con el apoyo de parientes o de Dios afrontan la realidad ante la ausencia, ya histórica, de la institucionalidad del Estado. No hay referencia a éste ni siquiera en el caso de quienes son remitidos por instituciones de ayuda humanitaria, predominando entonces la solidaridad espontánea de quien se conmueve ante el rostro que revela las huellas del impacto reciente del desplazamiento forzado.

Los recién llegados comúnmente formulan preguntas a las personas más cercanas respecto a qué hacer para sobrevivir en las nuevas condiciones; la respuesta de sus familiares o allegados consiste en informar, aconsejar y transmitir el conocimiento adquirido sobre las pautas culturales para ubicarlos en la vida cotidiana de la ciudad y en la lógica institucional de las entidades destinadas a la atención de las personas en condición de desplazamiento.

Igualmente, es durante este período de tránsito que a través de las redes de familiares, allegados o vecinos, se enteran de los lugares de la ciudad donde “se puede conseguir un lote” y de los personajes con los que es posible lograrlo, preparándose nuevamente para partir con la esperanza de que por fin se tendrán un lugar propio y estable.

La tercera y no siempre última estación: Un rancho en el asentamiento

La vivienda se concibe como un componente de los procesos de estabilización socioeconómica; disponer de ella es una manera digna de realizar los proyectos de vida⁴. No obstante, los desplazados alcanzan la vivienda como un sueño al final de un camino que se transita entre las ofertas de un mercado ilegal de tierras, de condicionamientos de grupos armados y de beneficio personal de líderes corruptos.

Lucho narra la manera de adquirir un lote cuyo precio se regía por las pretensiones de un líder local que quería sacarle el mayor partido posible a un terreno en el asentamiento, reconocido como de “desplazados”.

Me dijeron: “les vendo un lotecito” y del lotecito salía una casa muy grande; entonces dije: “no, pues está bueno”. Me dijo que valía 200 mil pesos y le di 70 mil pesos

4. Según la ONU, el derecho a la vivienda significa: 1. Que se garantice la seguridad jurídica de la tenencia de la vivienda; 2. Que ésta cuente con servicios indispensables para la salud, la seguridad y la nutrición de sus ocupantes; 3. Que los gastos que genere sean soportables, es decir, que no impidan la satisfacción de otras necesidades básicas; 4. Que se adecúe a las necesidades culturales; 5. Y que permita el acceso a otros servicios como la atención en salud (Sentencia T-958/01 citada en T-602103 del 2003:21).

Ciudad: Trayectos, estrategias

y a los ocho días me cambió el terreno, me dijo “no, es que ese lote viene el dueño por él”. Era que ya había hecho negocio por un monto más grande; entonces me dio este lotecito donde tengo la casa ahora. Ya después nos dimos cuenta de que ahí no había ninguna reubicación ni nada, entonces ya vimos que era pura cháchara del señor. (Entrevista a Lucho. Corporación Región, 2003).

Tener un rancho les permite hablar de un hito en sus vidas, diferenciar claramente un antes y un después experimentado como mejoría respecto al momento de llegada, y esto lo constatan cada vez que se encuentran ante quienes recién llegan. Así dicen:

Salimos adelante y viéndolo bien no tenemos nada, pero a comparación de otros tenemos mucho, porque ya por lo menos sabemos dónde vamos a vivir, sabemos dónde vivimos con lo poco o nada que tenemos. (Taller de memoria con mujeres. Corporación Región, 2003).

Tener un lugar, construir un referente significa una nueva página en la historia de las personas que a partir de la consecución de un lote o de un rancho, superarán la condición de “arrimaos” vivida hasta entonces con su familia.

El afán por conseguir un sitio para vivir es comprensible, pues la morada es respuesta básica ante la necesidad de comodidad y protección, es condición necesaria para el ejercicio autónomo y libre del grupo familiar, sin embargo, esta se ve aplazada o suspendida por el desplazamiento forzado, las condiciones de hacinamiento y las relaciones conflictivas en los lugares de llegada.

La consecución de una vivienda en los asentamientos en algunos casos pasa también por formas de solidaridad tan particulares como el intercambio y el préstamo de vivienda. Rosa, por ejemplo, recibió de su sobrina un terreno para construir una “piecita”, a cambio de su colaboración en la construcción del ranchito que ella levantó; María vive en un rancho prestado aunque se encuentra en muy mal estado y Fabiola vivió con su familia en casa de un conocido que después se la cedió en arriendo.

En los talleres realizados con mujeres, ellas destacan lo común a las historias contadas por cada una aludiendo a su experiencia de desplazamiento y a los momentos significativos de sus vidas, de cara al futuro: “Todas llegamos como al mismo punto y todas tenemos como la misma meta; todas hablamos de una casita digna, del ranchito, que queremos una casa mejor que la que tenemos”. Para estas mujeres mejorar significa, lo mismo que para cualquier otra persona que resida en vivienda insuficiente o que no tenga un hogar, acceder a una casa donde se proteja del entorno, donde no le humillen o una casa que los libere del pago de arriendo. Una vez conseguido el rancho se constituye en propósito primordial su mejoramiento.

Aunque los hombres, a diferencia de las mujeres, no ponen el sueño de tener un rancho como la prioridad, es evidente que este sueño aparece después de obtener un empleo.

El carácter generalizado de la lucha por el rancho y la significación subjetiva de su logro como una victoria, a la vez que las implicaciones objetivas y subjetivas derivadas de su alcance, de su carencia o del uso de una vivienda no adecuada, llevan a

preguntarse por el significado de ésta. Al respecto y desde una perspectiva de los derechos económicos, sociales y culturales se afirma que “la indivisibilidad e interdependencia de todos los derechos humanos se refleja claramente en el derecho a la vivienda” (Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, 2003:7).

La vivienda en tanto está provista para protegerse del entorno se espera que sea adecuada, entendiendo por esto una vivienda habitable, que “debe ofrecer espacio adecuado a sus ocupantes y protegerlos del frío, la humedad, el calor, la lluvia, el viento u otros peligros para la salud, riesgos estructurales y vectores de enfermedad. Debe garantizar también la seguridad física de los ocupantes” (Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, 2003:13).

Decir vivienda habitable es decir seguridad y seguridad es lo contrario al miedo, de ahí que no tener vivienda es estar sometido a una experiencia de múltiples miedos, en los que se conjugan aquellos provenientes de la naturaleza y aquellos provenientes de los hombres, dos fuentes que concentran el conjunto de temores y peligros.

Un indicador de pobreza y exclusión como la vivienda evidencia que los miedos derivados de su inexistencia o de las precarias condiciones de habitabilidad afectan igualmente a la población en condición de pobreza que vive en el asentamiento y a la población desplazada asentada allí. Así lo evidencian apreciaciones de los recién llegados respecto a la vivienda de los pobres urbanos: “viven como en una cajita de fósforos”, “dormíamos en el suelo,

unos encima de otros”, “estamos en peligro, el rancho está muy malo”. Sólo que en el caso de la población desplazada, estos miedos se suman a los específicos por el desplazamiento: miedo al estigma social, a la persecución, miedo a la ciudad desconocida o miedo a un redespazamiento forzado.

Además del conjunto de miedos en torno a la precariedad de la vivienda y de su localización en terrenos de “alto riesgo”, se manifiesta un miedo por la amenaza de incendio dada la composición de los materiales de sus viviendas y la ocurrencia de incendios en otros asentamientos de la ciudad. En sentido contrario, se agudizan los miedos por el tiempo de lluvias cuando las emergencias constituyen una experiencia cíclica de inseguridad.

En torno a la carencia o precariedad de la vivienda se anudan temores cotidianos por el riesgo respecto a la integridad física y también por riesgos vinculados a la insatisfacción de necesidades derivadas: la unidad familiar, la privacidad, la autonomía. Adicionalmente, no tener vivienda es no tener pertenencia a un lugar y desde aquí la lucha por el rancho debe entenderse como una lucha por la inclusión social. A diferencia de lo que significa para alguien adquirir una vivienda, para la población desplazada implica reducir ese estado de liminalidad del desplazado, ese sin lugar, “ni de aquí, ni de allí”, que los deja suspendidos al no recuperar una pertenencia segura.

¿Por qué el asentamiento no es la última estación?

Tener un rancho y no pagar arriendo se experimenta como un logro real respecto a la situación anterior y muestra que las personas aspiran a algo más que la sobrevivencia del día a día. El

Ciudad: Trayectos, estrategias

futuro y la familia constituyen un horizonte deseable respecto al cual conspiran diferentes amenazas pero que igualmente pone en peligro la estabilidad en el lugar y, con ello, el proyecto de vida que requiere de una base material.

Las amenazas principales tienen que ver con la declaratoria como zona de alto riesgo de los asentamientos donde viven, con la destinación a otros usos del suelo definidos por planeación municipal y con el control de los grupos armados. La primera es la más generalizada y se experimenta como un manto de incertidumbre que empaña el futuro pero también impide la decisión para intervenir en el presente. El control de los grupos armados parece producir un efecto de incertidumbre menos generalizado, pero es un sentimiento de miedo que reedita el ya experimentado en el lugar de origen.

En cualquier caso queda abierta la posibilidad de un nuevo desplazamiento forzado, en virtud de lo cual se vive una esperanza limitada. Algunas expresiones revelan el peso anticipado de estos riesgos, como dice doña Fabiola:

Si el terreno fuera fijo, trabajaba con ilusiones, y diría: Voy a hacer mi casita de material, buena, pero pa qué si a diario son mandando a decir que estamos en zona de alto riesgo, que nos van a sacar, que nos vayan a reubicar, que nos van a mandar pa otra parte, con qué ilusión se le mete plata a eso allá si después se puede perder. (Entrevista a Fabiola. Corporación Región, 2003).

Aunque se logre contar con el terreno persiste la inquietud por vivir en un lugar que no se considera definitivo y en consecuen-

cia los materiales de la vivienda permanecerán como materiales transitorios. A lo anterior se suma el miedo a ser desconectados del servicio domiciliario de energía por el no pago de fraude⁵. La extrema pobreza de los habitantes impide el pago oportuno del fraude por el servicio de energía. La consecuencia inmediata del no pago de esta obligación es la desconexión de este servicio domiciliario, pero muchos lo asocian con un eventual desalojo, motivo por el que perciben al Estado como otro expulsor del territorio.

El saberse en una sociedad que les niega el derecho a llegar y al estar plenamente entre “nosotros”, hace creíble para ellos todo tipo de amenazas que atentan contra su permanencia en el asentamiento.

Además del riesgo geológico que amenaza la permanencia en el asentamiento, también hay motivos de inestabilidad por la ocupación ilegal de tierras y por la movilidad de los actores armados que controlan el territorio y condicionan la vida de los pobladores. Así dice Nury:

Sí, sí tengo miedo porque a pesar de que tengo esa empresa y estoy bien, siempre vivo pensando en que la violencia todavía está y que no se ha ido del lado de nosotros. Nada más ayer le dije a una amiga que vive en Barbosa

5. El fraude es una figura con la que las Empresas Públicas de Medellín dota y cobra servicios públicos en zonas que no son reconocidos dentro del perímetro urbano. La situación de irregularidad en el caso de los asentamientos por localizarse en zona de alto riesgo, se cubre entonces con el fraude, el cual, de no ser pagado, puede implicar la desconexión del servicio domiciliario e indirectamente favorecer una acción de desalojo.

que no me olvidara, que me tuviera una piecita por allá, porque yo no sabía en qué país estábamos y que puede pasar algo. Yo no me siento segura todavía, porque mire que el país está en guerra. (Entrevista a Nury. Corporación Región, 2003).

La experiencia reiterada del desplazamiento parece generar una actitud previsiva frente a una próxima huida, o como lo da a entender Nury, huir es siempre una posibilidad mientras no termine la guerra.

Hoy en las ciudades y en el campo se presentan redes paraestatales y contraestatales que imponen órdenes y sanciones, obligan a la población desplazada a adaptarse en cada momento a formas de coacción, obediencia o expulsión. A esto se suma la inestabilidad que supone vivir sin garantías de propiedad sobre la tierra y en viviendas no adecuadas, así entonces aunque el asentamiento se desea como un lugar definitivo para detener la marcha forzada que inició con el desplazamiento, realmente se vive como una experiencia que nuevamente puede ser pasajera.

3.2 Estrategias de sobrevivencia

El desplazamiento forzado es un evento inesperado que trastoca la vida cotidiana y exige disponer todas las potencialidades para afrontar la situación. En este esfuerzo aparece un despliegue de iniciativas por el uso de recursos propios y externos, en virtud de los cuales las familias en situación de desplazamiento forzado sobreviven en un medio que en principio les es ajeno, como la ciudad.

Entre las estrategias utilizadas pueden distinguirse las internas y externas (López, 2004:17). Las internas referidas a la aplicación de los recursos existentes en la propia familia y las externas como las orientadas a obtener recursos de otras fuentes, en las que se recurre al apoyo social de la familia extensa, vecinos y amigos. En la segunda se localiza centralmente la estrategia de los “recorridos” y también la búsqueda de empleos dependientes o independientes y de acompañamiento institucional.

En el día a día en torno a la sobrevivencia y el sentimiento de miedo que acompaña a la población desplazada se viven y evitan también múltiples interacciones que interpelan e incluso, redefinen su identidad, pues esta surge de la relación con otros, motivo por el que se puede hablar de “identidad de un momento” (Agier, 2000:14), la cual cambia ante la prevalencia de otros contextos y otras relaciones.

Los recorridos: Una práctica colectiva de sobrevivencia urbana

La estrategia del recorrido es una respuesta de las personas desplazadas a la necesidad vital de la alimentación, tratando con ello de compensar la ausencia del Estado en cuanto proporcionarles condiciones mínimas de sobrevivencia.

El recorrido es un tránsito urbano realizado periódicamente (2 ó 3 veces a la semana) por un grupo de personas que sale del asentamiento y se dirige por lo que podría llamarse una ruta de la solidaridad que incluye graneros, locales comerciales y personas que les ofrecen alimentos o dinero. Concluye con el retorno al asentamiento en las horas de la tarde.

María, una mujer adulta participante de los recorridos, describe:

Usted se va con un grupo de mujeres y llega, digamos, a una carnicería y hace una fila, no hay que pedir nada, en una carnicería le echan a usted un hueso y así, así ese es el recorrido. De pronto, a veces, sí le dan a uno moneditas, le dan por ahí tres o cuatro mil pesos, se gastan ochocientos en el pasaje para subir, porque desde arriba nos toca venirnos a pie y ya subir en un carro, porque uno de recorrer ya está muy cansado. (Entrevista a María. Corporación Región, 2003).

El recorrido es una estrategia colectiva que se transmite y se practica sobre todo por las mujeres. Cuando llega una nueva mujer al asentamiento se le informa sobre esta alternativa extrema ante la falta de empleo y cualquiera otra forma de ingresos, le exponen la mecánica del recorrido y luego salen juntas llevando cada una la mochila o el costal para ir recolectando lo que a su paso les dan.

La denominación como recorrido y su ejercicio colectivo comunica a los propietarios de negocios y transeúntes que requieren de una colaboración, sin que cada una tenga que solicitarla, eso le da un sello de dignidad, resaltado por quien hace la inducción con el ánimo de mitigar el impacto producido en la mujer recién llegada que asocia efectivamente esta práctica con la mendicidad: “¿Yo qué voy a hacer mañana, Martha, por Dios? ¿Qué hago mañana, oíste, aquí en qué trabaja uno, o cómo es la vuelta aquí?” Preguntas que nacen del desconocimiento de las reglas y prácticas culturales que rigen ese nuevo mundo en el que es

urgente saber de qué vivir. Las respuestas, a su vez, se enmarcan en la lógica de los recorridos, la estrategia de sobrevivencia disponible. Me decían:

— No, mana, aquí las mujeres que no tienen marido ni nada de eso se van a pedir.

— ¡A pedir! Ni más me faltaba mi hermana, ¿a pedir?

— Sí, boba, pero eso va la cantidad de gente, y vos te hacés en la fila y ahí te regalan, en una parte te dan papa, en otra te dan arroz.

En un diálogo interior de reafirmación y reconocimiento de la nueva realidad dice Nury:

Eso sí me dio lágrimas a mí; pedir, Dios mío, como soy de verraca para trabajar, pero el problema es como ella decía: vos sos muy verraca para trabajar pero aquí no hay dónde y, nadie te conoce ¿cómo te van a dar trabajo? (Entrevista a Nury. Corporación Región, 2003).

La respuesta de esta mujer se mueve entre un examen interior de reconocimiento de una historia de la que se siente orgullosa y la aceptación obligada de una realidad que ahora la pone en otra orilla: En la mendicidad que no creyó nunca que llegaría a practicar. Se aclaró ella misma, como lo han hecho muchas mujeres, que esta decisión es por sus hijos, pero agrega que “necesito ir a pedir e ir a conocer el mundo, porque tengo que enfrentarme allá”. Con esta decisión terminó la primera noche de esta mujer recién llegada que aún no se hacía a una idea del lugar, porque como ella lo anotaba, “me trajeron a lo oscuro”.

El nuevo día inicia con la invitación al recorrido:

Coja un morralito y camine que yo le enseño. La muchacha arranca también, por ese Enciso para bajo de la Mano de Dios. Ella se conocía su rebuscado, a mí me daba pena decir: “me da una limosnita”, cuando ella se hacía en una parte, ahí me hacía yo, pero yo no decía nada de limosnitas, agachaba la cabeza y ponía la bolsa mía también ¡Qué vergüenza!

Las mujeres manifiestan frecuentemente ese sentimiento de vergüenza frente a la mendicidad, no obstante para muchas personas es fácil generalizar la afirmación según la cual el pedir es un vicio. Por lo mismo, los hombres tienen menores opciones en la estrategia de los recorridos pues a ellos socialmente se les exige trabajar y lo contrario es visto como vagancia, pereza, comodidad; de ahí la obligación de recurrir a la informalidad, donde se destacan oficios como vender agua o bolsas plásticas.

Aunque para los hombres estos oficios son una forma de trabajo, son vistos y, algunas veces, experimentados como mendicidad y, para el caso hay que decirlo, son otras formas de recorrido. Dice Lucho, a propósito de sus primeros días en Medellín:

Yo empecé vendiendo bolsas de basura. Una vez me tocó casi venirme a pie de Bello, caminé casi cinco o seis horas, y caminaba muy lentamente porque ofrecía las bolsas por ahí, de pronto a ver quién dejaba, en las casitas que quedaban a bordo de carretera y llegué hasta casi a la terminal. Ya ahí me le colgué a un bus de estos de Castilla y entonces me bajaron y me tiré para arriba pa

la casa, ya los choferes de arriba me conocían, entonces muchas veces llegaba y me decían: “súbase hermano” y no me cobraban el pasaje. Así duré casi tres meses vendiendo bolsas, era muy duro, porque vender bolsas es casi como pedir limosna. (Entrevista a Lucho. Corporación Región, 2003).

Lucho también hacía un recorrido urbano pero a diferencia de ellas iba solo, aunque en igual medida dependía de la solidaridad de los conductores de transporte público y de las personas que le compraban su producto.

Hay una diferencia entre los géneros para los recorridos, asumiendo que también es una modalidad de recorrido el que practican los hombres para la venta callejera. En uno y otro caso, además de constituirse en estrategias extremas para garantizar la supervivencia, hay una lectura adicional que descubre en estas prácticas una herramienta pedagógica para conocer la ciudad (Gómez, Vélez y Fernández, 2003:117). Los recorridos en tanto posibilidad de conocimiento de la ciudad, contribuyen a la disminución del miedo a ésta y facilitan un uso más diverso y autónomo.

No obstante las bondades de los recorridos, se trata de una estrategia que confirma la marginalidad social y económica de la gran mayoría de personas en situación de desplazamiento forzado. Para las personas que viven del recorrido y para quienes contribuyen a su paso, podría estarse alimentando la idea de que la pobreza es un asunto de caridad y no de garantías para el ejercicio real de los derechos ciudadanos.

Otros aprendizajes: La carta de desplazado, el derecho de petición

Las estrategias de sobrevivencia externa también incluyen aquellas dirigidas al reclamo de atención por parte del Estado. Es más generalizada la estrategia de buscar el acompañamiento institucional a través de los procedimientos indicados para la atención a la población desplazada y aunque menos, también se presenta el ejercicio de exigir los derechos como ciudadano. Se constata que igualmente operan los vínculos de parentesco, paisanaje y amistad, pues siempre se trata de alguien cercano que informa sobre la Red de Solidaridad y el proceso para su inclusión en el Sistema Único de Registro de Población Desplazada.

La persona que hace la inducción a partir de su propia experiencia motiva y acompaña a los recién llegados, llevándolos hasta las oficinas y funcionarios: “La misma señora donde yo llegué me dijo: vea Rosalba, vaya arréglese yo la llevo a esa parte, que allá le dan la carta de desplazado, pa que tenga siquiera una ayuda aquí”(Entrevista a Rosa. Corporación Región, 2003).

La carta de desplazado⁶ es la manera como recurrentemente las personas nombran el documento que hasta el año 2001 se les entregaba una vez ingresaban al Sistema Único de Registro de Población Desplazada, después de la declaración de los hechos.

6. Las personas dicen carta de desplazado para referirse a la resolución que con un documento escrito se reconoce la condición de desplazado del portador y lo hace beneficiario de la ayuda humanitaria. Posterior a la declaración y la constatación de la información, en algunos casos no se reconocía inmediatamente su condición, caso en el cual había que presentar un derecho de reposición. Hasta el 2001 se entregó la carta de desplazado, ahora el Sistema Único de Registro se hace incluyendo en el sistema el dato del número de cédula, obviando el soporte físico.

Una vez que se disponía de esta carta se hacía un manejo instrumental de la misma según las condiciones y las personas o instituciones con las que se entraba en relación; en ocasiones era mejor ocultarse y entonces negar que se tenía la carta de desplazado, pero en otras y, sobre todo, para efectos de recibir “una ayuda”, se mostraba como una prueba que por sí sola reclama atención para sus necesidades.

Este registro se hace al inicio de la llegada a la ciudad y las personas, cuando se refieren a su cumplimiento, lo señalan como algo importante por constituir una de las primeras estrategias llevadas a cabo. En el relato se pasa de una actitud pasiva respecto al “venga, vamos, yo lo llevo” de la persona que quiere insertarlo en la Red, a una voz activa: “Yo hice la declaración allá”, como un acto que demuestra una intervención en el nuevo entorno y en relación con una institución.

Nury, vos que sos tan avispada, ¿por qué no vas a sacar la carta de desplazado? Y yo: ¿cómo así desplazada?, pues desplazada es lo que vos sos, venís de Urabá, cuando te viniste perdiste tu casa, eso es un desplazado, y eso lo cubren del 97 para acá, y me dio la explicación. Fui a La Alpujarra, allá en una oficina de esas en el piso 11 dí mi versión, así como le estoy contando aquí, por qué me vine, qué me pasó; me sacaron una carta como esta, me la mandaron a una parte y me dijeron que fuera a la Cruz Roja, y llevé todos los registros de los hijos, allá me investigaron como tres mujeres, me preguntaron la misma historia que había en el papel, yo se las contaba y me gané los mercados. (Entrevista a Nury. Corporación Región, 2003).

Asumirse como desplazado o desplazada es también un aprendizaje que tiene que ver con que otros lo nombren, en este caso resultado de las nuevas interacciones en la ciudad que afectan los referentes de pertenencia iniciales, hasta entonces se reconocía como trabajadora del campo pero no desplazada. En la nueva condición se pierde todo derecho al anonimato y es obligatorio exponer, “ser investigados”, demostrar a los funcionarios su nueva condición y “ganarse” el reconocimiento, lo cual quiere decir que no basta la experiencia vivida.

A manera de balance, los desplazados se muestran decepcionados con la ayuda institucional, encuentran que la atención de sobrevivencia alimentaria es incompleta e inoportuna al reducirse a una “ayudita” equivalente a “tres mercaditos”. No obstante persiste la esperanza de que en la Red de Solidaridad⁷ se pueda encontrar algún apoyo. Así entonces, además de ir al registro la primera vez y recibir los “tres mercaditos”, regresan ante situaciones extremas, como la muerte de sus familiares, caso en el que buscan apoyo para los gastos funerarios, pero también en ocasiones como estas concluyen que allí o en otras instancias gubernamentales no hay respuesta favorable a sus demandas.

La palabra “ayuda”, tan común cuando se habla con las personas desplazadas sobre la relación con las instituciones, es bastante generalizada y connota una relación asimétrica, de minusvalía y no de igualdad como sujetos de derechos.

7. La Red de Solidaridad, aunque es la coordinadora del Sistema Nacional de Atención Integral a la Población Desplazada, se convirtió en la única visible a pesar de la existencia del Sistema Nacional de Atención a la Población Desplazada en el que se incluyen el Concejo Nacional para la Política de Atención a la Población Desplazada, ministerios, entidades territoriales y entidades descentralizadas.

Contrasta con lo anterior, la postura de quienes consideran que se impone la exigibilidad de los derechos y por ello, más que una “ayudita”, se trata de una obligación del Estado. Lucho en respuesta a la lentitud del sistema interpone un derecho de petición:

Llamar a la Red y no ir es la misma pendejada, nunca respondían el teléfono; entonces tenía uno que estar allá, pendiente; hasta que un día me dio por mandar un derecho de petición y ya. (Entrevista a Lucho. Corporación Región, 2003).

A esta respuesta corresponde una explicación de la experiencia del desplazamiento forzado que pone al Estado como causa de la situación: “si el Estado tuviera presencia en todas partes del país, no hubiera desplazamientos”. Así mismo se considera obligación del Estado restituir a la población desplazada los bienes materiales perdidos a causa del desplazamiento.

Desde hace tiempo estamos desplazados. El gobierno no nos ubica... Yo del 97 y todavía no tengo nada que me haya dado el gobierno. No me ha cumplido con casa, empleo, seguro para los hijos; el médico a veces funciona y a veces no, prometieron un subsidio y nada. Yo fui allá, me dieron 3 mercados y hasta el sol de hoy, no me han preguntado si yo tengo casa, cómo vivo, nada. (Entrevista a Nury. Corporación Región, 2003).

Desde el reclamo de los bienes materiales y la vivencia de una existencia digna, como requisitos para dejar de ser desplazados, hay una aproximación a lo que se entiende desde el concepto de restablecimiento con un enfoque integral, como cesación de la

situación de desplazamiento. Según el derecho al restablecimiento (Sentencia T602/03:15):

El acceso efectivo de los desplazados a bienes y servicios básicos, así como la garantía de sus derechos y libertades fundamentales se traducen en el restablecimiento y, por tanto, en la cesación de desplazamiento forzado interno. Por lo mismo resulta evidente que el retorno o la reubicación no equivalen, por sí mismos, al restablecimiento de la población desplazada.

Lo que muestran los relatos anteriores es que efectivamente no se ha dado el restablecimiento, las personas a pesar del paso del tiempo, aún viven en condiciones precarias, no tienen garantizada su permanencia en la ciudad, ni disponen de sus libertades fundamentales.

No obstante la distancia crítica con las instituciones gubernamentales, algunas personas consideran inaceptable la eventual eliminación del registro que se ha hecho hasta ahora de la población desplazada⁸, al señalar que aún se está lejos de recuperar la condición que se tenía antes del desplazamiento forzado. Borrarlos sería como lanzarlos definitivamente al olvido, sería condenarlos a la invisibilización y a asumir su sufrimiento como asunto individual.

En síntesis, hay dos motivaciones para buscar el reconocimiento institucional. Una que deposita allí la esperanza de alguna ayuda y otra, más en el orden simbólico, de no aceptar el olvido

8. Las alusiones a la posible eliminación del registro de la población desplazada se han visto activadas por un rumor en el sentido de que “a los desplazados antiguos los están borrando de la Red”.

de su situación por parte de la sociedad y del Estado, es una expresión que resiste a la condición de liminalidad, a esa especie de condena a continuar siendo desplazado a través del tiempo, al no darse el retorno o un tránsito hacia la incorporación económica y social que se traduzca en una vida digna.

Ocultarse, una estrategia de supervivencia

Los desplazados colombianos son los “sin derechos” que ha planteado Daniel Pecaute (1999:17), entre otras razones porque son vistos como sospechosos en virtud de su procedencia, de tal manera que venir de una determinada zona los expone al estigma y a ser catalogados como pertenecientes a uno u otro bando. Ellos lo saben y en algunos casos tratan de mezclarse y no reclamar sus derechos, por el temor a visibilizarse, pues la ciudad tampoco les representa un refugio seguro.

Aunque lo más generalizado por parte de los familiares y allegados es compartir la información, inducir y acompañar para que se incluyan en el Sistema Único de Registro, también se presentan advertencias sobre el peligro que puede significar la declaración si se entrega información acerca de los motivos y lugar de procedencia, por las implicaciones de ésta en la identificación con algunos de los grupos armados lo que los convertiría en potenciales víctimas aún después de llegar a la ciudad.

Dice Fabiola que:

Cuando sacábamos las tales cartas de desplazados, la gente nos metía miedo, porque esas cartas se las entregaban a los paramilitares y los paramilitares los buscaban

Ciudad: Trayectos, estrategias

y los sacaban de donde estuvieran. No vayan a mentar que son desplazados, que cogen toda esa información, entonces la gente lo busca a uno por medio de la cédula y todo eso. (Entrevista a Fabiola. Corporación Región, 2003).

La prohibición “no vaya a sacar esa carta de desplazado” pretende proteger por la amenaza que se percibe en la divulgación de su origen. Se teme por la vida y se teme a los actores armados que, según doña Fabiola, tienen acceso o alguna forma de relación con instancias gubernamentales, vía por la cual pueden acceder a la información. Frente a este miedo se responde con una estrategia de mimetización que supone el silencio, ante todo no declarar su situación y desconfiar de las entidades oficiales.

Las estrategias de supervivencia y las respuestas al miedo en el entorno urbano, como se ha visto hasta ahora, han dado lugar por lo menos a tres construcciones del Sí Mismo, a tres formas de autopercepción que están modeladas en parte por ese saberse que se es “el otro de alguien”, principio de identidad que siempre define el sí mismo en relación con los otros.

Una es la autopercepción como víctima y desde allí se construye un relato que revela las experiencias de dolor y pérdida, incluyendo el lugar de procedencia y los actores que intervinieron en el desenlace de la situación. En ocasiones el relato pretende conmover la solidaridad y “ser desplazado” se asume como el principal rasgo de su identidad.

Otra postura, por el contrario, es omitir completamente del relato autobiográfico la experiencia del desplazamiento, porque se

teme al estigma social e incluso se teme a la actitud de sospecha que se puede derivar del conocimiento de su procedencia y motivo de llegada a la ciudad. El ocultamiento en este caso es funcional a una necesidad de seguridad y revela la persistencia del miedo. El desplazamiento es un pasaje de la vida que se quiere ocultar.

Otra manera es autoperibirse como sujetos de derechos y desde allí reclamar la asistencia humanitaria de emergencia, pero sobre todo, y aún después de años de haber llegado a la ciudad, reclamar un restablecimiento socioeconómico, condición necesaria para dejar de ser desplazados y llevar una vida digna. El desplazamiento es en estos casos, ciertamente, una tragedia, pero también una oportunidad para reconocerse y hacerse reconocer como ciudadano con plenos derechos.

Estas autopercepciones, que se dan a partir de una situación concreta, el desplazamiento forzado, y que se construyen en el proceso de relación con otros, interpelan las miradas esencializadas; pues hacerse visible como víctima para conseguir una ayuda, o recurrir a la estrategia de invisibilización, o situarse como sujeto de derechos es un asunto de identidad. Cada posición depende de una representación de los otros y una forma de localizarse ante ellos y ante el mundo, configurando así unas identidades del momento.

Vista así, se toma distancia de la noción según la cual habría una correspondencia entre territorio e identidad, asunto por lo demás insostenible para una realidad como el desplazamiento forzado, respecto a la que no hay un pasado ni un territorio co-

mún. Más que hablar de una identidad única y permanente en el tiempo, es apropiado reconocer que las personas en situación de desplazamiento al contacto con lo urbano ya no serán los mismos porque su identidad se redefine como el resultado de la relación con otros, a veces socialmente próximos y a veces socialmente lejanos.

El miedo se actualiza en la ciudad ante la presencia de actores armados opuestos que agudizan tensiones y dificultan la emergencia de lazos que den cohesión a los desplazados. En este sentido la situación no es muy diferente a la que tenían cuando partieron, prevalece nuevamente la desconfianza, circulan los rumores, es posible la incursión de cualquiera de los grupos, persiste la sensación de ser espiados por los agentes de uno u otro grupo.

Además de los miedos que se traen y los miedos que se actualizan, aparecen otros propios de la dinámica urbana y de su desconocimiento hacia el nuevo entorno.

3.3 El miedo, un sentimiento que persiste y se actualiza

El temor a que se repitan historias de muerte y persecución acompaña a las personas que han vivido el desplazamiento forzado. Según Daniel Pecaú (1999:27), hoy esto es aún más cierto en las ciudades colombianas, a diferencia de la violencia de los años 50 en que sí constituían refugio más o menos seguro. Ya no hay espacios libres de la influencia de las redes informales o ilegales de poder en Colombia. Además, al contacto con la ciudad se

experimentan otros miedos, algunos de los cuales desaparecen con el tiempo.

El miedo tiene un carácter ambiguo, es un reflejo que permite al organismo escapar provisionalmente a la muerte, pero también puede generar bloqueos y tener efectos directos en la disolución de los lazos sociales; es en esta ambigüedad y en la experiencia de miedos y respuestas que limitan o facilitan su inserción en la ciudad, que se hace esta reflexión.

En el caso particular de las personas en situación de desplazamiento en Medellín se constata la persistencia del miedo en la ciudad y muy particularmente el temor a los paisanos. Al preguntar por los miedos se dice:

Al ser uno desplazado tiene temor a los que vienen, porque quizás vienen a averiguar de qué manera está uno viviendo en el barrio. Uno que está aquí, en la ciudad, entonces debe tener temor de los conocidos que vienen de pronto. (Taller de memoria con hombres, Corporación Región, 2003).

Esta situación aparece como una fisura a la seguridad que les representa la ciudad en relación con el anonimato que es imposible en el pueblo o localidad de origen. No obstante se dispara una alarma de protección en cada uno cuando preguntan por alguien en el asentamiento, lo que se traduce en su negación inmediata.

El miedo tiene efectos sobre la inserción urbana de los desplazados; los obliga a cambios de residencia o a dejar sus empleos.

En otros casos impide que una persona se establezca en el asentamiento al serle negada la información sobre alguien allí conocido y que podría facilitar el acceso a la vivienda.

Un efecto del miedo es la desconfianza y con ella la separación, la erosión de los lazos sociales. La confianza tiene que ver con la expectativa de que el otro actuará de acuerdo a lo que de él se conoce (Luhmann, 1996:66), la desconfianza por el contrario se construye sobre la base de la incertidumbre con respecto al comportamiento del otro.

En principio la relación entre el mundo desconocido y el miedo es mucho más aceptada y generalizada que la asociación entre lo próximo conocido y el miedo. No obstante recae la desconfianza sobre los paisanos y conocidos porque hay un aprendizaje social en la guerra que muestra que las barreras entre los bandos opuestos son porosas o que por dinero o presión se puede obligar a la entrega de información. Se habla también de infiltrados y ante la sospecha de su existencia se hace recomendable la desconfianza.

Una cooperación calculada, la preocupación por leer cualquier señal que corrobore o disuada sospechas, guardar silencio, evitar información, esconderse, inhibirse de la comunicación con la familia en el lugar de partida o en un barrio de Medellín, privarse de aprendizajes asociados al conocimiento de la ciudad y abstenerse de visitar barrios desconocidos o calientes, constituyen una especie de manual de protección que modela la vida cotidiana.

Los miedos y sus efectos no se agotan aquí. Al examinar los miedos es claro que algunos no son exclusivos de la población que ha sido desplazada.

El miedo a la ciudad, entorno desconocido

El miedo a la ciudad, entorno desconocido, se nombra como un miedo superable y en algunos casos ya se presenta entre los temores del pasado. Es un miedo propio del primer período de llegada a la ciudad, que afecta igualmente a hombres y a mujeres.

Cuando se supera el desconocimiento gracias al tiempo que favorece el reconocimiento del entorno o por el desempeño de oficios o la participación en los “recorridos”, aunque disminuye el miedo a la ciudad se tiene muy presente un temor a los territorios donde acceder sin un acompañante del lugar puede equivaler a la muerte. Este miedo parece estar más presente en los hombres que en las mujeres, ellos se sienten más vulnerables, pues como alguno afirma “las mujeres le caen mal a menos gente”.

En la ciudad, un miedo se concreta en la delincuencia como una fuente segura de amenazas. Las mujeres perciben más la amenaza de “los ladrones” y “viciosos”, mientras que los hombres dicen que no hay que temer al robo porque nada tienen. Su temor más presente es a ser confundidos con un enemigo en un lugar en el que son desconocidos. “Miedo a que por desconocido lo maten las bandas”, “yo tengo conocidos pero por allá no voy, así uno lleve mucho tiempo aquí; y no es sólo problema para el desplazado, para todos da miedo ir de un Popular a otro”.

Las personas desplazadas siguen informadas de lo que pasa en su tierra de origen a través de los medios de comunicación o por sus familiares con quienes mantienen contacto, y esto les permite ratificar que es imposible retornar, situación que contrasta con la relativa seguridad brindada por el anonimato que ofrece la ciudad.

Miedo a la violación de las hijas

Hombres y mujeres han manifestado temor a la violación de sus hijas. Este es un temor compartido por padres y madres que genera debates intensos cuando algunos explican dicha amenaza como un riesgo propio de la ciudad, percibida como lugar de la perdición para los jóvenes, opuesta al campo asociado a “santidad”, ambiente favorable para la buena crianza de los hijos. En el primer caso, el anonimato en la ciudad opera como un obstáculo para el control de los jóvenes, motivo de debate entre madres adultas y madres jóvenes.

Miedo a dejar los niños solos en la casa

“Como somos madres solas, tenemos miedo a dejar los niños por el peligro de enfrentamientos, porque incendien las casas. Están quitando los niños porque es prohibido llevarlos a pedir y por maltrato”. Este miedo es explicable por la precariedad de los materiales con los cuales están hechos sus ranchos y sobre todo por la historia de incendios en los asentamientos. Los miedos a la violación y a los incendios convocan debates acerca de la necesidad de la colaboración entre vecinos compartiendo la responsabilidad de atención especial a niñas y niños.

Miedo a que los hijos sean reclutados para la guerra

Este miedo acompañó la huida de la familia o de las mujeres con sus hijos de la región donde vivían, pero en la ciudad igualmente, en los barrios donde se han establecido inicialmente, han identificado el riesgo que tienen los jóvenes de ser reclutados por los grupos armados. En el asentamiento, considerado un lugar seguro, no dejan de advertir señales que anuncian la reaparición de esta amenaza para sus hijos. También es un miedo para los jóvenes directamente implicados: “Le toca a uno arrancar en bombas (a gran velocidad). Se lo quieren llevar. Lo están chequeando a uno, uno sin querer hablar con ellos”.

Realmente aparece una constelación de miedos; miedos que se actualizan, miedos que se superan y miedos que se superponen.

Los relatos de hombres y mujeres están signados por miedos y también por las respuestas a éstos que en la mayoría de los casos no se corresponden con la parálisis como una forma de respuesta; por el contrario, es la acción e incluso la preparatoria para la huida, la vivencia de cambios y adaptaciones con el fin de dar continuidad a sus vidas en medio y en diálogo con los miedos.

La capacidad de las mujeres para enfrentar el miedo a lo desconocido en una ciudad nunca vista, la responsabilidad de proteger a los niños y portar algunas pertenencias del hogar, hace pensar en la lucha que se libra entre el miedo y la esperanza, pues “la esperanza exige la remoción del miedo; demanda acción” (Riezler, 1966:22), en este caso, el miedo disminuido por el deseo de salvar a los hijos. Es reiterativa la expresión de las mujeres

según la cual a pesar de la nostalgia y la tristeza, sus hijos constituyen el motor de sus vidas.

En síntesis, de forma especial el futuro va a estar fuertemente incidido por el miedo que se trae, en el sentido de impedir actuar con libertad, espontaneidad y confianza ante el temor a la persecución. De hecho puede plantearse que el miedo trae como consecuencia una erosión de los lazos sociales en la ciudad de llegada, aunque también se presenta una ingeniosa búsqueda de recuperación y sostenimiento de los lazos sociales y afectivos que han quedado en el lugar de origen.

Al actualizarse el miedo, sobre todo, ante la percepción real o imaginaria de persecución se genera la disposición nuevamente a la huida o a una sensación de intranquilidad que gobierna la vida cotidiana. En dichas condiciones se busca desesperadamente el retorno o se vive en la incertidumbre e incluso se vive en cierta parálisis, que se roba toda iniciativa que podría dirigirse a la transformación del entorno.

Los miedos en y a la ciudad llevan a las personas a considerar la idea de un retorno inmediato, pero tan pronto como se detienen a considerar las condiciones del posible lugar de llegada miran angustiados que puede ser tan riesgoso permanecer como huir nuevamente.

El desplazamiento forzado tiene un impacto directo en la reconfiguración de las redes sociales al determinar un juego permanente entre la confianza y la desconfianza como formas de relación.



Dibujo realizado por una participante del taller de memoria con mujeres del asentamiento de Altos de la Torre.

La imagen remite a un antes de tristeza y a un presente de felicidad asociado a ciudad.

CAPÍTULO IV

FUTURO: ENTRE PÉRDIDAS Y GANANCIAS

Las personas desplazadas describen trayectos en muchas ocasiones ajenos a sus iniciativas y deseos, pero también hay sueños y previsiones para mañana. ¿De qué están hechos sus sueños? ¿Cuáles son las posibilidades de construir o reconstruir proyectos de vida?¹. Las respuestas están determinadas por la dinámica de relación entre la reconstrucción del pasado, la apropiación del presente y la utopía, dando lugar a diferentes representaciones sobre el futuro.

“Tanto en la vida individual como en la social, el pasado delimita el futuro” (Lechner, 1999:78). Esta que es una verdad en general tiene especial sentido cuando se trata de un pasado marcado por eventos no resultantes de una libre decisión. No se decidió sobre la partida, el momento de su ocurrencia y el lugar

1. Los proyectos de vida, más allá de las estrategias de supervivencia material, suponen una intención, una voluntad de superación, alguna planificación y cierta capacidad de controlar el curso de la vida cotidiana. Ver Nora Segura (1998:10).

de llegada. Además, el carácter forzado y muchas veces violento de la huida, deja huellas que delimitan el futuro y afectan la memoria atravesada por dicha experiencia.

Lo que se desea a futuro no está separado de las experiencias de vida en un sentido amplio, es decir, de la propia biografía, y en el caso particular de la población desplazada, del significado que en su vida ha tenido el desplazamiento, que a decir de Marta Nubia Bello (2001:35) puede estar incorporado en la historia de cada uno como un evento más en sus vidas o como condición que acompañará su existencia.

Quiere decir entonces que no hay una única manera de dotar de sentido las experiencias pasadas y de incorporarlas a la vida. El futuro por su parte se relaciona con el presente y con el pasado y en dicha relación se anuda y perfila desde una experiencia social de identidad, entendida como un proceso complejo que articula “la memoria (reconstrucción del pasado) con la práctica social (apropiación del presente), con la utopía (apropiación del futuro) y con la representación que el sujeto tiene de ese proceso gracias a su conciencia” (Guerra, citado en Bello, 2001:35).

En el juego de relaciones determinado por los factores anteriores se han identificado a través de casos típicos, tres procesos que serán descritos a continuación.

4.1 Entre la espada y la pared

Entre la espada y la pared es la imagen que recoge ese estar atrapados por el miedo y la búsqueda de la sobrevivencia, viviendo

el día a día e inventando qué sigue para mañana, con la inconformidad por la situación que le ha correspondido en la ciudad y el riesgo que implicaría un retorno.

La situación apremiante que vive Leonor tipifica esta imagen. Se trata de una mujer de 40 años que carece de cualquier grado de escolaridad y actualmente vive en un rancho sin servicio de agua ni energía. Es representativa de otras mujeres que al volver la mirada a su lugar de origen, representado como de la abundancia en el pasado y ahora ocupado por grupos armados que obligaron su salida, concluyen que es imposible el retorno, y al mirar su situación en la ciudad advierten que el futuro es incierto. Ni el retorno a su origen ni la permanencia en la ciudad perfilan un futuro deseable. El miedo que experimenta ante la percepción de amenazas reales, como en su caso, genera ese sentimiento de “estar atrapados”. “Me dijeron que la casa mía está llena de paracos, por allá no puedo volver a vivir”, cuenta Leonor. Al preguntarle por las oportunidades que puede encontrar en Medellín, responde:

Yo no veo, me mantengo por aquí aburridísima, no me he ido de por aquí a rodar el mundo porque no tengo el pasaje y hasta me da miedo salir, de pronto por ahí en esas autopistas lo reconocen a uno. (Entrevista a Leonor. Corporación Región, 2003).

Además del riesgo que representa para su vida el que llegara a ser reconocida, siente la presión por la falta de empleo y la conciencia que le da el saberse limitada para emprender la vida en la ciudad, dada su edad y condición de analfabeta.

En el caso de Leonor, el desplazamiento no es un evento, es una condición que la define y se prolonga por la sensación de persecución y la ausencia de autonomía al no contar con su propia morada.

María es también una mujer para quien el factor que impide el retorno es igualmente la guerra, la que siente como una amenaza que se posa directamente sobre sus hijos. La presión contraria está en que la ciudad no representa para ella un futuro prometedor y su vida actual es de extrema pobreza: Un rancho prestado, falta de empleo y trastornos mentales a causa de múltiples experiencias de su vida en las cuales la pérdida y el desafecto son constantes, situación especialmente agravada con el desplazamiento forzado.

Yo les cuento la situación, que estamos en las mismas, desesperados, sin saber qué hacer, a veces nos dan deseos de volvernos, así nos maten y, digo yo: no siento sino mis hijos y pienso que de pronto por haberme venido y haberme traído estos hijos me hagan algo a mí. (Entrevista a María. Corporación Región, 2003).

El dilema de María está entre regresar a Argelia, su municipio, acompañada de sus hijos después de salir convencida de “no entregar hijos a la guerra” o permanecer amenazada por la pobreza. La posibilidad de construir un proyecto de vida es obstaculizado por el miedo y la incertidumbre que le impiden apropiarse del presente.

Para María el desplazamiento forzado es un evento, entre otros ocurridos en su vida, que la ha obligado a huir, pero posible-

mente los de mayor impacto son el asesinato de una amiga por parte de la guerrilla y los combates entre guerrillas y paramilitares; ella se declara “traumatizada”, la asaltan pensamientos de suicidio y asesinato de su familia y luego la culpa. Aunque dice que ha superado estos sentimientos, ante la angustia que le produce vivir en la precariedad con su familia en la ciudad, revive sentimientos y sensaciones similares, que inciden de manera directa en sus escasas posibilidades de reconstrucción de un proyecto de vida.

La ciudad le sabe a pobreza y a ausencia de apoyo. Recuerda que en su pueblo, al ser conocida, sabía dónde y a quién acudir para resolver la sobrevivencia, en cambio en la ciudad nadie conoce su capacidad de trabajo. Para María y para otras personas desplazadas la pérdida no se mide sólo por los muchos o pocos bienes que poseían, también y de forma significativa por el deterioro del tejido social construido en el tiempo y que en la situación de crisis valoran por lo que significó como soporte y seguridad, ante las situaciones difíciles presentadas a lo largo de su vida.

En este caso es muy evidente que la condición de desplazamiento no termina, y su futuro permanece en vilo porque está hecho de la incertidumbre que la acompaña al no depender de ella el retorno o la permanencia, sino y sobre todo, de circunstancias que no puede gobernar. Ahora vive en el rancho pero teme que su vivienda se derrumbe por la mala calidad de los materiales, la estructura y por los suelos en donde está localizado.

También se encuentra entre la espada y la pared Fabiola, quien presa del miedo por las amenazas y porque no logra encontrar

Futuro: Entre pérdidas y ganancias

“su lugar” en la ciudad, opta por el retorno a Urabá, aún con la certeza del peligro que ello implica. Aduce que por lo menos allí encuentra a su familia que garantizará trabajo para sus hijos, además, y tal vez más decisivo que lo anterior, es que Fabiola desea y ve posible un futuro a la medida de su pasado.

El relato de su ciclo vital transcurre en medio de un trabajo intenso en las fincas de Urabá y luego en cada una de las regiones a las cuales llegó desplazada o buscando a su madre, quien la abandonó. Cuando se refiere a sus sueños dice:

Vea, en mi futuro pienso así, y hasta sueño, viviendo en Urabá, en una casita con mis cinco muchachitos, con mi esposo, que tenga hartos animales, que tenga marranos, gallinas, que tenga dónde sembrar, como allá le dan a uno hasta tierra pa sembrar, una yuquera; como que nosotros podamos vivir tranquilos, que los muchachos si quieren estudiar, tengan dónde estudiar y si no quieren estudiar, pues que estén trabajando con el papá. ¡Ay! Yo me sueño con estar otra vez en Urabá.

Para esta mujer que ha localizado su sueño en Urabá, la ciudad tiene una calificación negativa, como lugar de no futuro para sus hijos; especialmente teme a los barrios pobres donde los hijos pueden, según ella, desviarse hacia la drogadicción y a la delincuencia. A estos motivos se suma la desesperanza por vivir en un barrio que es zona de alto riesgo y por tal motivo “se vive como sin una ilusión de nada”.

El futuro y el proyecto de vida planteado por Fabiola están representados en el desempeño de la familia, como unidad eco-

nómica alrededor de las actividades agrícolas en el campo. No obstante, cuando toma conciencia de que no puede salir inmediatamente se detiene a pensar que tendrán que matarla allí mismo en el asentamiento:

Si nos van a matar, nos tienen que matar ahí, porque yo no puedo irme a pagar arriendo, por una parte, y por otra lo que veo es que nosotros nunca hemos tenido estabilidad en ninguna parte y por eso no hemos podido conseguir nada, porque a donde quiera que llegamos tenemos que botar lo poquito que tengamos.

Por encima de prefigurar la ocupación de los miembros de su familia, desea algo que no está bajo su control, esto es que por fin la dejen quieta, revelando así el agotamiento por el continuo reinicio de la vida. En este caso, más que proyecto de vida, su deseo es la posibilidad de estar, de permanecer, de descansar.

Hasta aquí aparece el dominio de la incertidumbre, en unos casos por la pobreza y en el otro porque el nuevo entorno se percibe amenazante, imposible de generar pertenencia; de todas maneras el retorno es una opción que se sigue contemplando y siempre resulta imposible o por lo menos es muy arriesgado intentarlo. Cuando aún no se ha definido si quedarse en la ciudad o partir, es poco probable el inicio o la marcha de un proyecto de vida.

4.2 Un futuro de certezas guiado por Dios

El futuro se concibe también desde el mundo de creencias. Si bien en la mayoría de las personas predominan el miedo y la incertidumbre, también existen quienes ante las dificultades re-

Futuro: Entre pérdidas y ganancias

afirman certezas y tienen motivos de esperanza como creyentes en un salvador supremo.

Kurt Riezler (1996:38), refiriéndose al Dios cristiano, ya sea el Dios de Abraham y Jacob o Cristo, en relación con el miedo dice que éste “es un Dios personal, un Dios de amor, cuidado y esperanza, el padre a cuyos pies el tembloroso rebaño de sus hijos acude en la desgracia más fuerte que cualquier miedo, definido o indefinido para aquellos que confían, resisten y rezan”.

Los relatos han dado cuenta, como señala el autor, del papel del Dios cristiano en los momentos de desespero y soledad de católicos y creyentes cristianos que finalmente destacan la fidelidad de su Dios, que no los ha abandonado y siempre los acompaña al momento de tomar decisiones en las situaciones límite que han vivido.

Las creencias religiosas constituyen un marco interpretativo del presente, del futuro y del lugar del cristiano en cada tiempo. Para los cristianos es desde la biblia, el libro sagrado de autoridad, palabra escrita de Dios desde donde puede entenderse el mundo y orientarse en él.

Con respecto a la incertidumbre, por ejemplo, y desde su visión apocalíptica de futuro, los cristianos no encuentran discontinuidad entre el futuro venidero y el presente manifiesto en cada catástrofe, conflicto social o guerra; por el contrario encuentran una constatación de la verdad anunciada por Dios.

A veces me pongo a ver noticias y dicen que este gobierno sí va a acabar la guerra, que sí va a haber paz,

a las buenas o a las malas; pero a veces me pongo yo a pensar si este gobierno nos va a dar la paz, entonces Dios es mentiroso, porque es que Dios dice que paz no hay, que cuando haya paz es porque él dio esa orden de paz, y eso falta todavía mucho para que esa paz exista porque tienen que suceder muchas cosas, porque la biblia dice que habrá guerras, hambres, los padres se comerán a sus hijos, los hijos se lanzarán contra sus padres, todo eso lo estamos viendo por noticias; eso tiene que suceder así porque eso está escrito, estamos viviendo los últimos tiempos, porque estamos viviendo lo que Dios dejó escrito. (Entrevista a Luis. Corporación Región, 2003).

A propósito del desplazamiento forzado desde una lectura de la historia bíblica, un hombre habitante del asentamiento plantea que éste es un evento más que ya estaba advertido como un castigo por los pecados cometidos, “ya estábamos advertidos por el mismo evangelio, que todo esto podía darse a causa del pecado, a causa de lo que nosotros mismos habíamos sembrado”.

Desde estos referentes religiosos, ante la pregunta por los hitos que han marcado sus vidas, los creyentes cristianos no ven en el desplazamiento claramente el evento más importante que marca un antes y un después en su vida y en la de su familia; por el contrario, lo más importante para ellos es el descubrimiento reflexivo y espiritual que los llevó a cambiar sus vidas pecaminosas.

Las penas y las pérdidas son asumidas como pruebas y el desplazamiento forzado se vive como la señal de un padre amoroso. Según un joven asistente al taller de memoria:

Somos muchos los que estamos viviendo mal en esta vida, cuando empieza a leer sobre Jesucristo, ya cuando le pasan estas cosas, uno ya no lo coge como mal para uno sino como una prueba; nosotros tenemos un propósito aquí en esta tierra y es algo que sólo Dios nos lo puede decir; entonces no cojamos esto como mal, cojámoslo como pruebas que nos está poniendo a nosotros la vida, para saber cómo estamos nosotros. Dios quiere que nosotros lo tengamos en cuenta a él, porque es un Dios que nos quiere y que nos está poniendo todas estas pruebas para darnos algo a nosotros. (Taller de Memoria, con hombres del asentamiento El Pacífico, Corporación Región, 2003).

Desde Rietzler, que señala que el Dios de los cristianos es un Dios personal, de amor y esperanza, puede entenderse que aún el sufrimiento se asuma por los creyentes como un mensaje que pretende reorientar la vida en la tierra, para asegurar la salvación eterna.

Las personas entrevistadas, pertenecientes a la Iglesia Cristiana, interpretan las pérdidas materiales desde su horizonte de creencias, de tal manera que les facilita su desprendimiento a la vez que ejercen una crítica radical a quienes evocan el tiempo de abundancia anhelando su retorno y se quejan por la precariedad en la cual viven en la ciudad. Para ellos, más que las cosas materiales, lo importante es la confianza en Dios, con el supuesto de que es Dios quien todo lo concede.

Puede decirse que la noción de futuro y también de pasado están modeladas por las creencias, en el caso concreto de los creyen-

tes en Cristo, el futuro deseable es el de la salvación y el paso por la tierra es un tránsito que debe estar en función de la voluntad divina que se manifiesta en toda experiencia; un acontecimiento es una señal para el bien de cada uno. Desde aquí hay una mayor disposición a vivir las dificultades y en particular la situación del desplazamiento, el cual definitivamente no es el evento que marca sus vidas.

En un plano, las metas y los medios no corresponden a las contingencias, éstos están definidos por el deber ser del cristiano y su proyecto de vida se confunde con su proyecto de salvación eterna. En otro plano participan de proyectos colectivos, que en el ámbito local del asentamiento implica que varios de los dirigentes de la organización comunitaria pertenecen a la Iglesia Cristiana.

En definitiva, su futuro es de confianza en un proyecto divino y en un salvador que reafirma su verdad. Caminar a su lado les define un plan y estilo de vida en el que la incertidumbre no tiene lugar, todo está supeditado a su voluntad.

4.3 La ciudad como un futuro deseable

Constituyen una minoría, entre el número de personas entrevistadas y asistentes a los talleres de memoria, quienes se encuentran en una situación caracterizada por una cierta estabilidad al superar la duda entre permanecer y retornar, y han optado por quedarse con una actitud que supera en mucho la resignación. Estas personas han nombrado sus metas, los medios para lograrlo y la voluntad de luchar en esa dirección. Coinciden con apelar a metáforas que aluden a vida, crecimiento, cambio; “asenté raíces y eché ramas”,

“espero crecer rápido”. Se trata de cambios deseables y no forzados. Lucho y Nury esperan crecer, no obstante no desaparece en ellos el peso de la atmósfera de incertidumbre, al identificar diferentes motivos que pueden obligarlos a salir nuevamente.

Quienes aspiran a crecer encuentran en la ciudad una opción, han probado su capacidad de gestión en el nuevo entorno y ha sido definitivo en su proceso de afirmación el acompañamiento institucional.

Nury plantea que en el reciclaje ya empezaba a fatigarse, eran jornadas muy duras recorriendo la ciudad. Para ella esta situación contrasta con la producción de obleas en su casa a partir del apoyo de la Cámara de Comercio de Medellín, “por eso no me quisiera ya mover en este momento de ahí, tendría que ser un caso de gravedad que nos tuviéramos que mover, pero hasta el momento sí quiero estar ahí” (Entrevista a Nury. Corporación Región, 2003).

Nury ha construido un relato de vida que muestra la coexistencia de las dificultades y la superación de las mismas gracias a su capacidad de trabajo e inteligencia: “He sido una verraca. Yo nada lo veo imposible”. Su capacidad y arrojo, sin embargo, se doblagan ante la “plomería”, es decir, el enfrentamiento armado, la guerra.

Ella se ha probado muchas veces a su paso por diferentes localidades del departamento, pero Medellín constituye la prueba principal y desde ahí su incursión en la ciudad constituye reafirmación de su autopercepción, a la vez que le plantea nuevos retos y esperanzas.

En las corridas que he pegado de Urabá a Cáceres, lo más que tengo que agradecer es a Medellín, porque aquí fui capaz de enfrentarme a la ciudad, no me sentí como atada de las manos, me sentí como libre, los primeros días me perdía por ahí una que otra vez, pero fue rápido que se me metió en la inteligencia que salía adelante, y lo que tengo se lo agradezco a Medellín.

Para Nury “En la ciudad no se muere nadie de hambre, después de que usted sepa buscar”, la ciudad le significa posibilidades; mientras que para María es un mundo de limitaciones. Para la primera, pedir o buscar ayudas tiene un campo mayor en la ciudad, para la segunda en cambio, es casi imposible porque la ciudad no es abundancia sino ausencia del tejido social hecho por ella en la convivencia cotidiana en su pueblo durante el transcurrir de su vida.

Entre pérdidas y ganancias, el balance de las dos mujeres da resultados opuestos. Para Nury se perdieron los bienes materiales pero es de inmenso valor el reconocimiento que recibe de otros que la tratan como igual a partir de su proyecto productivo.

No tengo todo lo que tenía allí, que tenía mi situación económica muy buena, televisión, nevera; aquí no lo tengo, pero tengo más alegrías, me da esa felicidad como cuando me tocó ir a esos encuentros de Cámara de Comercio, y allí nos atendieron de mil maneras, muy bien; allá nos ofrecen tinto, agua, lo que quiera, nunca nos dicen que no, y en el estudio que hacemos tampoco. Nos ha tocado con gente que tienen empresas hace 20 años y están haciendo capacitaciones, nos ofrecen sus cosas y nos dan los teléfonos de sus empresas.

Para María, por el contrario, la seguridad y el reconocimiento quedaron en el pueblo entre los conocidos que dejó y ahora añora; aún no tiene pertenencia a una nueva construcción social.

El relato de Rafael como el de Nury habla de sus pérdidas materiales, pero ante todo hace saber de sus posturas críticas, de la reafirmación de criterios y metas de vida, en parte, ello está determinado por su pasado de participación política. Puede apreciarse que no hubo una ruptura total en el ejercicio de su rol como activista; en Urabá como militante de un partido oficial y ahora en el asentamiento como líder comunitario.

El cambio drástico está en la tenencia de propiedades, como él dice vivió siempre de los campesinos como propietario de tiendas para el expendio de alimentos y licores. No obstante la diferencia, él trata de mantenerse ahora como vendedor ambulante en una calle de Medellín y propietario de una tienda en el asentamiento.

Hace un balance, mira hacia atrás y reconoce que lo ha perdido todo, pero que la idea es “tratar de superarme aquí”. Para lograrlo ya ha vencido un obstáculo, “Ya no me da miedo en Medellín” y plantea claramente su aspiración: “Algún día conseguiremos una casa digna y también podré tener mi propio negocio como siempre lo he tenido”.

Una condición para abrirse camino en la ciudad es perderle el miedo, cuando esto sucede se considera una prueba superada que da la confianza necesaria para emprender otras pruebas en el entorno urbano.

Cuestiona la política de retorno, porque sólo se ofrece tierra y no todos son agricultores, y los agricultores que han retornado tampoco tienen un apoyo significativo por parte del Estado. Para él como comerciante no tiene sentido dicha política, además, considera que a nadie se le debe obligar a retornar. En Rafael la noción de “nosotros” se da por oposición a un Estado que sistemáticamente los desconoce y les incumple.

Lucho, como don Rafael, tampoco estuvo ligado a la tierra por el oficio que desempeñara antes del desplazamiento forzado. Lucho era maestro de escuela y como tal tiene cierto grado de escolaridad que lo pone en mejor condición para afrontar las nuevas exigencias al contacto con lo urbano.

En su balance, el desplazamiento interrumpió una acumulación favorable desde el punto de vista laboral como maestro, pero igualmente examina el futuro y descubre que está interviniendo el entorno manteniendo así una continuidad con su papel de líder comunitario y aún más cualificado.

Puede verse que es muy importante para todos el tejido social, siempre aparece nombrado y resaltado, bien porque se gana y en tal caso es más estimado que las pérdidas materiales, o porque se pierde y en tal caso hasta se quiere arriesgar la vida por estar cerca de familiares y allegados, en muchas ocasiones la única protección segura ante la ausencia del Estado.

Hay cosas que se pierden y hay cosas que se ganan, porque yo, por ejemplo, ahora he aprendido mucho en derechos humanos, en trabajos comunitarios, entonces

Futuro: Entre pérdidas y ganancias

yo digo: “pues se perdió una licenciatura, pero se pudo haber ganado una vida social mucho más grande; no sabía manejar un computador, aquí aprendí, aunque sea a prenderlo y a apagarlo; no sabía de reclamar algo delante de una entidad, aquí aprendí; no sabía pelear por los derechos de las demás personas, aquí aprendí, porque yo allá, en la vereda, peleaba por los derechos de esa comunidad, pero nunca con vías legales; y aprendí a crecer como líder; aquí aprendí a administrar una organización comunitaria, y ahora estoy aprendiendo en derechos humanos, aprendí a pelear por la educación. (Entrevista a Lucho. Corporación Región, 2003).

Lucho asume que ha crecido y que tiene mucho más por aprender. Permanentemente hace referencia a las dificultades pero también a los logros, dotándose de la confianza necesaria para el tiempo venidero; sabe que puede intervenir el entorno a su favor y a favor de una comunidad.

En su balance hay pérdidas y ganancias, el pasado no lo aplasta porque encuentra frutos del presente o del tiempo posterior al desplazamiento, pero precisa el peso específico de sus pérdidas, además de no lograr convertirse en licenciado en educación señala la pérdida de un tejido social ampliamente valorado por él, y sobre todo, lamenta:

No he ganado tranquilidad, como la de dormir tranquilo con este cuento que están desalojando; entonces uno es pensando que van a tumbar las casas, que lo que ha levantado a punta de sudor se va a caer en un minuto, o lo van a tumbar; entonces de pronto no he ganado tranquilidad, pero sí he crecido como persona; entonces yo digo: y

si me llegan a tumbar la casa, que la tumben ¿será que algún día no se podrá levantar otra? (Entrevista a Lucho. Corporación Región, 2003).

Los acercamientos a las experiencias de vida de la población desplazada muestran que tienen mayor posibilidad de reconstruir o construir sus proyectos de vida en la ciudad quienes traen alguna formación académica, quienes han sido líderes sociales y quienes son jóvenes. Con respecto a lo que encuentran en la sociedad receptora tienen mayores posibilidades quienes reciben apoyo de su red de parentesco, quienes encuentran una red social de acogimiento y participación, quienes pueden dar continuidad a su rol de líder comunitario o social y en todos los casos es una condición muy determinante el que se haya superado el miedo a la ciudad.

No obstante los logros a nivel individual y la valoración positiva que se hace de las pruebas superadas, cuando se aborda la situación del desplazado a futuro, entendiendo el desplazado en un sentido general y no relacionado con su situación particular, se refieren al gobierno y expresan desesperanza porque lo relacionan con la historia de desatención que ya han vivido.

En una misma persona se encuentran dos relatos, uno de orden más autobiográfico en el que se afirma por los aprendizajes y logros en la ciudad, y otro que responde por un “nosotros desplazados”, en una situación de olvido, donde es cuestionado el Estado por su incapacidad de protección y atención, y donde el panorama de la guerra los lleva a la incertidumbre por la posibilidad inclusive de un redesplazamiento forzado.

Otra gran preocupación, sobre todo expresada por los hombres, está ligada al desempleo, de ahí la afirmación de que “el desplazamiento se sabe qué es sin empleo”. El empleo es concebido como condición necesaria para alcanzar los sueños pero también para satisfacer las necesidades básicas. La vivienda es una necesidad que al ser satisfecha asegura la supervivencia como seres biológicos y simultáneamente asegura unas necesidades derivadas como la autonomía, la unidad familiar y la dignidad, pero esto será posible si se accede a un empleo “si uno tuviera un empleo, pues a lo menos compone la casita, le pone los servicitos”. Algunos hombres se han referido también al empleo y a partir de éste a la posibilidad de dar continuidad a su rol de proveedores y responder así a la expectativa social depositada en ellos.

La inestabilidad laboral es también la inestabilidad vivencial y emocional. Esto que es cierto para cualquier persona es presentado por las personas en situación de desplazamiento como un asunto que permite o limita enfrentarse a la ciudad. Para las personas campesinas que han vivido ligadas a la tierra y sus saberes se circunscriben a dicha relación, que adicionalmente son analfabetas y adultas, con dificultades de salud y hombres, es casi imposible encontrar alternativas de empleo. La falta de empleo en la ciudad para los hombres repercute en su identidad de género.

La seguridad, en un sentido amplio, incluye la alimentación, vivienda, vestido, seguridad individual y colectiva. Esto lleva a plantearse una mirada sobre la situación de la población desplazada como problema de derechos humanos y de desarrollo,

pero también de una dimensión subjetiva que permita entender los cambios, potencialidades y limitaciones del ser y del hacer de las personas desplazadas en el proceso de reconstrucción de sus proyectos de vida².

Lo contrario de la seguridad es el miedo y desde aquí puede suponerse la simultaneidad de miedos ante la carencia de los mínimos vitales, no obstante y con la incertidumbre que representa la sobrevivencia económica, las personas muestran alguna forma de continuidad basada en la solidaridad de la familia, en la caridad, en el rebusque, lo que contrasta con la impotencia frente a la guerra; “yo vivía bien, pero esa gente armada me derrotó”, “Los que no amamos la guerra, nos desplazamos dejándolo todo”.

En todos los casos las personas dicen que no han ganado tranquilidad total, perciben amenazada su estabilidad en el territorio, sienten el peligro de ser desplazados nuevamente por la guerra o de ser desalojados; en uno y en otro caso persiste de alguna forma la posibilidad de una reedición de la huida. A pesar de que avancen en los proyectos de vida respectivos.

Mirado desde la experiencia individual y familiar se confía en la capacidad de salir adelante y en los nexos construidos para continuar creciendo, pero cuando se levanta la mirada y el balance involucra la situación del país y allí las perspectivas para las

2. Donny Meertens señala, retomando a Amartya Sen, la importancia de la doble dimensión de agencia, cómo hacer y cómo ser. Una experiencia a propósito en Medellín muestra cómo los fabricantes de colchones en Mano de Dios, a pesar de no significarles esta empresa ingresos importantes, nunca dejaron de confeccionarlos, por la posibilidad de interacción social y autorreconocimiento que encontraban en dicha acción.

personas en situación de desplazamiento, el lenguaje se vuelve duro y no hay dudas en señalar el panorama como “horrible”.

La situación en este país está muy dura, no es por lo que haya interiormente, sino que es por los gobiernos, porque donde aquí existiera la igualdad, ahí sí llegaríamos a una democracia más justa; pero aquí la democracia es para los de corbata, los de cuello blanco; aquí la democracia sólo existe en el congreso y en la presidencia de la república, de ahí para abajo son puras injusticias; yo digo que el país en ese sentido se ve horrible. (Entrevista a Lucho. Corporación Región, 2003).

El desplazamiento y la pobreza se anudan y parece perpetuarse en una transitoriedad bajo la cual un proyecto de vida es difícilmente alcanzable; no hay meta clara, no puede planearse, no se cuenta con medios previstos para lograr lo que sigue siendo un deseo, retornar a su tierra o quedarse en condiciones dignas. El futuro está atrapado en el presente de incertidumbre y en ocasiones de desesperación. Es este caso en el que el desplazado no tiene asidero y tampoco futuro. El miedo y la pobreza ponen en entredicho el porvenir mientras se vive un presente de tránsito, que ya ha dejado huellas de agotamiento y cansancio en una parte de la población.



JUNIO 18

TALLER

HOMBRES

ALTOS DE LA TORRE

Taller de memoria. Colcha de retazos. Representación de los hitos más significativos en sus vidas.

CAPÍTULO V

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL DESPLAZADO: UN JUEGO DE PERCEPCIONES DESDE LA SOCIEDAD RECEPTORA

El presente capítulo tiene dos centros de interés. El desplazado como ser del umbral, provocador de inquietud y de redefiniciones con respecto al “nosotros” y al “otro”, y las percepciones socialmente construidas en torno a la figura social del desplazado. En el segundo caso el desplazado permite saber de la construcción de la alteridad entendida como una realidad relativa y no sustantiva, como el efecto de la relación social entre dos heterogeneidades y no como una cualidad de determinados sujetos, tal como lo ha señalado Enrique Santamaría (2000:7).

El desplazamiento interesa aquí como potencialidad reveladora que permite leer a la sociedad en su conjunto respecto a la construcción que hace de la alteridad, a sus miedos y a las posibilidades de inclusión social o no de “lo otro”. En particular serán leídas las imágenes, representaciones o estereotipos a través de las cuales se vuelve aprehensible lo “otro”, en tanto revelación de lo desconocido.

La aproximación a estas representaciones toma en cuenta la incidencia que tienen en su construcción, mediaciones como los estratos socioeconómicos, los medios de comunicación, la distancia física y el lugar desde el cual se explican el mundo y los fenómenos sociales.

En virtud de la importancia de dichas mediaciones, recurrimos al análisis de una encuesta¹ que indagó entre diferentes estratos socioeconómicos sobre las percepciones acerca del “desplazado” en Medellín, al desarrollo de grupos de discusión con población también diferenciada por estratos socioeconómicos y formación académica, y a la realización de entrevistas a profundidad con líderes comunitarios e instituciones del entorno inmediato a los asentamientos de desplazados en la zona centro-oriental de Medellín.

5.1 El desplazado, una figura social para “pensarnos”

El desplazado como figura del umbral, de la liminalidad, tiene una función cognitiva en tanto es buena para pensar el orden y el desorden sociales. Su eficacia para provocar el pensamiento sobre la propia sociedad reside en que son figuras que al mismo tiempo están dentro y fuera del sistema social; siempre están allí para evocar el carácter de vulnerabilidad, los equívocos, la posibilidad latente de ser nada.

1. Encuesta realizada en el marco de la investigación Mitologías urbanas. La construcción social del miedo, en el año 2002. A través de este instrumento se exploran las percepciones que los habitantes de los seis estratos socioeconómicos de Medellín tenían sobre 21 figuras sociales relacionadas con el miedo, ya sea en su función amenazante o protectora. Una de las figuras por las que se indagó fue por la del desplazado.

La figura del desplazado pone de presente que la ciudad no culmina su proceso de integración, el cual se creyó alcanzado con los migrantes que llegaron en los años 80, que el mito del “progreso” no se consolida y que por el contrario persisten unas condiciones de vida material en la ciudad que se creían propias de la premodernidad.

El desplazado provoca cierta recordación sobre esa oposición que se ha establecido entre el “montañero” y el “citadino”. Su presencia hace pensar que el sueño de la ciudad como “la tacita de plata”² no acaba por realizarse e igualmente hace pensar y sentir que la guerra no está afuera y que con ellos penetra al corazón de la ciudad.

Con respecto a la imagen socialmente construida del desplazado no hay consenso, más bien se presenta la coexistencia de construcciones duras y consolidadas a través de tiempo, procesos reflexivos y autocríticos motivados por su presencia e impactos diferenciales de acuerdo a los anclajes sociales y electivos de la población receptora.

Se le percibe como una víctima o desterrado, víctima de la injusticia social o como un problema. ¿Para quiénes es una víctima o es un problema? ¿Para quiénes es parte de un nosotros y para quiénes y en qué circunstancias es un “otro”?³.

2. Hace referencia a uno de los imaginarios sociales más perdurables en Medellín, que asocia a la ciudad con la limpieza.

3. Según la encuesta aplicada en noviembre del 2002, el desplazado es calificado como bueno por el 66%; indiferente por el 20%; y malo por el 12.5%. Los atributos fueron los de desterrado, 49.5%; y víctima 48%. Lo importante es que en la encuesta no aparece como una figura problema, tal como si se encontrará en otros datos obtenidos a través de instrumentos de indagación.

5.2 “El nosotros” y “los otros”

Desde una perspectiva relacional interesa leer ese juego por el cual decir del otro es, sobre todo, decir de sí mismos. Al construir al “otro” desplazado se construye a veces un nosotros inclusivo y a veces un nosotros exclusivo, pero en todo caso, a partir de su presencia se resignifica el nosotros.

En esta dinámica relacional cobra sentido la diferencia entre el “nosotros personas en situación de pobreza” o el “nosotros pertenecientes a estratos altos de la ciudad” de cara a la población en situación de desplazamiento forzado.

Los pobres de la ciudad se autodefinen como iguales y como diferentes al desplazado.

Somos pobres, el desplazado cuando viene pasa a ser un pobre igual a otro, a los que estamos aquí, en ese sentido, pero en otro sentido son como las caras opuestas de una moneda, el desplazado viene a formar parte del que ya está aquí, pero a la misma vez no tiene las mismas oportunidades que nosotros ya cogimos aquí, ellos vienen a formar parte de la sociedad que ya tenemos en la ciudad, entonces mire que son dos cosas. (Grupo de discusión con personas estratos 1 y 2. Corporación Región, 2003).

Una metáfora vegetal dice de la diferencia que favorece a los pobres que “ya cogieron raíces”, lo cual habla del tiempo de permanencia y del futuro en la ciudad. Los desplazados recientes apenas vienen a “plantarse” y es allí donde se localiza una diferencia fundamental. Desde los estratos bajos se define a los

desplazados como pobres con desventajas, porque aún no se han hecho a un lugar en la ciudad.

La identificación está dada por la condición de pobreza y se asimila desplazado a desventaja y a precariedad. Así se dice que “desplazados somos todos”, construcción inclusiva que se sustenta en el empeoramiento de las condiciones de vida y particularmente en la pérdida.

Desplazados somos todos, porque si aún no tiene trabajo y no ha pagado, a los tres meses van y le cortan los servicios y si uno de pronto se pega de un cable le ponen fraudes y lo ponen a uno allá, le tienen ahí su deuda para cuando usted quiera volver a poner sus servicios al día. (Hombre estrato 2, grupo de discusión. Corporación Región, 2003).

Con los desplazados llega la conciencia de que las cosas andan mal para todos, así se dice “estamos muy mal, los que estamos en la ciudad y los que vienen, andamos mal todos”.

Desde la pobreza, al definir una diferencia con los desplazados se dice que ésta no es significativa, consiste simplemente en “tener un techo y tener por lo menos un miembro de la familia que trabaje, aunque sea esporádicamente”. La otra distinción está dada por el desigual conocimiento que se tiene de la ciudad, pues conocerla les representa mayores oportunidades. Una leve diferencia se hace desde la desigualdad y la otra desde una diferenciación cultural que se vuelve significativa entre “un nosotros aquí” y un “ellos venidos del campo”. Se enfatiza en que el desplazado es un campesino, se dedica a cultivar la tierra y

no es funcional en la ciudad, además de percibirse como un “contrapeso” porque amenaza la posibilidad de empleo. Son las personas en situación de pobreza quienes encuentran en los desplazados la competencia, justamente porque son iguales, respecto a sus niveles de escolaridad y su lugar en el orden social y económico.

Desde los estratos socioeconómicos 4 y 5, es decir desde una posición de bienestar económico y formación académica con respecto a los desplazados, se hace un reconocimiento inmediato de la diferencia y se reafirma un “nosotros que lo tenemos todo”, que “nos es difícil ponernos en su lugar”, “somos ignorantes de su situación”. Interpelados por lo que ha significado la presencia del desplazado en la ciudad afirman que “no estábamos preparados para dicha situación”.

Sin embargo, se teje una construcción inclusiva, si bien no en el sentido de “un nosotros desplazados”, sí en el sentido de llegar a admitir el pensarse en una posición similar, ante la eventualidad de verse obligados a emigrar a otro país donde les dirán “pobrecitos colombianos”⁴ pero también en sentido amplio, ante la incertidumbre actual que no les asegura como profesionales una continuidad de bienestar y estatus.

En el conjunto de las construcciones sociales sobre la población desplazada y la definición de un “nosotros”, tienen incidencia los referentes de lugar, de tiempo y de construcciones previas. Así entonces desde la proximidad física y la lejanía cognitiva,

4. Muchas personas han salido del país presionadas por el desempleo y la inseguridad y desde ahí se asume que potencialmente podría llevarse ese rol de extranjería.

se construye un nosotros primeros habitantes y un otros recién llegados, pobres, habitantes del asentamiento, percibido éste como universo de caos y foco de contaminación.

La homogeneidad inicial de un “nosotros que lo tenemos todo a diferencia de los desplazados”, se disuelve cuando las personas de estratos 4 y 5 se dividen por las diferentes percepciones que comportan respecto al desplazado; para unos el desplazado es un problema y para otros es una víctima de la injusticia social.

Un detonante de diversas posturas es la respuesta a la pregunta por la conveniencia del retorno o la permanencia de los desplazados en la ciudad. Aparecen entonces las posiciones que reconocen el derecho del desplazado a la ciudad, la posibilidad de que permanezca en la ciudad tras un aprendizaje de las normas y asimilación a los patrones culturales dominantes, y la idea de un retorno en tanto se le considera incompetente cultural, un problema social o un peligro que amenaza el orden establecido.

5.3 Víctima o desterrado

Un acercamiento a la problemática del desplazado centra la mirada en la sociedad y allí localiza al desplazado como una víctima, en este caso el desplazado no es percibido como el generador de problemas a la sociedad, por el contrario, es la sociedad o determinados actores los que generan un problema social como el desplazamiento forzado.

Son portadoras de esta postura personas informadas, con formación académica y, sobre todo, partícipes de una matriz cultural

que explica los problemas sociales desde la iniquidad y las relaciones de discriminación.

Apelan a una explicación situada históricamente y por múltiples causas: Se atribuye el desplazamiento forzado a los megaproyectos, la disputa por las tierras, el conflicto armado, la pobreza; pero señalando que hoy además está ligado al modelo neoliberal, bajo el cual el Estado no tiene como prioridad las necesidades de la población. Así dice un asistente al grupo de discusión con personas de estrato 4: “Eso de las partidas para los desplazados, eso es si de pronto sobra plata, en las políticas del Estado los desplazados no existen”.

Al confrontar el estigma que pesa sobre el desplazado, agregan: Aquí es un problema ser desplazado, en Colombia es ser confundido con el sicario, con el matón, con el perezoso, el bandido (Hombre, estrato 4, grupo de discusión. Corporación Región, 2003).

La encuesta realizada en Medellín arrojó que para las personas que perciben al desplazado como bueno, existe una asociación recurrente con la pérdida de “lo poco que tenía”, “pérdida de la esperanza”, “pérdida de la tierra”, “sin tierra, sin corazón, sin historia”, dice una mujer. Es reconocido en una situación de desazón por el suspenso en tanto no hay nada de qué agarrarse. A propósito dice Manuel Delgado (1999:114) que:

“Su naturaleza es como la del forastero, la de lo que estando aquí no pertenece aquí, sino a algún allí. Están entre nosotros físicamente, es cierto, pero en realidad se les percibe como permaneciendo de algún modo en

otro sitio. O mejor se diría que no están de hecho en ningún lugar concreto, sino como atrapados en el puro trayecto”.

Ese estado de “no lugar”, cuando se hace referencia a la víctima, se asume que es forzado y así lo señalan algunos encuestados: “Le tocó volarse para que no lo mataran”, “tuvo que dejar su tierra para salvar la vida”. El presente del desplazado entonces se percibe como el resultado de una situación límite planteada en términos de tierra o vida, de ahí la representación del desplazado ante todo como el desterrado.

Entre quienes se representan al desplazado como víctima se nombra la situación que genera el desplazamiento: conflicto, guerra, violencia. Así se dice: “una víctima del conflicto”, “les toca estar por ahí por la violencia”, “víctima del fuego cruzado de la guerra”. Podría decirse que la figura del desplazado es la ausencia de asertivos, que su presencia es la de la ambigüedad y que la certeza nombrada es la del contexto del conflicto que los expulsa.

Según la encuesta, se pueden hacer delimitaciones significativas por estrato económico. Es mayor el calificativo que los estratos 1 y 2 adjudican al desplazado como desterrado, en tanto responde casi al doble de la misma calificación dada por los estratos altos, donde la mayoritaria asociación se establece con el calificativo de víctima.

La denominación de víctimas, dada principalmente por los estratos altos, parece indicar una distancia respecto a la experiencia del desplazamiento forzado en sí, al resaltarse la situación de contexto y los agentes provocadores de su condición, explicable

por la vivencia menos cercana al drama de los desplazados en tanto no son sus familiares o paisanos quienes llegan en medio del despojo. Tal como ha sido corroborado por las personas de estratos bajos, la percepción del desplazado como desterrado obedece a una situación que ellos viven muy de cerca por tratarse de sus allegados o de sus nuevos vecinos.

La representación como desterrado parece aludir implícitamente al campesino por su relación de dependencia con respecto a la tierra y, por lo mismo, al drama que puede representar su pérdida. Se encuentra también al lado de la percepción como desterrado la asociación con un sentimiento de tristeza, lo cual afirma la cercanía de los estratos bajos con la experiencia del desplazamiento forzado.

5.4 El desplazado problema

Otra mirada pone en el centro de la reflexión al desplazado como un “intruso”, alguien que no ha sido invitado y que no obstante llega de forma masiva y con bastante frecuencia. En este caso se enfatiza en las cifras amplificando la magnitud de su presencia para explicar la agudización de la pobreza, el desempleo, el déficit de vivienda, la precariedad de los servicios básicos de amplios sectores de la sociedad receptora.

Centrada la mirada en la población en situación de desplazamiento como problema tanto por “lo que trae” al proceder del caos, como por lo que agudiza, deja implícito que “el problema son ellos” mientras que nosotros, sociedad receptora estábamos bien, o por lo menos habíamos logrado el equilibrio hasta su llegada.

También se le percibe como problema en tanto es procedente del campo, lo que es visto como territorio del atraso; el desplazado, se dice, viene con su cultura y su ignorancia asimilable al “inferior civilizatorio”, quien viene a alterar las normas y el progreso de la ciudad. Pobres que compiten por los recursos escasos y en tanto su situación de pobreza se les considera proclives a la delincuencia, al vicio, a la prostitución.

Un conjunto de representaciones van construyendo el miedo al extraño, en tanto se depositan en él las amenazas con las cuales se identifican los males que vive la sociedad.

La percepción como problema está puesta en relación con la construcción de unos estereotipos. La percepción del desplazado como “el vivo”, “el mentiroso”, “el parásito”, lo segrega por deshonesto. Con los calificativos de “vago” y “perezoso” se le margina por la pereza. El “negro” es equivalente a la segregación racial. El “ignorante” o “manipulable” alude a la segregación por la incapacidad de criterio racional de ese “otro cultural”. “La prostituta”, “el vicioso”, “el delincuente” lo discriminan por percibirlos proclives a la promiscuidad y la desviación.

La deshonestidad: el vivo, el mentiroso, el parásito

La deshonestidad como blanco de segregación concentra el mayor número de estereotipos alimentados por los medios de comunicación, la experiencia cotidiana y el sentido común. El desplazado es percibido como un sospechoso en tanto no se conocen los motivos precisos de su presencia en la ciudad, el vacío semántico es cubierto por la duda acerca de la pureza de la

víctima. Se considera que la víctima verdadera es aquella que “abandona sus tierras forzadamente”. Del otro lado se levanta una tipología de víctimas que “no son reales”: “El que salió es porque algo debía”, el que decidió libremente desplazarse buscando mejores condiciones de vida, caso en el cual se está ante el llamado “oportunista”, y aquel que en principio puede ser una víctima pero que una vez instalado se “amaña”, se aprovecha de la solidaridad y se queda. Se tiende así un manto de desconfianza ante la posibilidad de que se oculten las verdaderas intenciones.

La tipología de quienes “no son los verdaderos desplazados” es respaldada por argumentos elaborados desde el sentido común y la experiencia directa. Así dice una mujer habitante de un barrio popular:

No todos los desplazados son desplazados, porque yo entiendo y me ha tocado ver en el barrio que hacen ir a una persona, y a veces yo digo hasta con justa razón, o matan a una persona, o sea, ahí no estuvo mal hecho, porque todo el tiempo hubo faltas.

Una vez más el supuesto de fondo es que el desplazado proviene de una situación caótica de violencia en la cual pudo ser el protagonista del mal, pudo convertirse en víctima porque antes posiblemente fue un victimario. En consecuencia, se interpreta, a priori, que se puede estar ante alguien que ha recibido el castigo merecido.

Se supone el uso de algún recurso de ocultamiento. Se alude a las máscaras utilizadas según la ocasión y se las presenta como

un recurso disponible para todos pero hay alerta frente a su uso por los desplazados porque el verdadero rostro queda oculto ante un “nosotros” que deviene entonces, engañados. Dice un obrero jubilado:

Si se van los desplazados hay la seguridad de que no van a emplear sus máscaras, las máscaras que todos tenemos de acuerdo a las circunstancias, nos acomodamos una y otra. Pienso que será mejor si regresan a sus tierras, a sus posesiones y nos dejan tranquilos a nosotros.

La voz de autoridad que se concede a máximas del sentido común consolidadas a través del tiempo, torna incuestionable la sospecha de que el desplazado puede no ser un desplazado, “caras se ven pero corazones no”.

Una mujer desde su situación de pobreza se debatió entre su disposición a la solidaridad y la desconfianza construida hacia el desconocido y de origen incierto; por el peso concedido al sentimiento de desconfianza, piensa ella que la mejor manera para garantizar su “seguridad” es practicar la solidaridad calculando la ayuda.

Le he dicho a mi esposo: si nos sale un niño, una niña, llevémoslo para la casa mientras esta gente se acomoda, pero que más de una sola persona no me siento capaz, ni tengo la posibilidad de meterlo en mi casa y si es una familia entera sí es para pensarlo, no sólo por lo económico, sino por la carga que trae atrás. (Empleada doméstica, participante grupo de discusión. Corporación Región, 2003).

Los niños, imagen de inocencia, pueden ser elegidos para ayudar a quienes así lo necesiten restando riesgos que pueden derivar según su percepción de “la carga que trae atrás”. En el contexto conversacional en el cual se presenta esta afirmación, aunque no se explícita de qué es portador el desplazado tampoco se reclama una demostración; sin más, se comparte la desconfianza hacia quien se presume carga con el peligro, y en virtud de ello hay que tomar distancia.

En la tipología de las “no víctimas”, un rechazo total es provocado por la sospecha de que alguien llega en busca de una mejor vida aprovechando la solidaridad que pueda ser desplegada hacia los desplazados:

Si yo veo que este desplazado se fue y consiguió una piecicita, por allá, invadió en un barrio que se consiguió, entonces voy: Cómo le parece que vea, me vine por desplazado fui y puse el denuncia, aquí en Medellín son muy solidarios, tengo un televisor, vea comadre yo como voy; entonces ya este dice: no pues yo también soy desplazado, venga vamos y camine mijo, coja los niños y vámonos y decimos y nos paramos en un pie de que somos desplazados, entonces mire que hay muchas maneras. (Obrero jubilado. Corporación Región, 2003).

El supuesto, entonces, es que hay desplazados que no son desplazados; pero ello es posible porque existen los reales que vienen tras éstos. De alguna manera se le atribuye a las víctimas la responsabilidad por la existencia de quienes engañan asumiendo su condición. Acá el desplazado es problema por lo que genera.

“Vítima de la sociedad, pero puede trabajar si quiere”⁵ es una afirmación representativa de la percepción según la cual “una víctima real” puede devenir “parásito”, atributo negativo recogido también en la expresión “quien prueba, se ceba”; metáforas que disminuyen el carácter de humanidad para mutarlos en animales, seres respecto a los cuales se recomienda evitar la proximidad porque pueden aprovecharse y convertir a los cercanos en sus víctimas. Se traen relatos que presentan como fuente de verdad la experiencia y los medios de comunicación, los cuales amplifican sospechas y condicionan respuestas ante las personas en situación de desplazamiento forzado.

Una mujer de estrato 4 dice:

Es que uno les ayuda y se ceban, pues a mí personalmente me pasó; por mi casa pasa un señor y siempre: vea, que yo vengo de yo no sé dónde, que una librita, bueno, le da uno la papa, le da uno la panela, lo que sea, pero a los tres días la misma voz pidiendo lo mismo, que yo por qué, o sea es que uno se crea ahí como la obligación de tener que darles y tampoco. (Docente jubilada, estrato 4. Corporación Región, 2003).

En general, en la mujer y en el niño se representa a la población más vulnerable, no obstante una de las afirmaciones es “ya no nos creemos el cuento de las señoras que están con el niño en el semáforo”. Cesa el engaño, según un joven universitario gracias

5. Esta expresión aparece en la encuesta que pide una frase para describir la figura social del desplazado y corresponde a una secretaria de 39 años.

a un programa de televisión que reveló un caso en el que esta escena no respondía a la necesidad que intentaba mostrar.

Se le concede voz de autoridad a los medios de comunicación. En el grupo de discusión con personas de estratos altos y medios e informadas se puede comprobar que la primera alusión a las noticias de televisión atrajo una serie siempre referidas a presentaciones donde el desplazado es el insumiso, el vivo y el oportunista. Se citaron las noticias sobre los incendios de los asentamientos Mano de Dios y Vallejuelos⁶ de la ciudad de Medellín en los cuales se dijo que los incendios fueron intencionales para lograr los beneficios derivados de la catástrofe.

Los desplazados, como los marginados, se vuelven visibles solamente a través de los medios de comunicación, a partir de la tragedia o la peligrosidad. Con las anteriores alusiones se está ante un conjunto de representaciones que construyen el miedo al desplazado y suscitan un sentimiento de desconfianza desde donde se agregan atributos negativos y se restringe la solidaridad.

En el proceso de construcción social de la alteridad y en este caso del desplazado, los medios de comunicación juegan un papel importante: operan como actores de peso completo en la gestión de las creencias y de la política, no sólo al instaurar un régimen de verosimilitud, sino al operar como verdaderos

6. Una atmósfera de tragedia y sospecha circuló por los medios de comunicación, así puede leerse en la prensa escrita local: “Vallejuelos, Moravia, La Mano de Dios en Medellín son dolorosos ejemplos de cómo incendios, unos provocados por confrontaciones entre grupos armados, como el Esfuerzo, y los demás por circunstancias fortuitas, dejaron en la pobreza a la miseria”. El Colombiano, Medellín, marzo 9 del 2003. Pág. 6A.

dispositivos de representación social para los ciudadanos. (Reguillo, s.f.:2). Los medios de comunicación se alimentan del acontecer a la vez que proponen claves de lectura de la realidad que afianzan o debilitan los significados socialmente construidos en la interacción cara a cara y en la experiencia directa en el marco de adscripciones identitarias. Si la verosimilitud estaba dada por el testigo, es decir, alguien presente en el lugar de los hechos que a partir de allí da cuenta de un evento, hoy se le ha dado el mismo poder a quien estuvo ante la pantalla: “yo vi en la televisión”.

Vago y perezoso. “El otro cultural”

Muy próximo al “vivo”, al oportunista, al parásito, está el vago; de ahí la alusión al “perezoso que vive de las moneditas del semáforo”. Esta calificación se hace extensiva al desplazado percibido como mendigo. Se sospecha que la mendicidad no corresponde a una necesidad obligada.

En el caso particular de los desplazados, constituye un matiz la percepción de los vecinos de los asentamientos respecto a los recorridos. Los vecinos interpretan que la presencia mayoritaria de las mujeres que marchan en el recorrido y la ausencia casi total de los hombres se debe a su holgazanería. “Muchos hombres de estos asentamientos son todas las semanas sentados en sus casas y las esposas con sus niños por ahí pidiendo”.

Se construye un “nosotros aquí” y un “ellos allá asentamiento”, universo diferente y de prácticas problemáticas. Se parte de un nosotros homogéneo donde la mujeres de los barrios vecinos

no recurren a la mendicidad, asunto que no se corresponde con la real composición de los recorridos en los cuales sí participan mujeres pobres no desplazadas. El efecto de esta percepción es igualmente la restricción de la solidaridad bajo el supuesto de no colaborar con la holgazanería atribuida a los hombres desplazados. Estos, por su parte, concededores de ese prejuicio y de la sanción social correspondiente con dichos parámetros, deciden no asistir para que participen del recorrido principalmente las mujeres y los niños, imágenes que sí conmueven a la solidaridad.

Una lectura desde el entorno informa sobre el impacto que tuvo en la población de vecinos la invasión que dio lugar al asentamiento Mano de Dios⁷, no sólo por tratarse de una presencia masiva sobre el territorio sino por la llegada de “los negros”, de “otra cultura” que se percibe como diferente e indeseable al asociarla con la bulla y el caos. Si en general los asentamientos son percibidos como mundos “no civilizados”, Mano de Dios lo es en sentido superlativo para la zona centrorienta y el aspecto racial ingresa como componente adicional de la segregación.

Una funcionaria de una organización no gubernamental, ubicada en la zona centrorienta, describe a los habitantes del asentamiento Mano de Dios como “pesimistas, inconformes, vagos,

7. El asentamiento Mano de Dios está muy presente en los habitantes de Medellín al ser noticia en varias ocasiones por los incendios, el más reciente en marzo del 2003. Es presentado como uno de los asentamientos más grandes y pobres de la ciudad, ejemplo de invasión masiva: “Se fundó hace 5 años, no dejó de crecer y nadie sabe cuántos son”. “650 viviendas destruidas y un estimado de 3.500 afectados, de ellos 1.800 niños”. El Colombiano, marzo 7 del 2003. Pág. 10A.

creen que hay obligación de ayudarlos, esperan a que todo se los den, negros, perezosos”.

Hay aquí una verdadera constelación de atributos negativos adjudicados al asentamiento o barrio de desplazados que, como señala Enrique Santamaría, son percibidos como “reservas salvajes”. Interesa aquí la asociación negros-perezosos en tanto actualización de la oposición consolidada históricamente: paisas: blancos, trabajadores, opuestos a costeños y chocoanos: negros, perezosos, festivos.

La biografía compartida con otros, con los íntimos, permite nombrar a cada uno por su particularidad. La ausencia de conocimiento, por el contrario, no renuncia a nombrar al otro, pero lo hace desde lo visible y aparente, nombra y generaliza a partir de la superficie, de lo que informa su fenotipo o de sus características “típicas” en el sentido de estigmas. “Negros” por ejemplo, obedece a un encuentro limitado a la proximidad física que ignora su procedencia y particularidad sociocultural.

Como se ha señalado antes, desde una supuesta correspondencia racial entre negro y perezoso se construye un nosotros que encuentra en aquellos un problema. Los vecinos encuentran al otro “racial y cultural” en el asentamiento conformado, en parte, por personas procedentes de Urabá⁸, subregión del departamento de Antioquia asociada principalmente con la población negra.

8. Es de notar que esta mirada del otro cultural también alude a los emergentes, que como los desplazados, llegan de afuera y se instalan en el territorio con intención de quedarse y se caracterizan por prácticas culturales como el sancocho en la calle y las reuniones festivas, que son vistas como demostración de incultura.

La promiscuidad: Prostitutas, viciosos, delincuentes

Los atributos negativos que corresponden a la promiscuidad informan de las implicaciones de la proximidad física y la distancia cognitiva en la construcción del imaginario respecto a los extraños. No pueden temer a la contaminación y al contagio sino aquellos que se encuentran cercanos a lo que suponen es el foco.

Las posibilidades de contacto exacerbaban unos miedos que no han sido nombrados por quienes se relacionan con la población en situación de desplazamiento forzado a través de los medios de comunicación o por encuentros esporádicos en la calle, la esquina, la terminal de transporte.

Lo anterior es observable en las entrevistas con pobladores, funcionarios y miembros de instituciones y organizaciones comunitarias presentes en la zona centroriental.

El miedo a ser contagiado es nombrado en la cadena que vincula pobreza, prostitución y enfermedad, pero que no se separa de la asociación pobreza-delincuencia. Para una universitaria de 41 años, con los desplazados “aumenta la pobreza y la delincuencia”. Un líder comunitario al analizar la pobreza y las precarias condiciones que le impiden a los desplazados de los asentamientos adecuados hábitos de higiene y comodidad, define al desplazado como “lo más cercano a ser delincuente”.

Al caracterizar la situación de los asentamientos dice: “Hay problemas de acueducto, desempleo y pobreza, las personas allá

realizan trabajos informales de “rebusque” y las jóvenes allí se prostituyen más fácil”.

Se admite entonces que la prostitución está ampliamente extendida pero se presenta más agravada en el asentamiento. Un líder comunitario de un barrio vecino se refiere al riesgo de transmisión de enfermedades de la población desplazada a la población preexistente en el sector. Según él aumenta la pobreza y al aumentar la pobreza crece la prostitución y llegan más enfermedades al barrio.

Persiste en la manera de establecer la relación con los asentamientos un énfasis en la distancia, al reconocerse en la misma problemática pero con la idea de que allí es más grave. También hay otra forma de manifestar la distancia al ponerla en relación con una lejanía espacial. Un líder barrial dice: “Aquí en Los Mangos, directamente, si miramos el radio de acción nosotros casi no sufrimos del problema del desplazamiento, a nosotros nos toca darle es a los vecinos del 13 de Noviembre”, de los cuales afirma que no son desplazados si no “invasores”.

Es manifiesta una preocupación por delimitar claramente hasta dónde y a quiénes incluyen en sus responsabilidades; aunque los asentamientos se encuentren a la vista, no tienen que “darles”, “atenderlos”, “no los sufre”, es decir, no son su problema.

Lo anterior es equivalente al esfuerzo por demostrar que el asentamiento no le pertenece a su jurisdicción o simplemente a no actuar respondiendo a necesidades procedentes de la población en situación de desplazamiento ubicada allí. Se puede leer en un

texto de historia local que el asentamiento El Pacífico, ubicado en los límites con el barrio 13 de Noviembre y Llanaditas, “es de conflicto fronterizo entre los dos barrios, porque sus necesidades no son atendidas por ninguna de las Juntas de Acción Comunal que hacen presencia en estos”⁹.

La cercanía física y la distancia cognitiva generan inquietud y producen un impacto diferencial, trátase de representantes institucionales o comunitarios que tienen funciones administrativas sobre territorios o recursos o trátase de pobladores en general; todos a su vez están mediados por el contexto y las condiciones preexistentes en el territorio. Dichas condiciones prefiguran, en cierta forma, el imaginario alrededor de la figura social del desplazado.

Desde la proximidad espacial se construyen percepciones que llevan a caracterizar a los desplazados, visibles en el asentamiento, como vecinos no deseables. Se focaliza en el asentamiento un riesgo de contaminación y se agrega a su problemática presencia la percepción de que constituyen una competencia por los recursos escasos, afectando entonces a la población previamente establecida. Desde allí se construye, con elementos adicionales, la figura de la alteridad radical; en este caso al desplazado, como un intruso, es decir, alguien que no ha sido invitado y que con su

9. La Personería de Medellín y la Secretaría de Educación Municipal realizaron durante los años 2001-2002 un diplomado en historia local, comunicación interbarrial y proyectos comunicacionales, al cual asistieron personas de los barrios de las zonas centrorientales y nororientales de Medellín. Resultado de este proceso queda una fuente de información utilizada como apoyo en esta investigación.

presencia trae un problema social adicional, se le percibe como un exceso, de ahí la referencia al desplazado como “la plaga moderna”, metáfora que lo asimila a depredador.

Un obstáculo para el desarrollo

En la zona centroriental, antes de la conformación de los asentamientos de desplazados, se había presentado un proceso de invasiones, loteos y autogestión, por los cuales los pobladores dieron su propio rostro a un territorio en principio desprovisto de las condiciones de habitabilidad.

Cuando se establecen las personas que darán lugar al asentamiento Mano de Dios, los habitantes de algunos sectores vecinos, como el barrio 13 de Noviembre, habían ya logrado un nivel de mejoramiento barrial y de sus viviendas tal que se ocupaban principalmente de un proyecto ecológico y cultural denominado “El sueño de las escalinatas”.

La llegada masiva de los desplazados, a los ojos de estos pobladores, antes invasores y que ahora vuelven a ver los ranchos, los caminos intransitables de barro amarillo en invierno, la precariedad de los servicios básicos, dice una pobladora del sector, les actualiza un pasado que ya consideraban superado y les reactiva el miedo a la pobreza.

Sin embargo, si se revisa la manera como se ha intentado resolver desde décadas atrás algunos problemas, como el del acueducto, es evidente que el problema no llega con los desplazados. Un ejemplo de ello es lo que acontece en el barrio Isaac Gaviria.

En la historia de este barrio se puede leer que desde su fundación, en 1985, se conformó la Corporación de Acueducto con el fin de administrar la planta de tratamiento, el mantenimiento y los desarenadores. Para el año 2002 llevaba el agua a 530 viviendas del barrio 13 de Noviembre, pero según un líder comunitario “ya no alcanza a prestar el servicio a los nuevos asentamientos, pues su capacidad de cobertura de usuarios está casi en sus límites” (Castaño, citado en Historias del barrio Isaac Gaviria-13 de Noviembre, 2002:19). Aunque el problema no se origina en la presencia de los desplazados, a priori se interpreta que ellos, en tanto recién llegados y no pertenecientes a “nosotros”, son los causantes de los males.

La llegada de los nuevos pobladores produce un impacto previsible, en tanto genera conciencia sobre los límites y sobreviene la pregunta respecto a quién define, como dice Castillejo, el mapeado sobre el lugar. Esta definición corresponde a quienes han permanecido allí, pero sobre todo, a quienes han asumido el liderazgo, por su labor como gestores y administradores de recursos para la comunidad.

Así dice un dirigente comunitario del sector, refiriéndose a la posible llegada de más familias desplazadas: “Aquí en Llana-ditas se tomó la decisión de que si construían una casa más, no sabíamos quién le iba a colocar el agua”. Ante la preocupación de los líderes locales por la instalación de más personas en los asentamientos, han decidido establecer controles.

Siempre ha llegado gente desplazada y nos damos cuenta porque vienen a pedir que les conectemos el agua de la

vereda o porque sentimos que el agua empieza a verse más poquita, pero en las partes de invasión hay un control de nuestra parte y del gobierno, debido a que son terrenos de alto riesgo y no necesitamos más gente, además, el agua es muy escasa y para el gobierno el Pan de Azúcar va a ser un parque ecológico, entonces no hay terreno para más ranchitos. (Gómez, citado en Mesa, 2002:46).

En este caso, de forma literal, aparece lo que Castillejo ha denominado la administración de la alteridad. Se trata aquí de evitar que lleguen, si llegan no dejarlos asentar y respecto a los que finalmente se han asentado, condicionarles la ayuda y el mejoramiento para evitar convertirse en atractivo de la llegada de otros. Aquí es muy importante saber de los acontecimientos previos a la llegada de los desplazados, pues en parte esto prefigura el imaginario que allí se construye y las posibilidades de la inclusión de los nuevos vecinos.

La tirantez entre los recientes y los antiguos genera una serie de afirmaciones que llevan a concluir que “invasores” y desplazados son vecinos indeseables. Un líder comunitario señala que un impacto de la invasión que dio lugar al barrio 13 de Noviembre sobre el barrio Los Mangos fue el deterioro de su imagen. Planteando la oposición entre un barrio anterior, habitado por conocidos donde predomina la calma, y una invasión y como tal personas pobres proclives a la violencia, cualquier evento violento producido allí se volvía noticia, con la desventaja, según él, de que los medios de comunicación no distinguen las fronteras, dejando la idea que el desorden puede ser en el barrio vecino.

Si bien se observa una tendencia general hacia la separación respecto al extraño tratando de negar su proximidad, no se puede afirmar que esta respuesta es de los vecinos en general. Lo que se ha indagado revela reiteradas conductas de interacción que tienden a evadir o a evitar el compromiso y la responsabilidad por parte de quienes administran un recurso escaso, como el agua en este caso.

Falta de juicio, ignorante, manipulable

El a priori según el cual el desplazado es ignorante, falto de juicio y manipulable tiene unas implicaciones diferentes si se trata de la experiencia conjunta en espacios de participación, deliberación y decisión. Al observar la percepción que se tiene de las personas en situación de desplazamiento a partir de su proceso de participación a nivel barrial, se encuentra que las diferentes posiciones y la inclinación hacia unas decisiones, en desacuerdo con otras, no se interpretan como diversidad de criterios sino como el resultado de la manipulación de otros que se aprovechan de su ignorancia.

La manipulación se entiende como una práctica común en las redes clientelares de la política tradicional en el campo y se reedita en la ciudad a escala barrial. Para quienes no se expresan desde la proximidad física se tiene la imagen del campesino ignorante manipulado por el político corrupto o por el actor armado. En el grupo de discusión con participantes de estratos altos se dice:

Culturalmente siempre se han aprovechado de ellos, en los pueblos los meten en un camión, en una volqueta del municipio, les hacen un baile, les matan ma-

rano. Se comen el sancocho y se ponen la camiseta. (Hombre estrato 4. Grupo de discusión. Corporación Región, 2003).

Se sospecha que detrás del desplazado siempre hay otro que lo manipula y lo aprovecha para sus intereses: “Los campesinos son muy humildes y tímidos, no falta quien a nombre de ellos ejerza el protagonismo”, “ellos en medio de su ingenuidad y por el desconocimiento que tienen de la ciudad, avalan”. Desde esta interpretación surgen sentimientos de conmiseración y desconfianza, pues finalmente se piensa a quién son funcionales y no en sus demandas y necesidades.

Independiente de los estratos económicos, desde la proximidad o la distancia física, se califica al desplazado como alguien sin criterio. Otra postura, sin embargo, determinada por la pertenencia a una matriz cultural que reconoce las expresiones diversas de participación social, visibiliza sus formas de organización y estrategias de sobrevivencia en la ciudad, resaltando así sus procesos organizativos.

Bandido

Además de los miedos causados por peligros concretos, existen “los miedos culturales” y es desde aquí que puede explicarse el miedo al desplazado, quien es percibido por algunos como bandido. Históricamente se ha demostrado el miedo al otro como un miedo cultural, el cual, según Jean Delumeau se presenta de la siguiente manera:

Este miedo se muestra en el temor suscitado por la gente desconocida o mal conocida, que llega de otra parte, no

nos parece y, sobre todo, no vive del mismo modo, habla otro idioma y tiene códigos distintos que no entendemos, tiene costumbres, comportamientos, prácticas culturales diferentes a las nuestras, se viste distinto, come distinto, tiene otra religión, ceremonias y rituales cuya significación no la entendemos. Por todos esos motivos nos da miedo y llega la tentación de tratarle como bicho expiatorio en caso de peligro. Si llega una desgracia colectiva, es culpa del extranjero. (Delumeau, 2002:16).

A las personas en situación de desplazamiento, según algunos testimonios, se las imagina como el resultado de un proceso de socialización que los conduce al resentimiento y la venganza: “Los hijos de los mayordomos crecieron oyendo decir a sus papás de las ganas de matar a esos ricos, refiriéndose al patrón. Esos son hoy los jefes guerrilleros”.

Esta construcción surge en un proceso de separación de la idea de “campesino bobo”, por el contrario afirma que es “un vivo” y que no hay que imaginarlo allá sólo ocupado con las gallinas.

La sospecha por el origen incierto del desplazado, quien viene de afuera como dice Jean Delumeau, pero también porque lo único que se sabe es que viene del conflicto, lo convierte para algunos en fuente de peligro por la eventualidad de su compromiso con los grupos armados ilegales. En este caso, de manera anticipada hay un rechazo al percibirlo como una amenaza. Refiriéndose al desplazado dice un hombre de estrato 2:

Nunca expone las razones de por qué se vino, entonces uno no sabe, si uno supiera... yo entiendo que si usted ayuda a la guerrilla o los paramilitares a usted lo hacen

ir, entonces yo creo que sería capaz de ayudar a una persona así, pero yo no sé por qué el desplazado llegó a la ciudad.

Entre la sospecha y la certeza se crea el campo simbólico para imbricar guerrillero o paramilitar y desplazado, que puede recogerse en la noción de desplazado peligro y de esta manera queda condenado a una situación liminal en tanto se le ha colocado por sus acciones al margen de la ley. Se trata de una identidad imputada que lleva a que se le perciba como el enemigo público, el que tras de sí trae problemas, el que trastoca desde la insurgencia el orden establecido. En este caso, entonces, se teme por la disolución social.

Como alguien que se considera que “no es de los nuestros” bajo ciertas circunstancias, el desplazado puede ser visto como un agente del enemigo infiltrado y disolvente de la propia comunidad, pero también se le hace responsable de los problemas de la misma.

5.5 Entonces ¿qué es lo que se teme?

Al final podría preguntarse entonces ¿quién es un desplazado? Según lo visto hasta ahora, lo que hace a alguien un desplazado en tanto construcción social, es un atributo aplicado desde afuera a manera de estigma, mediado por las imágenes preexistentes disponibles para hacer aprehensible lo desconocido.

Para Enrique Santamaría, en la construcción de la extranjería hay algo más que marcar las diferencias pertinentes entre un

nosotros y un otros, pues allí hay una carga de pasión que reconoce la diferencia y coloca al otro en un lugar subordinado, en las afueras de la sociedad. Dice algo de la unicidad del grupo de pertenencia pero además lo exalta y opone al otro. Así entonces se encuentra, a lo largo de las referencias al desplazado en todos los estratos, la construcción de una comunidad imaginada, lugar de afirmación y respecto a la cual se teme que sea alterada. Se trata de la ciudad y de la condición de superioridad que ésta da, superioridad civilizatoria respecto a los campesinos pobres, “montañeros”, atrasados culturales.

¿Qué es lo que se teme de los desplazados? ¿Cuáles son las amenazas que se fijan en su presencia?

Los temores que se fijan en los desplazados son los temores que se tienen o que se actualizan ante amenazas que a partir de su presencia son nombradas. Al desplazado se le ve como vehículo de la guerra y con ello se revela el lugar que ocupa este temor en la atmósfera del país y de la ciudad.

También se fija en las personas en situación de desplazamiento el temor a la inseguridad económica, a la pérdida del empleo, a la escasez de los servicios básicos, a desastres naturales por deslizamientos donde se localizan los asentamientos, al retorno de las condiciones fundadoras de precariedad y miseria, a la pérdida de imagen, al estancamiento y a la disolución cultural y social.

Prejuicios y estereotipos, como los asociados al campesino pobre, ignorante y al negro, percibidos como un “ellos”, que tras

la metáfora de la ocupación masiva podrían llegar a ocupar un territorio considerado de privilegio, tensionan respuestas de exclusión o de asimilación. En el extremo, visto como un “otro radical”, se controla, se impide la llegada o se espera su expulsión; en el otro extremo se reconoce su derecho a la ciudad; y en el intermedio está la preocupación por asimilarlos como vecinos condicionados a una convivencia regida desde los patrones preestablecidos.

Se exponen las ventajas del retorno al campo y en ello coinciden quienes perciben la presencia de los desplazados como una competencia por los escasos recursos, con aquellos que ven en el desplazado una identidad definitoria que se corresponde casi de forma “natural” con el territorio; de ahí el énfasis en la evocación de un campesino asociado a la madre tierra, con un estilo de vida simple, sin las superfluas necesidades producto de la invención de un mundo del consumo que tiene su reino en la ciudad, entorno que por oposición al campo es indeseable contaminación.

Así se pretende demostrar las desventajas de la ciudad para el campesino, se amplifican los problemas de la ciudad y la pobreza reinante por oposición al campo, reino de la abundancia y la generosidad. Con ello se concluye que lo mejor es que el campesino regrese a su “natural” entorno.

En los estratos medio y alto se plantean dos opciones: que retornen y que se queden en la ciudad. En el último caso su presencia estaría sujeta a un proceso de educación y acogimiento a los patrones culturales de los habitantes de la ciudad, los cuales se

consideran superiores a los de la cultura de aquel percibido como un “inferior civilizatorio”.

Desde sectores localizados en la informalidad y que viven en precarias condiciones, de forma casi unánime se construye como única alternativa la conveniencia de que los desplazados se alejen:

Yo creo que si regresan a cultivar la tierra, nos traerían productos aquí a la ciudad, lo que ellos cultivan, comen ellos y nos ayudan a comer a nosotros, a ellos se les mejora la vida allá porque tienen que comer, barriga llena, corazón contento. (Obrero jubilado, participante grupo de discusión, Corporación Región, 2003).

Como puede verse, cuando se trata de validar su partida se ignora que en el campo se impone la guerra imposibilitando una tranquila vocación agrícola, aunque paradójicamente, cuando se dibujan las circunstancias de las cuales emerge el desplazado y la sospecha de su compromiso con uno u otro bando, se reconoce el caos producido por la guerra y los actores armados.

Si la familiaridad es proporcional al volumen de conocimiento que se tiene del otro, la distancia cognitiva favorece la sospecha permanente frente al extraño, en tanto no se sabe cómo reaccionará, pero también sobre dicho desconocimiento se puede fijar la peligrosidad y percibir al vecino como presencia indeseable. Puede localizarse en su ambigüedad el lugar del caos y temer por la disolución de la cual puede ser su agente.

Aunque el centro de atención ha estado en el desplazado problema, es muy importante observar la función cognitiva del des-

plazado, que lleva a algunos sectores de la sociedad a cuestionar las certezas de cada uno y también a cuestionar la sociedad que hemos construido ante la revelación de los desfases entre el tener y no tener, entre los propios y los extraños, entre “nosotros” y los “negros”, fronteras que se hacen murallas.

El desplazado estimula el “pensarnos”, revela el acercamiento crítico que provoca hasta ahora en una parte de la población que dirige su mirada a la sociedad que produce desplazamiento forzado y también segregación y desigualdad.

Se trata de un sector de la población que mira más al ciudadano y sus derechos que al desplazado, a priori determinado por los sentimientos de desconfianza, miedo o conmiseración.

Ante la ausencia del Estado, es la solidaridad la que ha constituido un recurso vital para la supervivencia de la población desplazada, pero la solidaridad se presenta si se sobrepasan las barreras de la proximidad física y la distancia cognitiva o si se aleja del estigma, es decir, cuando se disuelve una u otra barrera.

En los barrios populares por ejemplo, y en el mismo asentamiento, la solidaridad, como se mostró en las estrategias de supervivencia externa, es real porque se trata de la familia, del paisano, del otro íntimo con quien se ha compartido la biografía, a quien se le conoce y quien ahora como desplazado también se encuentra próximo espacialmente.

Por otro lado, los estratos altos, que no encuentran en los desplazados competencia por los recursos básicos y que los tienen lejos de su vista y de su territorio, plantean posturas más

incluyentes que los pobres que comparten el territorio con la población desplazada, lo cual es entendible porque precisamente están alejados espacialmente. Como dice Ulrich Beck: “La caridad aumenta en proporción geométrica con la distancia” (2000:136). No obstante, también se encuentra en los estratos altos el señalamiento a las personas en situación de desplazamiento como peligrosas, como vehículos de la guerra, lo cual hace pensar que por esta razón los perciben como una amenaza a sus intereses y, en consecuencia, la distancia espacial ya no es una barrera que ponga a distancia el supuesto peligro.

Más allá de los estigmas sociales, más allá de las identidades imputadas y más allá de la solidaridad con el pariente o con el lejano, las personas en situación de desplazamiento forzado revelan la necesidad de trabajar por un compromiso real del Estado y la solidaridad de la sociedad toda.



Taller de memoria. Colcha de retazos. Representación de los hitos más significativos en sus vidas.

CAPÍTULO VI

¿CÓMO PERCIBEN LOS FUNCIONARIOS PÚBLICOS A LAS PERSONAS QUE HAN SIDO DESPLAZADAS?

6.1 El lugar de la pregunta: las percepciones

Del fenómeno del desplazamiento comienza a saberse en Colombia desde mediados de los años 90, asociado de manera directa con la confrontación bélica y en cierto sentido como complemento de estrategias de persecución selectiva empleadas por los actores armados desde mediados de los 80 (Osorio:2001). A pesar de que en 1995 se calculaba que existían alrededor de 111.754 personas desplazadas, no había hasta ese momento una política que permitiera atender el problema como un asunto de gobierno y mucho menos de Estado. La escasa atención que recibieron unas cuantas personas provino del Sistema de Prevención de Desastres, lo que da buena cuenta de la manera como el problema era entendido. Sólo hasta 1995, en el marco de una política de protección y promoción de derechos humanos, se elaboró el primer documento gubernamental sobre el tema (Do-

¿Cómo perciben los funcionarios...

cumento Conpes 2.804:1995) en el que se reconoció claramente el desplazamiento como una violación a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario y se definieron las bases para la creación del Programa Nacional de Atención a la Población Desplazada (Correa y Gil:2002).

Fue en 1997 cuando se aprobó por primera vez una ley (Ley 387 de 1997) con la que se pretendía asumir el problema del desplazamiento como un asunto de Estado a través de la creación y puesta en marcha de un sistema integral que abocara la prevención, la atención y la estabilización de la población que ha vivido el desplazamiento forzado. ¿Y cuál era esta población? Según la citada ley se trataba de:

Toda persona que se ha visto forzada a migrar dentro del territorio nacional abandonando su localidad de residencia o actividades económicas habituales, porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personales han sido vulneradas o se encuentran directamente amenazadas, con ocasión de cualquiera de las siguientes situaciones: Conflicto armado interno, disturbios y tensiones interiores, violencia generalizada, violaciones masivas de los derechos humanos, infracciones al derecho internacional humanitario u otras circunstancias emanadas de las situaciones anteriores que pueden alterar o alteran drásticamente el orden público. (Colombia, Congreso de la República:1997).

En los años posteriores, esta definición ha sido punto de referencia para el desarrollo de políticas y objeto de múltiples debates en torno a la manera como debe ser interpretada en el contexto de

situaciones específicas¹. Más que un mero ejercicio gramatical, cada una de estas interpretaciones pone en juego cómo, en este acto de nombrar, se construye al Otro y se le hace objeto de determinadas representaciones y disposiciones administrativas que, en últimas, nos hablan de la manera como en instancias de poder se administra la alteridad (Castillejo, 2000:21).

Esta ley y sus posteriores desarrollos normativos², que bien pueden ser entendidos como orientadores de la política pública frente al desplazamiento, son el resultado de una evidencia: la magnitud del problema del desplazamiento en Colombia y la necesidad perentoria de asumirlo como un problema de Estado. En efecto, siete años después, la mayoría de balances coinciden en señalar como uno de los principales logros el de visibilizar el problema del desplazamiento ya no como un desastre natural sino como una tragedia humanitaria que compromete de manera directa al Estado y a la sociedad en su conjunto (Acnur:2003). Aparte de reconocer esta evidencia objetiva, estas disposiciones son el resultado de la presión de organizaciones sociales y políticas nacionales e internacionales, de la producción académica sobre

-
1. Cabe resaltar, de manera especial, el papel que ha jugado la Corte Constitucional en la interpretación no sólo de la definición del desplazado sino del conjunto de la ley en aras a garantizar la protección de las personas en situación de desplazamiento: La sentencia SU115, por ejemplo, hace énfasis en que el desplazamiento es producto no sólo de situaciones fácticas sino, de manera superlativa, del miedo y el terror; y la T268/03, a propósito del desplazamiento intraurbano, interpreta que la “localidad alude al lugar de residencia, ya sea en la misma ciudad o fuera de ella, con lo que se reconoce una nueva modalidad de desplazamiento: el desplazamiento intraurbano. Una aproximación a esta jurisprudencia se encuentra en: Oacnudh, Acnur y Codhes:2001.
 2. Nos referimos, para citar algunos ejemplos, al decreto 173 de 1998 que adopta el Plan Nacional de Atención a la Población Desplazada; el 2569 de 1999 que reglamenta la ley; el 951 del 2001 que regula el acceso a la vivienda; el 2007 referido al acceso a la tierra de la población rural; el 2562 que habla de la política educativa. Correa y Gil:2002; Oacnudh, Acnur, Codhes:2001.

¿Cómo perciben los funcionarios...

el tema³ y de las mismas personas que han vivido el desplazamiento para que se reconozca la obligación del Estado y de la sociedad en esta situación, tanto en la prevención del conflicto que genera la huida como en la atención a la población que se ha desplazado. Esta, como otras políticas, es siempre resultado de una interacción.

Además, las políticas también están mediadas por las percepciones que diferentes sectores de la sociedad tienen sobre las personas que han vivido el desplazamiento forzado y, de manera particular, las que sobre ellos se construyen los servidores públicos. Tal y como lo sugiere Lelio Mármora (2002:55), “la específica y determinada percepción que el Estado tenga de las migraciones será el fundamento para la elaboración de esas políticas y su consecuente plan de acción”. En otras palabras, las políticas se sustentan en la definición de una situación problemática, en este caso el problema del desplazamiento forzado, en la interacción y presión social, y en las percepciones, imaginarios e interpretaciones que sobre él se construyen. Y muchas veces estas piezas no coinciden. Por ejemplo, algunas de las posturas sobre el impacto negativo de estos nuevos pobladores sobre las sociedades receptoras corresponden más a prejuicios instalados en los imaginarios colectivos como verdades incuestionables que a análisis empíricos pormenorizados que sustenten dicha afirmación. Es aquí donde tiene lugar lo que el mismo autor ha llamado “distancia perceptiva”, la distancia entre el hecho objetivo y el imaginario colectivo que sobre él se construye (Mármora, 2002:55).

3. Un balance de la investigación realizada en este campo puede consultarse en: Secretariado Nacional de Pastoral Social, 2001; Ramírez, 2004; Osorio, 2001.

En este aparte buscamos precisamente una aproximación a estas percepciones, no tanto en el texto de la política sino en el subtexto que se dibuja en las interpretaciones que los funcionarios públicos relacionados con el tema del desplazamiento hacen de la política misma, de la situación del desplazamiento y, de manera importante, de quienes viven el desplazamiento.

A nuestro modo de ver, esta pregunta por las percepciones, imágenes y argumentos que comportan los servidores públicos sobre el desplazamiento forzado nos permite aproximarnos teórica y políticamente a una reflexión central en la perspectiva de la inclusión social: la del reconocimiento, esto es, la manera como incide la percepción que los otros tienen sobre un sujeto en la mirada que él mismo construye sobre sí (su identidad) y en las prácticas sociales y culturales frente al Otro (la inclusión o la exclusión). En términos de Taylor, “la tesis es que nuestra identidad se moldea en parte por el reconocimiento o por la falta de éste; a menudo, también, por el falso reconocimiento de otros, y así, un individuo o un grupo de personas puede sufrir un verdadero daño, una auténtica deformación si la gente o la sociedad que lo rodea le muestra, como reflejo, un cuadro limitativo, o degradante o despreciable de sí mismo. El falso reconocimiento o la falta de reconocimiento puede causar daño, puede ser una forma de opresión que aprisione a alguien en un modo de ser falso, deformado y reducido” (Taylor, 1993:44).

Hablamos del reconocimiento como un asunto dialógico en el sentido que afirmamos que la mirada del Otro se vuelve constitutiva de la identidad, es decir, que la autopercepción que las personas

¿Cómo perciben los funcionarios...

desplazadas tienen está alimentada por las representaciones que la sociedad construye sobre ellos; y también, de su dimensión social y política en la medida que indagamos por la manera como este reconocimiento (o falso reconocimiento como dice Taylor) incide en orientaciones políticas.

“La no discriminación basada en la condición del desplazamiento”, por ejemplo, es uno de los Principios Rectores del Desplazamiento Interno (Naciones Unidas:1999), aquí se explicita la condición de vulnerabilidad de esta población no sólo por el desplazamiento mismo sino por el trato discriminatorio que recibe de la población receptora basado en representaciones excluyentes. También en el plano nacional, aunque de manera muy tímida, se han hecho algunas consideraciones sobre los retos que plantean la inclusión y la integración social en términos de la percepción que la población receptora tenga sobre las personas que han vivido el desplazamiento y las dificultades culturales y de reconocimiento que estos enfrentan para su integración en la ciudad⁴.

Decantar las representaciones que sobre el Otro se construyen nos permite, más que un conocimiento sobre la población que ha vivido el desplazamiento, una aproximación a quienes las

4. Según la Red de Solidaridad Social, la reubicación urbana y rural son dos opciones que representan un tipo de reasentamiento alternativo al retorno. “En ambos casos, las personas afectadas por el desplazamiento optan por establecer vínculos con comunidades y territorios generalmente desconocidos, lo cual implica un desafío en términos de posibilidades de aceptabilidad y de integración, tanto para quienes se restablecen como para la población receptora. De otro lado, la reubicación urbana pasa por un proceso de redefinición de conductas sociales y de normas personales, familiares y comunitarias. Este proceso constituye un reto para la población y debe ser considerado por la institucionalidad, con el fin de generar condiciones que faciliten la inclusión de nuevos pobladores” (Red de Solidaridad: 2001:6).

producen, en este caso al Estado, lugar por excelencia de administración de la alteridad (Castillejos, 2002). Obviamente, cuando hacemos referencia al Estado, no pensamos de modo alguno en un ente monolítico y homogéneo. Allí, como en el conjunto de la sociedad, es posible encontrar multiplicidad de posturas, matices, contradicciones. Por eso, el acercamiento que hacemos a las percepciones que sobre las personas que han vivido el desplazamiento construyen los funcionarios involucrados en la implementación de la política pública comporta la misma característica: habla de tendencias que coexisten con otras a veces totalmente opuestas; son sólo un punto en el péndulo de estos juegos perceptivos. Por tanto, no agotamos todas las miradas ni todos los matices; hacemos énfasis en aquellos que consideramos reiterativos y con efectos más problemáticos en el diseño e implementación de una política pública sobre el desplazamiento.

Intentaremos entonces responder, desde las percepciones de los funcionarios públicos, a dos preguntas: ¿Quiénes son los desplazados? y ¿cómo se interpretan, desde estas percepciones, las políticas públicas?

6.2 Las imágenes: ¿Quién es el desplazado para los funcionarios públicos?

A través de entrevistas, grupos de discusión y pronunciamientos públicos en los medios masivos de comunicación, nos acercamos a las imágenes construidas sobre los migrantes por los funcionarios públicos que hicieron parte de la administración del

¿Cómo perciben los funcionarios...

alcalde Luis Pérez en el período 2000-2003⁵. Como veremos, muchas de ellas circulan por otros ámbitos de la sociedad y es quizá esta correspondencia la que les da preponderancia en el sentido de que, más allá de voces aisladas, hacen parte de construcciones e imaginarios colectivos que trascienden el aparato burocrático.

Según nuestro análisis son seis las imágenes sobre las que gravitan estas percepciones: Campesino, parásito, bárbaro, depredador, problema y sujeto resistente a la guerra.

Campesino: de la ignorancia a la inocencia

A pesar de que muchos funcionarios constatan y se afirman en la percepción de heterogeneidad de las personas que han vivido el desplazamiento, las imágenes del desplazado campesino abundan en sus discursos, ya sea como inocencia-pureza o como ignorancia-estupidez, pero en todo caso como inferioridad.

“Atraso físico”, “atraso emocional” y “atraso educativo” son, por ejemplo, las características que una funcionaria de la Secretaría de Solidaridad de Medellín otorga a esta población.

Los desplazados sí son analfabetos en su mayoría, los niveles educativos son muy bajos, los conocimientos son muy rudimentarios y entran en un choque de ciu-

5. Se realizaron entrevistas y participaron en los grupos de discusión personas relacionadas con la implementación de las políticas públicas de las siguientes dependencias: Secretaría de Solidaridad, Oficina para la Atención y Prevención de Desastres, Red de Solidaridad, Unidad de Atención y Orientación a la Población Desplazada –UAO–, Red de Solidaridad Social, Seccional de Salud del Departamento de Antioquia, Oficina de Planeación Municipal (dependencia de asentamientos subnormales) y Defensoría del Pueblo.

dad... no saben ni hablar, son campesinos del pueblo, hay gente que en su vida había pisado una ciudad capital... (ellos traen) el atraso físico con la desnutrición, el atraso emocional por el desarrollo y el atraso educativo... yo creo que a Medellín le va a costar mucho. (Entrevista a funcionaria Secretaría de Solidaridad Social. Corporación Región, 2003).

En este sentido las personas desplazadas están claramente definidas por las carencias ligadas a su lugar de procedencia: el campo. Igual que en las migraciones internacionales, migrante no es todo el que llega. Es aquel a quien se otorgan características de inferioridad social y cultural: para el caso europeo esto es propio de aquellos provenientes de los países del llamado Tercer Mundo (Delgado, 2002:20); en nuestro caso, los pobres que provienen del campo.

Mientras algunos funcionarios hablan de la necesidad de entender por desplazado a quienes han vivido un desarraigo forzado, independientemente de las características socioeconómicas que comporten, para otros la homologación del desplazado con campesino-ignorante-pobre cumple una función clasificatoria en el intento de fijar una línea divisoria entre los “verdaderos” y “falsos” desplazados. Según esto, quienes no posean estas características resultan ser sospechosos de estar usando la categoría de desplazado para usufructuarse de ella. El ex director de la oficina de atención de desastres cuenta por ejemplo cómo en sus múltiples correrías por las zonas de alto riesgo, lugares generalmente habitados por personas desplazadas, se encontraba personas que se reivindicaban como tales y, sin embargo, tenían

¿Cómo perciben los funcionarios...

un nivel alto de formación e incluso propiedades en su lugar de origen, por lo que se concluye que, más que desplazados, eran personas que “han escogido esa forma de vivir”. Sin embargo, si bien es cierto que los campesinos pobres constituyen el principal grupo poblacional que ha sufrido el desplazamiento forzado, cada vez se constata que no es un fenómeno exclusivo de esta población y que, por el contrario, también comerciantes, empleados públicos e incluso profesionales que desarrollan labores en el sector rural o en cabeceras municipales de las regiones, son obligados a huir.

En la misma imagen confluyen percepciones que hacen del campo y todo lo que esto significa (naturaleza, medio ambiente, agricultura) el principal elemento constitutivo de la identidad de los desplazados y, por tanto, de las pérdidas que padecen. Esta mirada pone de entrada la preocupación por la capacidad de la ciudad para devorar y corromper y desde allí se argumenta, como veremos, la alternativa del retorno como única posibilidad de devolver al desplazado su identidad. Se trata entonces no sólo de una mirada homogénea del desplazado sino del campo. Si bien es cierto que gran parte del sector rural en Colombia se encuentra en condiciones precarias de desarrollo —leídas sólo desde la infraestructura, y el acceso a bienes y servicios—, también lo es que predomina una imagen idealizada que pasa inadvertidas las múltiples transformaciones que el campo ha vivido, adoptando en muchos casos dinámicas y modos de vida que ya no son exclusivas de la ciudad. Por lo demás, desde esta perspectiva, fenómenos como el desplazamiento intraurbano son de entrada desconocidos por no corresponder a estas coordenadas.

Parásito: recostado, vividor

Si hay una imagen que pudiéramos llamar propia de la burocracia estatal, esta es la del desplazado como vividor, alguien que, como decía una funcionaria, “quiere sacarle el bocado al Estado como sea”; según esto, se trata de personas que aprovechan la asistencia que tanto el Estado como otras organizaciones sociales les brindan y hacen de esta la forma exclusiva de subsistencia. Son, según los que tienen esta postura, los que se acostumbran a vivir de la mendicidad, de la asistencia, a los que le gusta que todos se les regale, que no hacen nada por para salir adelante y no aceptan reglas de juego en los que ellos también tienen obligaciones para con el Estado y la sociedad: “Esta población se acostumbra de alguna forma a la gratuidad, al ocio, pierde capacidad de gestión”, dice al respecto un funcionario abiertamente partidario de un enfoque de ciudadanía que hable claramente de derechos y también de deberes de esta población para consigo mismos y con la ciudad⁶.

Con matices respecto a este argumento pero coincidiendo en la misma imagen están quienes, tras criticar las prácticas asistencialistas públicas y privadas como principales responsables de esta actitud parasitaria, acompañan sus relatos de descripciones que definen a quienes han vivido el desplazamiento con actitudes como la pereza o el aprovechamiento de su condición de víctimas como propias, no de lo que hacen algunos, sino de lo que son

6. Reflexiones similares se hicieron en Europa en el contexto del declive del estado de bienestar. Se habló de ciudadanos-parásitos, de un Estado interventor que había logrado menguar la capacidad de agencia de sus ciudadanos. De allí nace la idea de un Estado reducido a su mínima expresión en donde el mercado y el sector privado cumplen las funciones que antes le eran propias. (Kimlicka et. al, 1997).

¿Cómo perciben los funcionarios...

todos. Es por esto que para una funcionaria de la Secretaría de Desarrollo Social, amparada en la idea de “sacarle el bocado al Estado como sea”, los niños desplazados, acuden a los restaurantes escolares y “comen hasta tres veces, por gula, sólo por comer”. En situaciones de extrema precariedad en las que, como ya vimos, para muchas personas desplazadas efectivamente la mendicidad y las pequeñas ayudas diarias constituyen casi el único recurso de subsistencia, esta mirada resulta por lo menos indolente.

Ambas posturas demandan que las personas que han vivido el desplazamiento jueguen un papel activo en la lucha por el mejoramiento de sus condiciones de vida; ya sea desde un enfoque de ciudadanía moderna para el que los conceptos de derechos y deberes, participación política, agencia, sujeto autónomo y dueño de su destino son preponderantes, o desde la noción ideal de una sociedad con un Estado mínimo en la que cada quien es responsable exclusivo de su destino.

No obstante, en el contexto del desplazamiento y de unas políticas públicas que escasamente han incidido en las posibilidades de restablecimiento de esta población, la imagen puede estar revelando también una autopercepción de la burocracia estatal como un ente al que, antes que exigirle, se le debería agradecer por lo poco o mucho que buenamente pueda hacer. Es decir, una mirada que dista bastante de un enfoque de derechos según el cual no es la situación de desplazamiento sino la condición de ciudadanía la que debería garantizar a todos los habitantes del territorio nacional el disfrute a sus derechos; por tanto, no es una dádiva sino una obligación del Estado garantizarlos, máxi-

me cuando han sido vulnerados en situaciones como el desplazamiento forzado (Celis, 2002:297).

Bárbaro-bandido-invasor

Algunas de las percepciones sobre los desplazados están claramente ligadas a la guerra, ya sea por que se les atribuyen prácticas propias de los armados o porque se les ve manipulados en los asentamientos por diversos actores armados, pero en todo caso, porque encarnan todos los males de la guerra (Secretariado Nacional de Pastoral Social:2001a).

En el primer caso, la afirmación de un funcionario es contundente: “Hay población que trabaja para las Milicias, el Bloque Cacique Nutibara, el Bloque Metro, o que son independientes, pero que ven con simpatía estas organizaciones”⁷. Como en el caso de la asociación desplazado-campesino, esta es una imagen bastante generalizada en la sociedad y, podríamos decir, fuente principal de la desconfianza, el estigma y las estrategias sociales y políticas que se construyen para mantenerlos a distancia suficiente y evitar cualquier tipo de contacto. Por esta vía, se responsabiliza a la población desplazada de ser el medio a través del cual la guerra se ha trasladado a la ciudad.

Para un funcionario público relacionado con la atención y prevención de desastres, esta supuesta adscripción a agrupaciones armadas se convierte en parámetro para evaluar “los verdaderos intereses de los desplazados”. Aludiendo a la apropiación

7. Hace referencia a organizaciones armadas ilegales (guerrilla y paramilitares) con algún nivel de control territorial en diferentes sectores de la ciudad.

¿Cómo perciben los funcionarios...

y control territorial ejercido por actores armados que se hacen pasar por desplazados, se replican expresiones como la de “caciquear” (control a través de la coacción armada) las ayudas que llegan a los asentamientos:

Ellos vienen, toman territorio dentro de la ciudad como desplazados y empiezan a traer gente a invadir a Medellín, ya es tramado... y se hacen los desplazados y se hacen registrar con cédula de la UAO⁸, y nosotros como gobierno tenemos que tener mucho cuidado en la aplicación de políticas; por eso decimos: a estos sí les damos ayuda y a estos no. (Entrevista a funcionario del Simpad. Corporación Región, 2003).

Como muchas veces es imposible evitar el contacto dado el cargo que se ocupa, lo que sigue es aguzar la mirada en términos de cuidar y controlar los recursos que se administran evitando que sean asignados a quienes resultan ser sospechosos de esta relación. La desconfianza ocupa un lugar preponderante ya no sólo en las sociabilidades sino en el ejercicio administrativo, es decir, tiene implicaciones directas sobre la orientación e implementación de las políticas públicas. La perspectiva del control y la homologación del problema del desplazamiento con un conflicto de orden público corresponde a esta mirada: el desplazado es peligroso no sólo por lo que es, sino por lo que puede llegar a ser.

8. Unidad de Atención y Orientación a la población desplazada de la Red de Solidaridad Social. Es la entidad en principio encargada de registrar y certificar a las personas que llegan en situación de desplazamiento.

Son imágenes que reeditan la figura del bárbaro-invasor⁹ que llega a conquistar y a apropiarse no sólo de las márgenes sino de la ciudad entera; retomando a Foucault: “aquel que merodea los extramuros, llega y se instala sin ser deseado y, aprovechado, penetra social o culturalmente y conquista en lugar de dejarse conquistar” (Foucault citado por Mármora, 2002:73). En efecto, la percepción de que los desplazados están invadiendo la ciudad, la están sitiando y, por tanto, hay que “blindarla” para protegerse de ellos, es bastante recurrente, especialmente entre funcionarios de alto nivel en la administración municipal relacionados con dependencias de planeación y seguridad.

Muy ligada a esta imagen está la del desplazado que, sin jugar un papel activo como guerrero, es presionado o manipulado por los actores armados, gracias a su ignorancia y desconocimiento de la ciudad: “Cualquier violento puede coger un desplazado en cualquier parte y moldearlo”. Es por esto que se señala, como uno de los mayores obstáculos, la intermediación que estos actores armados hacen de los intereses de la población. Para el actual coordinador de la Red de Solidaridad en Medellín, esta es una situación de la que difícilmente las personas pueden sustraerse y que en cierto sentido teje un hilo de continuidad con lo que pretendían dejar atrás con la huida:

La gente no tiene otro camino: o se somete a eso o vuelve a ser amenazado por el mismo conflicto... la gente muchas

9. En los testimonios presentados por funcionarios de instituciones estatales a propósito de procesos de revisión de tutelas, llevados a cabo por la Corte Constitucional, se encuentran ejemplos fehacientes de la asimilación invasor-desplazado que hacen algunos de ellos. Ver especialmente: T-227/97, SU1150 y T602/03.

¿Cómo perciben los funcionarios...

veces no tiene otro camino que aceptar lo que le dice quien lo está amenazando y empieza a comprender que a donde llegue, en la situación de conflicto que tiene este país hoy, es probable que se encuentre un panorama similar. (Entrevista a funcionario de la Red de Solidaridad. Corporación Región, 2003).

En efecto, los desplazados se insertan a muchas de las lógicas, prácticas y redes que forman la dinámica urbana, entre ellas, las redes de poder, cacicazgo y mercado ilegal de tierras en las que participan actores armados y otros sectores de la sociedad. En el trasfondo es latente el manto de duda que se pone sobre las organizaciones de desplazados y la acción reivindicativa es justamente asociada a la supuesta relación con actores armados. Es importante recalcar esto en la medida en que, precisamente, una de las estrategias de las políticas de restablecimiento está orientada al fortalecimiento del capital humano¹⁰ que busca incentivar la organización, representación e integración de la población desplazada a su nuevo entorno. Desde este punto de vista la introyección y generalización de esta percepción entre los funcionarios públicos actúa claramente como obstáculo para el reconocimiento y la inclusión.

10. Según la Red de Solidaridad Social, el programa de desarrollo de capital humano “busca resolver los problemas de baja capacidad de representación de la población desplazada; deficiente preparación técnica de organizaciones de esta población; insuficiente participación de ésta en la gestión de las soluciones a sus problemas; escasa integración entre la población desplazada y la de las ciudades receptoras; y obstáculos sociales y culturales para la adaptación de las personas desplazadas a la vida social del medio urbano, cuando son de origen rural. (Red de Solidaridad, 2001: 59).

Depredador

La ubicación de los desplazados en las laderas de la ciudad, zonas que generalmente han sido declaradas como de alto riesgo geológico o de reserva forestal, la demanda de servicios sociales en zonas históricamente pobres y la persistencia en prácticas culturales propias de sus lugares de origen, son situaciones alrededor de las cuales se construye esta imagen del desplazado-depredador.

Para algunos funcionarios la construcción de viviendas en las laderas por parte de las personas desplazadas, la mayoría haciendo uso de recursos naturales, como árboles, pone en peligro no sólo sus vidas sino el ecosistema de la ciudad. La acción de desalojo de un asentamiento de desplazados ubicado en la zona nororiental de Medellín se sustenta, por parte del ex secretario de Gobierno Municipal, en el efecto devastador de la acción invasora de estos desplazados:

¿Quién nos devuelve los árboles que nos tumbaron?
¿Los pulmones, el aire y la vida? Nosotros los tumbamos el ranchito y ellos nos tumbaron los árboles. Nos tumban los árboles, nos desmantelan las zonas de reserva forestal y se ubican en zonas de alto riesgo no recuperable donde ponen en peligro su vida, la de su familia y la de los que están más abajo y más abajo.
(El Colombiano, 5 de octubre del 2003).

Se trata de una imagen según la cual el desplazado antes que víctima se convierte en victimario del Estado, de la sociedad, de sus gentes; como vemos, el factor de la voluntariedad ocupa un

¿Cómo perciben los funcionarios...

lugar central, es decir, es una “acción intencionada”, “de mala fe”, “un castigo”. El desplazado es percibido entonces igualmente como una amenaza “no por su potencial de conquista y de imposición de “otra” cultura, sino por su capacidad de contaminación y disolución” (Mármora, 2002:73).

En este punto es importante señalar cómo el elemento cultural, o más bien los prejuicios basados en las prácticas culturales que ostentan las personas desplazadas, median la construcción de este tipo de imágenes. Para el ex director de la Oficina de Atención de Desastres, por ejemplo, el alto riesgo en que se encuentran los asentamientos donde viven personas que han sido desplazadas tiene que ver con situaciones geológicas pero también con las técnicas de construcción de vivienda empleadas por ellas. Según él, las personas provenientes especialmente de regiones planas y costeras, siguen construyendo como siempre lo han hecho, sin introducir las modificaciones que implica construir en un terreno montañoso y además erosivo, lo que se interpreta como una persistencia en prácticas culturales que generan, además de altos riesgos en el hábitat, un problema de convivencia entre personas de “culturas diferentes”.

De este modo, lo que empieza siendo interpretado como una “diferencia cultural” se transforma en una valoración sobre lo que su presencia aporta como conflicto a la convivencia en la ciudad. A nuestro modo de ver se trata en este caso de un prejuicio velado, puesto que como sabemos, muchas de estas prácticas son también realizadas por otros pobladores que ni son desplazados ni provienen de otras regiones del país y, aunque

el término es cuestionable, digamos que tampoco provienen de otras culturas.

Este prejuicio se hace mucho más latente en otras percepciones que aluden directamente al componente étnico de los desplazados y a su imposibilidad de renunciar a la identidad de desplazado. La ex secretaria de Solidaridad describe así el impacto de la población desplazada en la ciudad:

Yo decía que la ciudad se está volviendo negra, me he quedado totalmente asombrada. Voy a las reuniones con la comunidad y yo no soy racista sino que me llama la atención el cambio racial en las comunas y el tema de negritudes, la ciudad se está volviendo negra... entonces un desplazado ya viene acá, se casó con una medellinense. Él sigue siendo desplazado pero la esposa es de aquí; y yo le digo: “ya usted no es desplazado, ya tiene arraigo, ya el proyecto de vida suya está acá”. Pero ellos siguen pensando como desplazados aunque vivan con gente de Medellín. (Entrevista a funcionaria de la Secretaría de Solidaridad Social . Corporación Región, 2003).

Como vemos, aquí la condición de desplazado está ligada con la cultura y la etnia y no con una situación de despojo y desarraigo. Debería bastar entonces la mezcla con la “gente de aquí” para borrar esa condición. Así, generalmente cuando se habla de “diferencia cultural” se hace alusión a una condición de inferioridad; las diferencias étnicas o culturales se convierten en parte del estigma, produciendo diversas formas de cerramiento social y cultural frente a su inclusión. En últimas, la persistencia en há-

¿Cómo perciben los funcionarios...

bitos y costumbres que se traen del lugar de origen es interpretada como resistencia a la integración (Mármora, 2002:389).

Para algunos funcionarios, dado que esta es también una percepción bastante generalizada en la población receptora, constituye efectivamente uno de los principales obstáculos para el reconocimiento e integración social de esta población a la ciudad. Así lo interpreta un funcionario de la Red de Solidaridad Social para quien, evidentemente, la sociedad medellinense no está preparada para recibir esta nueva población.

Hay dificultades para los desplazados en la ciudad porque la comunidad de Medellín no está ni ha estado preparada para recibir personas de otras regiones, no está preparada la ciudad para convivir con personas de otras culturas y digamos que ha asumido algunas actitudes excluyentes, ha cerrado algunas puertas. Creemos que esto corresponde a un temor con respecto a que las personas desplazadas vienen de zonas de conflicto, a que estas personas vengan con parte de ese conflicto. Pienso que esa es la gran dificultad, el estigma que tienen las personas que vienen desplazadas forzosamente de otras regiones. (Testimonio grupo de discusión. Corporación Región, 2003).

Hablar de la dificultad para recibir personas de otras culturas es por lo menos paradójico en una ciudad cuya historia de construcción ha sido precisamente la de las migraciones y los mestizajes. No se trata sólo de una diferencia cultural sino de la superposición de estigmas, en este caso asociados también a su papel como propagadores del conflicto armado, lo que efectivamente

es un dique para la integración y la inclusión. La suposición de que efectivamente se están enfrentando culturas diferentes ha sido el centro del debate del multiculturalismo (Kimlicka: 1996). Pero como lo ha dicho Manuel Delgado en reiteradas ocasiones, estas posturas, en principio humanistas, abonan la exclusión en el sentido que participan de la idea según la cual hay una cultura que ostenta la legitimidad sobre otra; y cuando se reclama el derecho a la diferencia lo que se está haciendo muchas veces es confinando al otro a una identidad inamovible.

Desplazado-problema: “la papa caliente”

En las conversaciones sostenidas con los funcionarios salió a relucir la idea de que los desplazados son “la papa caliente” de las administraciones; un tema incómodo y de difícil abordaje que termina siendo asignado a una y otra dependencia por lo que con frecuencia no hay claridad sobre a quién corresponde asumirlo. El desplazado es representado como problema bien sea porque crea nuevas dificultades para la ciudad y sus administradores, porque agudiza las ya existentes o porque evidencia al funcionario público las limitaciones estructurales de la acción institucional para abocar un problema de tal magnitud.

Para una funcionaria de Planeación Municipal es evidente que el asentamiento de esta población en sectores de la ciudad con déficit importantes en vivienda, salud y educación, incrementa las demandas ya insatisfechas para un núcleo importante de la población y hace más lejana la posibilidad de que el Estado pueda efectivamente atender esta demanda. Según ella:

¿Cómo perciben los funcionarios...

Medellín tiene el 21% de sus barrios, estoy hablando de 52 barrios, identificados para tratamientos urbanísticos de mejoramiento integral, eso quiere decir que son barrios de desarrollo incompleto e inadecuado, y en estos barrios es donde permanentemente se están asentando los desplazados, incrementando una situación que es ya absolutamente grave en términos de hacinamiento, salud pública, de riesgo. (Entrevista a funcionaria de la Oficina de Planeación Municipal. Corporación Región, 2003).

A propósito de esto la reflexión que algunos se hacen es: “sí no ha habido para atender y sacar de la pobreza a los pobres de siempre ¿cómo va a haber para ellos?”. Se alude a la imposibilidad fiscal de la municipalidad para atender la magnitud del fenómeno del desplazamiento y a las demandas que estas personas hacen, lo que en términos de balance en la implementación de las políticas públicas sobre desplazamiento se ha convertido en uno de los obstáculos más notorios (Acnur, 2003; Sentencia T-602/03).

Para un grupo de funcionarios el dilema sobre la prioridad de la atención se resuelve de manera simple: los pobres de siempre han esperado más tiempo los beneficios del Estado y no es justo que los desplazados, foráneos y recién llegados, muchas veces explotando su condición de víctimas, se igualen a ellos. En la administración anterior, el propio Secretario de Gobierno lo expresaba sin tapujos: “En la ciudad también tenemos gente muy pobre de la que nos tenemos que ocupar. Aquí hay gente miserable, niños que se mueren de hambre. Primero tenemos que re-

solver el problema de nosotros”. Y para eso, afirma, “la ciudad tiene que blindarse” (Periódico El Colombiano, octubre 5 del 2003). Los desplazados son un “ellos” (foráneos, extranjeros) que se diferencia de “nosotros”, e incluso de “nuestros pobres”, por lo que es necesario erigir claramente barreras protectoras.

Pero si bien desde esta perspectiva desplazados y pobres se asimilan en los niveles de pobreza, para otros funcionarios es claro que hay algo que los diferencia tajantemente:

Hay una diferencia y la diferencia es abismal, es gigantesca; las personas desplazadas reúnen todas las vulnerabilidades porque hay una escalonada violación de sus derechos fundamentales, empezando por el derecho a escoger la libre residencia. (Entrevista a funcionaria de la Oficina de Planeación Municipal. Corporación Región, 2003).

En efecto, la condición de vulnerabilidad de la población desplazada ha sido sustentada por organismos nacionales e internacionales como la razón que explica por qué, efectivamente, el Estado debe dar prelación a su atención. En una de sus sentencias la Corte Constitucional, a propósito de la aparente disputa entre pobres y desplazados, plantea lo siguiente:

Las personas víctimas de situaciones sociales extremas, o de los embates de la naturaleza, constituyen, entre el espectro de personas en situación de debilidad manifiesta, aquellas que los sufren en mayor medida, por razón del desarraigo, destrucción de la base material que sustenta su proyecto de vida, así como por la grave afectación del tejido social al cual pertenecen. De ahí que deban ser

¿Cómo perciben los funcionarios...

destinatarios de excepcionales mecanismos de protección, pues la capacidad real para realizar su proyecto de vida se ha visto sometida a una reducción incompatible con un Estado social de derecho. Ello no quiere decir que sus intereses se impongan sobre los intereses de grupos humanos que igualmente están en condiciones de debilidad, como ocurre con quienes padecen la pobreza estructural, los ancianos desatendidos, los niños, los enfermos o la población privada de la libertad. Sin embargo, estos deben ser los destinatarios de programas y proyectos permanentes, en el sentido de que deben permanecer como tales mientras existan condiciones materiales de desigualdad, en tanto que los primeros, han de ser los beneficiarios de mecanismos de atención de situaciones excepcionales (así la excepcionalidad se torne estructural, como ocurre con los desplazados, pues la miseria humana nunca podrá asumirse como algo admisible en el Estado social), por hallarse comprometido su mínimo vital. (Sentencia T602/03)¹¹.

Se trata, según esto, del reconocimiento de la población desplazada como una población en grado extremo de vulnerabilidad, a la que le han sido violentados sus derechos, y por tanto el Estado y la sociedad tienen la obligación de resarcirlos mediante acciones específicas.

Si bien compartimos la postura de quienes plantean la necesidad de no crear programas específicos de atención a la población desplazada que los aíslen de su entorno profundizando las condiciones de segregación (Bello, Cardinal y Arias: 2000),

11. La sentencia retoma a su vez la sentencia T-958 del 2001 en la que se sustentan las acciones positivas a favor de las personas desplazadas.

creemos que no se puede desconocer la situación de vulnerabilidad extrema en que se encuentran, lo que necesariamente requiere de acciones específicas que garanticen sus derechos. Esto también se justifica en el sentido de que lo que está en juego no es sólo el acceso a servicios sino la necesidad de resarcir heridas morales que han sido causadas por el desplazamiento, lo que requiere de acciones específicas del Estado y la sociedad en su conjunto.

Desplazado-sujeto-resistente a la guerra

Las imágenes anteriores se construyen asociando a las personas que han sido desplazadas al campo y a la pobreza, a la guerra y a los guerreros, a la destrucción y a la degradación de la ciudad, y a actitudes que resaltan la dependencia de otros, especialmente del Estado, para subsistir. Pero no se trata de percepciones homogéneas. Al interior del mismo Estado encontramos funcionarios que dan cuenta de una percepción que resalta justamente lo contrario: su valor como resistentes activos de la guerra, su capacidad para sobreponerse al sufrimiento y reconstruir sus proyectos de vida, por tanto, su condición de sujetos.

Si bien en este acercamiento a la percepción del desplazado por parte de los funcionarios públicos la imagen de desplazado-víctima no tuvo mucho peso, sabemos que no está ausente totalmente. Subyace a la postura de quienes llaman la atención sobre la responsabilidad que tiene el Estado y la sociedad con esta población, dado que se considera que no son responsables de la situación que viven; y también a la que convoca a la solidaridad —ya sea desde posturas religiosas o desde el altruismo

¿Cómo perciben los funcionarios...

social— con una población que se encuentra en clara desventaja. La percepción del desplazado como resistente a la guerra propone un viraje en la mirada a las personas en situación de desplazamiento, ya no como víctimas de la guerra, los guerreros o la sociedad, sino como sujetos.

Esta percepción proviene básicamente de funcionarios que han jugado un papel en la atención sicosocial de la población; que los han acompañado en sus trayectos en la ciudad y que muchas veces han jugado un papel de escuchas en la elaboración de sus pérdidas. Para ellos, las personas que han vivido el desplazamiento forzado son la antípoda de la guerra: se han desplazado justamente como una forma de proteger sus vidas y, en muchos casos, de resistir a la presión de los actores armados para enrolarse en uno de los bandos. Si bien algunos corroboran que muchos de los temores que suscita la población desplazada en la sociedad receptora se relacionan con la percepción como guerreros, su experiencia parece indicarles lo contrario. Para un funcionario de la Red de Solidaridad:

La gente desplazada en contacto con organizaciones como la nuestra nos ha enseñado que no son delincuentes, que no quieren la guerra, que quieren una oportunidad de vida y desarrollo, y que esperan que el Estado comprenda que están en algunas localidades donde se desarrollan actos delictivos, porque no tienen para dónde más coger... no son personas ligadas directamente con el conflicto porque precisamente el no estar participando activamente en el conflicto los hace propios de un desplazamiento, porque no le sirven a los armados. (Testimonio grupo de discusión. Corporación Región, 2003).

Para una psicóloga que trabaja en atención sicosocial en la Seccional de Salud del departamento de Antioquia, es urgente tomar y promover una visión de los desplazados según la cual:

Estas familias en condición real de desplazamiento prefirieron el hacinamiento y la pobreza en las ciudades o en las cabeceras municipales, a la posibilidad de convertirse en combatientes armados en los territorios donde la guerra avanza con holgura. (Testimonio grupo de discusión. Corporación Región, 2003).

Desde esta lectura, el Estado y la sociedad, en un país en guerra, están en deuda con una población que ha sufrido sus rigores en carne propia y merece ser reconocida también en su dimensión de resistencia a la guerra. Como lo plantearon algunos funcionarios, esta es quizás una de las imágenes con mayor potencia para contrarrestar los estigmas que pesan sobre esta población. Vale anotar, en este punto, el reconocimiento que se hace de los pronunciamientos de la Corte Constitucional como fuente permanente de apoyo, reflexión y profundización de un enfoque de derechos para la interpretación de las políticas públicas.

6.3 ¿Cómo inciden estas percepciones en la interpretación de las políticas?

Así como los funcionarios públicos construyen imágenes sobre las personas en situación de desplazamiento y sentidos explicativos sobre su impacto en la ciudad, también construyen, desde el lugar que ocupan en la burocracia estatal y desde sus anclajes sociales y culturales, interpretaciones específicas sobre las orientaciones de la política pública que, como servidores, implementan.

¿Cómo perciben los funcionarios...

En términos generales, las políticas públicas sobre el desplazamiento giran en torno a tres fases: la prevención, la atención humanitaria y el restablecimiento. Cuando a los funcionarios públicos se les indaga por la manera como se ubican frente a cada uno de estos conceptos, casi de manera automática se descarta que tengan algún papel en la prevención, pues, según ellos, se trata de un asunto que trasciende la esfera de sus dependencias e incluso del conjunto de la administración local; la atención humanitaria es vista por la mayoría como lo que en la práctica concentra su acción en particular y la del Estado en general; una acción puntual, necesaria, pero insuficiente para la magnitud de las demandas. En esto coinciden con balances realizados recientemente sobre la implementación de políticas públicas sobre desplazamiento, en donde efectivamente se destaca que es en el componente de acción humanitaria donde se han dado los mayores avances en la implementación de la política pública (Acnur:2004; Celis:2002).

Esta parte de nuestra reflexión alude básicamente al tema del restablecimiento. Es este el que de manera directa interpela a los funcionarios públicos en relación con la ciudad —la que ellos mismo habitan e intervienen desde su rol—, con sus limitaciones y posibilidades para acoger esta población; el que los ubica en un tiempo futuro al referirse al deber ser de las políticas públicas de atención a la población desplazada en términos de las alternativas; y el que de manera más directa permite conectar estas alternativas con las percepciones que sobre la población que ha vivido el desplazamiento se han construido desde este lugar social.

Las políticas públicas sobre desplazamiento definen el restablecimiento como el proceso a través del cual la persona recupera la capacidad de dirección de su vida y cuenta con condiciones satisfactorias de acceso a derechos básicos. De forma precisa, la Red de Solidaridad define el restablecimiento como:

El proceso que se inicia con la atención humanitaria a las familias desplazadas y culmina cuando se han generado condiciones que les permiten contar con alternativas para rehacer integralmente su proyecto de vida y lograr su estabilización progresiva, aprovechando sus propios recursos potenciales y la oferta institucional disponible. (Red de Solidaridad Social, 200:2).

Elegir libremente retornar o quedarse son los ejes a través de los cuales toma forma la interpretación de la política pública sobre restablecimiento, poniendo en juego nuevamente no sólo percepciones sobre quién es la población desplazada sino sobre su impacto en la ciudad y las posibles alternativas. Lo que veremos son la múltiples maneras como una misma orientación es asumida dependiendo del lugar social en el que se produce.

Elegir

Derecho a no migrar y, al mismo tiempo, derecho a la libre movilidad son, según parámetros internacionales, los derechos de los migrantes. Para Naciones Unidas, sin embargo, el derecho a la libre movilidad se superpone al de no migrar pues se trata de las condiciones de seguridad en que este asentamiento territorial se logra (Mármora, 2002:112).

¿Cómo perciben los funcionarios...

En la percepción de algunos funcionarios, los desplazados son personas que reúnen todas las vulnerabilidades, a quienes les han sido violados sus derechos, empezando por el derecho a escoger la libre residencia. Por eso son enfáticos en afirmar el derecho que tienen a elegir libremente el lugar donde quieren rehacer sus vidas. Para ellos, lo importante es el restablecimiento, independiente de en dónde esto ocurra, si en el campo o en la ciudad: “Respeto a la voluntad de la gente, y respeto a la seguridad de la gente” debería ser la máxima que guiara la acción gubernamental.

Según esta postura son los desplazados y no los entes gubernamentales quienes deben definir regresar a sus lugares de origen o quedarse en la ciudad. Aunque la ley estipula el análisis de las condiciones de seguridad para el retorno (es decir, que el conflicto que produjo el desplazamiento haya cesado), estos funcionarios insisten en la necesidad de reconocer, además de situaciones objetivas de este orden, el componente subjetivo que acompaña la decisión, pues dice uno de ellos: “Ya hemos visto que mucha gente se urbanizó y es imposible que se devuelva, tenemos que dejar que ellos tomen la decisión, buscarles otras cosas diferentes en la parte no agropecuaria”. No se trata entonces sólo de garantizar condiciones de seguridad o condiciones materiales sino de reconocer otros impactos en las subjetividades que finalmente orientan la decisión sobre la reconstrucción de sus proyectos de vida.

Para otros, en cambio, la libertad de elección es un sofisma. Son las condiciones las que generan reubicación o retorno, de hecho.

Retornar

La alternativa del retorno es vista desde dos perspectivas: Como la única solución al problema del desplazamiento en la ciudad o como la posibilidad más cercana al propósito de restablecimiento.

Todo esto son invasiones, la ciudad está sitiada. Mire la comuna 7, todo eso son desplazados, la 12 tiene todos estos desplazados, Belén ya tiene por acá también desplazados, entonces Medellín ¿qué esperanzas va a tener? (Entrevista a funcionaria de la Secretaría de Solidaridad Social. Corporación Región, 2003).

Tras estas imágenes de verdaderas hordas que sitian la ciudad, vienen argumentos centrados en la imposibilidad de su expansión. Según ellos, es imposible albergar nueva población y, por tanto, las alternativas deberían ser el retorno o la ubicación en otros centros urbanos.

Para otros este argumento es cuestionable: No es que no quepa más población en general, sino que no caben más pobres y, sobre todo, desplazados, porque de hecho cada día se ven más y más construcciones en estratos medios y altos y en zonas que también podrían estar cobijadas con el estatus de alto riesgo o de reserva geológica. Según lo que observa una funcionaria de la Seccional de Salud departamental, “si viene un inversionista sí cabe, y puede llegar incluso con un gran número de personas detrás y cabría si viene a hacer inversión, los que no caben son los que teóricamente no podrían aportar al desarrollo”. Se trata, según esto, más que de una constatación empírica (que podría ser incluso cierta) de un prejuicio que deriva en una actitud ex-

¿Cómo perciben los funcionarios...

cluyente frente a la población desplazada: son ellos los que no caben en la ciudad.

Algunos balances sobre la implementación de políticas de restablecimiento han señalado como uno de los principales obstáculos el temor de los funcionarios públicos de generar, con una buena atención, una especie de imán que atraerá nueva población (Acnur,2003; Codhes,2003; Sentencia T 602/03, Sentencia T-025/04). Por eso, independientemente de los análisis que sustenten la afirmación, la repetición continua de que “no cabe más gente” se propaga y se convierte muchas veces en mecanismo persuasor y contenedor.

Otro argumento que juega a favor del retorno es el de los peligros que corre el desplazado en la ciudad. Para casi todos los funcionarios es claro que al llegar a los asentamientos el desplazado se inserta no sólo en dinámicas de alta conflictividad armada sino en prácticas sociales y políticas que son y han sido propias de los procesos de invasión y colonización urbana. El mercado ilegal de tierras, en específico, parece ser una verdad de a puño: Los desplazados son objeto de especulación y ellos participan de este mercado, muchas veces por desconocimiento, otras porque es la única posibilidad de acceder a un lugar. Al tentáculo se suman las altas posibilidades de que terminen envueltos en redes de criminalidad, prostitución, mendicidad. Por eso la única posibilidad de salvarse es retornando a su lugar de origen.

Por otra parte, desde la mirada de quienes ven el desplazamiento como pérdida no sólo de bienes materiales, trabajo, relaciones,

sino de su identidad, quedarse en la ciudad sería el camino para eternizar el desarraigo cultural y la sensación de estar excluidos de la sociedad. Hacen énfasis en la importancia de reconocer el peso de la nostalgia que perdura convirtiéndose en un obstáculo para rehacer las vidas. Por esto, aunque no se ve el retorno como única posibilidad, sí es el que consideran se acerca más a las pretensiones del restablecimiento. Una funcionaria de la Unidad de Atención y Orientación al desplazado, –UAO–, dice al respecto:

Nosotros que escuchamos a la población desplazada continuamente: “es que no hay como el campo”, es que “¡qué rico estar con la tranquilidad, con la paz, produciendo y disfrutando lo que se hace!”; para ellos es muy cruel estar aquí, tener que estar en un semáforo, tener que estar en otra parte haciendo el recorrido... qué dicha que ellos puedan estar en el espacio donde se sienten bien pero en mejores condiciones: que en el campo hubiese estudio adecuado, condiciones de vida, televisión a color en todas las casas, que estuvieran en términos generales con bienestar. (Testimonio grupo de discusión. Corporación Región, 2003).

Aunque es claro que no es propiamente por estas carencias que la gente se desplaza, lo que interesa recalcar es cómo muchas veces estas miradas que ponen el centro en la pérdida de identidad abonan a la segregación en la medida que ven a los desplazados como portadores de una identidad esencial y no situacional, posible de modificar en el múltiple juego de interacciones sociales.

¿Cómo perciben los funcionarios...

A pesar de que la opción por el retorno ha sido la más reiterada también en las políticas públicas y especialmente en el actual período presidencial, otros funcionarios plantean críticas e interrogantes frente a esta forma de entender el restablecimiento. Se habla de un entendimiento restringido del retorno, entendiéndolo como algo exclusivamente rural. Y si bien muchos de los desplazados son campesinos no todos lo son; y si lo fueran, se han producido cambios en ellos y en lo rural que obligan a pensar otras alternativas de ruralidad, como afirma una funcionaria de la Secretaría Seccional de Salud Departamental:

El tema del retorno se ha agropecuarizado, porque lo estamos pensando sólo en función de lo agropecuario y en muchos pobladores rurales, y en el sector rural, ya no se habla sólo del sector agropecuario... se habla del desarrollo rural que son todas las actividades conexas a unos territorios de menos de x cantidad de habitantes, ya se está hablando de una nueva ruralidad... hay que pensar en otras alternativas de retornos intermedios, alternativas a los cascos urbanos con el desarrollo de otras opciones distintas al sector agropecuario. (Testimonio grupo de discusión. Corporación Región, 2003).

También encontramos la postura de quienes ven el retorno más que como resultado de una decisión de la población desplazada, e incluso de una política pública claramente establecida, como la muestra más fehaciente de una sociedad excluyente que no permite la incorporación de estos nuevos migrantes a la sociedad. Así lo piensa un funcionario de la Red de Solidaridad Social:

Ha habido históricamente una percepción de que son personas que no deberían estar acá, y si abrimos un poco esa compuerta son personas que no deberían estar acá porque tienen problemas en sus regiones, porque fueron expulsados, porque traen una cultura diferente, una raza diferente, un modo diferente de ver la vida y que deberían estar allá, entonces los ciudadanos han pensado que los desplazados no deberían estar aquí, sino a donde pertenecen, esa es una actitud excluyente que me parece que contrasta con nuestra gran, digamos, imagen de solidarios. (Entrevista a funcionario de la Red de Solidaridad Social. Corporación Región, 2003).

Si bien el retorno parece ser la alternativa en la que confluyen las distintas posturas de los funcionarios, la manera como se construye el argumento varía según sea la representación que se tenga de quienes han vivido el desplazamiento. Así, no es lo mismo plantearlo como un camino posible para garantizar la recuperación de los vínculos sociales, el trabajo ligado al saber, el reconocimiento social, la historia individual y colectiva, que como la alternativa para desconcentrar la ciudad de gente foránea. En este caso, dependiendo de donde se ponga el acento, el resultado, en términos de las posibilidades reales de restablecimiento, será radicalmente distinto.

Quedarse

¿Por qué se viene la gente para Medellín? y ¿por qué se queda? En la decisión de venirse para Medellín juegan, desde la versión de quienes viven la experiencia del desplazamiento, múltiples factores, siendo el principal el que existan previamente redes

¿Cómo perciben los funcionarios...

de apoyo familiares o parentales. Pero no se trata propiamente de una decisión mediada por la “libre elección”. En muchos casos es sencillamente la única posibilidad de salvar la vida. Lo cierto es que, después de llegar, la mayoría de estas personas no quieren retornar a sus lugares de origen y prefieren quedarse en la ciudad¹².

Desde la mirada de algunos funcionarios públicos esta “decisión” de quedarse en la ciudad está fuertemente influida por un imaginario de progreso, modernidad, oportunidad, que llega a ellos a través de otros paisanos que han llegado para quedarse y, especialmente, a través de los medios de comunicación. La interpretación que al respecto tiene una funcionaria de Planeación Municipal es que:

A la ciudad vienen desplazados y no desplazados creyendo que en Medellín solucionan todos sus problemas... porque todavía sigue ese imaginario colectivo de que en Medellín sí se pueden solucionar problemas, y de hecho sí se solucionan los problemas... porque aquí, así usted viva en zona de alto riesgo, tiene servicios públicos. (Testimonio grupo de discusión. Corporación Región, 2003).

Además de la infraestructura y los servicios domiciliarios, otro elemento al que se da peso en lo que se interpreta como la decisión de llegar y quedarse en la ciudad es el de la posibilidad de

12. Según informe de la Personería de Medellín, para el año 2003 el 70.5% de las personas que llegaron a la ciudad no tenía intención de retornar. Aunque la cifra de desplazamiento es mucho menor que en los años anteriores, la percepción de riesgo para sus vidas y de que no hay futuro en los lugares de origen, lleva a que la intención de retorno prácticamente no disminuya.

subsistencia, ya sea a través del rebusque, la mendicidad o, los con mayor fortuna, el acceso a empleos precarios. Los recorridos, por ejemplo, son reconocidos por los funcionarios como la principal práctica de supervivencia en la que se combinan elementos de solidaridad y mendicidad. Para ellos estas prácticas y otras formas de asistencialismo públicas y privadas se convierten en un incentivo para quedarse en la ciudad. Si se mira desde un punto de vista desprevenidamente, se trata de un imaginario al que los funcionarios mismos no escapan, es decir, ellos efectivamente piensan que la ciudad ofrece mejores condiciones de vida que el campo, pero si esa misma idea es asumida por los migrantes es evaluada como espejismo y engaño.

Para otros, lo que más pesa realmente en la opción de quedarse en Medellín, más allá de las condiciones materiales, es simple y llanamente el modo de vida urbana, “las luces de la ciudad”. Según el coordinador de la Unidad de Atención y Orientación al desplazado:

Una familia puede tener las condiciones más favorables para el retorno y simplemente no lo desea hacer, por una cosa muy simple: por el derecho constitucional de elegir dónde quedarse, porque ya le gusta la ciudad, porque le gusta el ruido, la dinámica urbana, le gusta la luz, le gusta la tecnología, le gusta que haya calles pavimentadas y ya no le gusta lo rural. (Entrevista a coordinador de la Unidad de Atención al Desplazado, UAO. Corporación Región, 2003).

Para estos funcionarios lo anterior es especialmente significativo en el caso de los jóvenes, para quienes en su mayoría, y a pesar

¿Cómo perciben los funcionarios...

de la precariedad de las condiciones de vida en cuanto al acceso a la recreación, la educación, el empleo y la salud, la ciudad representa posibilidades de un mundo abierto que no les ofrece el campo¹³.

Finalmente encontramos la mirada de quienes entienden que quedarse en la ciudad es una forma de aplicar el derecho a la ciudad, no por la situación de desplazamiento que han sufrido, sino por el simple hecho de ser ciudadanos colombianos y, en un contexto de globalización, “ciudadanos del mundo”. Esta es, por ejemplo, la postura de una funcionaria de Planeación Municipal:

Creo en el derecho a la ciudad y más hoy que hablamos de la globalización, me refiero a la globalización en términos culturales, no económicos, pues es un derecho a ser ciudadanos del mundo, y en ese sentido yo tengo derecho a vivir en cualquier ciudad del mundo. Entonces, ¿por qué una persona de la nación de Colombia no puede querer ser ciudadano de Medellín, estando en Anzá o en otro municipio de Antioquia, cuando de todas maneras ya llegó y quiere quedarse ahí? En ese sentido yo diría que prima un elemento fundamental y es el derecho a la ciudad, que no está reservado. (Entrevista a funcionaria de Planeación Municipal. Corporación Región, 2003).

En efecto, hoy como siempre, la ciudad es escenario de disputas, de interacciones, de conflictos de intereses. Desde la pers-

13. Una exploración específica sobre los jóvenes en situación de desplazamiento puede encontrarse en: Gómez, Vélez y Fernández, 2003.

pectiva del derecho a la ciudad, estos nuevos migrantes revelan nuevas prácticas que hablan no sólo del derecho a quedarse sino de construir la ciudad (Naranjo y Hurtado, 2003).

Ya sea desde la perspectiva del retorno o de quedarse, es bastante fuerte el referente territorial en la interpretación de la política de restablecimiento. La posibilidad de restablecer la vida para quienes han sido desplazados forzosamente de su lugar, tiene que ver con el territorio, pero no de manera exclusiva. Más allá de esto tendrían que ponerse, en primer lugar, las posibilidades de reparación material y moral. No importa dónde ocurra.

¿Cuándo cesa la condición de desplazado?

Un tema que sale a flote de manera recurrente es cómo entender legalmente la figura del desplazado; si se trata de un estado permanente o si hay algún momento en que pueda decirse “dejó de ser desplazado”. Según la ley 387, la condición de desplazado forzado cesa “cuando se logra la consolidación y estabilización socioeconómica, bien sea en su lugar de origen o en las zonas de reasentamiento” (art.18). La interpretación de este postulado corresponde en buena medida también a las percepciones sobre el desplazado y el desplazamiento a las que se ha hecho alusión.

De la percepción del desplazado como vividor se desprende una interpretación según la cual la extrema dependencia que estos tienen con “la ayuda” del Estado o de la caridad de la sociedad, genera que asuman el desplazamiento no como una situación sino como un modo de vida al que difícilmente quieren renun-

¿Cómo perciben los funcionarios...

ciar. Es así como se interpreta la sucesión de demandas que algunos de estos realizan para acceder a la vivienda, la educación, el empleo; “siempre quieren más”. Según esta mirada, las obligaciones del Estado para con la población desplazada se deben limitar a tres meses de ayuda humanitaria; momento a partir del cual, los desplazados son los que deben jugar un papel protagónico en la conducción de sus vidas y en su inclusión social: “Son ellos los que deben incluirse”.

Se les va a dar asistencia básica y ayuda en lo mínimo, porque ellos tienen que aprender a sobrevivir, la idea aquí es que aprendan a sobrevivir, y no el Estado a hacerles de todo, que ellos mismos se incluyan en la ciudad que están compartiendo y que respeten la ciudad con sus obligaciones, derechos y deberes. (Entrevista a funcionaria Secretaría de Solidaridad. Corporación Región, 2003).

Según este testimonio, que cese la condición de desplazado tiene que ver con que estas personas puedan volver a disponer de una serie de dotaciones mínimas y es una responsabilidad básicamente del desplazado mismo. El concepto de reparación material y moral está totalmente ausente de este planteamiento.

Para otro funcionario, la imposibilidad de que en las actuales condiciones pueda hablarse de que cesa la condición de desplazamiento tiene que ver con su incapacidad para el ejercicio ciudadano. Su percepción es que los desplazados se insertan en el mundo de la ilegalidad y, por eso, difícilmente aceptan otras reglas de juego que, aunque los acercan más a un concepto de

ciudadanía, los alejan de los supuestos “beneficios” de su condición de desplazados:

Cuando esta población recibe, por ejemplo, un subsidio de vivienda y se hace a una vivienda, no quiere pagar el impuesto predial, ni los servicios públicos, porque tiene sembrados valores de gratuidad, de ocio, de no gestión, de estar acusando, estar señalando, estar diciendo que no les han cumplido... La gente encuentra que es mucho más productivo estar poniendo quejas que estar gestionando. (Entrevista a funcionario del Simpad. Corporación Región, 2003).

Desde estas posturas lo que se pone en cuestión es la pertinencia de la categoría de desplazado y de acciones focalizadas que se desprenden de las políticas públicas existentes. Se propone no hablar de políticas para los desplazados sino para la inclusión de nuevas ciudadanías, en las que podría cobijarse a la población desplazada y a otros grupos poblacionales excluidos. Esto evitaría la discusión sobre cuándo cesa la condición de desplazado y le pondría un techo más universal.

Es mejor hablar de proyectos de nueva ciudadanía, nuevos vecinos o de vecindario, tratarnos todos como iguales, sumándole a la persona que ha sufrido ese desplazamiento... esa categoría no le aporta a un proyecto de nueva ciudadanía, a un proyecto de ciudad para todos, frente a eso es importante hablar de la universalidad de los derechos, poniendo a la gente en igualdad de partida frente a los demás, pero no creando categorías que ya se han pervertido. (Entrevista a funcionario del Simpad. Corporación Región, 2003).

¿Cómo perciben los funcionarios...

Esta discusión ha sido abocada a propósito de fallos de tutela en los que se pone al centro la necesidad de que el Estado realice acciones positivas a favor de esta población, a la que se reconoce como en un estado de vulnerabilidad extrema y frente al cual tanto el Estado como la sociedad están en la obligación de procurar, por todos los medios, una reparación material y moral (Sentencias T602/03, T269/03, T025/04).

Con esta interpretación coinciden muchos otros funcionarios para quienes el que exista la categoría del desplazado en la legislación y la política pública, por un lado permite visibilizar un problema de magnitudes importantes en el país, pero por otro posibilita una atención diferenciada de una población en abierta desventaja con respecto al resto de la población. También desde esta mirada hay incertidumbre con respecto a que efectivamente pueda haber condiciones que permitan hablar de que la condición de desplazado ha cesado; sin embargo, se relatan ejemplos en los que, como dice la ley, la gente ha podido rehacer sus vidas:

La afectación no cesa, el hecho de que una persona sea o haya sido en algún momento de su historia desplazado, lo va a acompañar por siempre. Ahora bien, creo que de pronto sí puede ser transitoria la condición de desplazado; en algunos casos la gente ha retornado y ha vuelto a su vida normal, hemos tenido desplazamientos que duran horas, que duran semanas, hay desplazamientos que duran meses, hemos tenido que duran años y en algunos de esos casos la gente vuelve a recuperar las condiciones que tenían antes del desplazamiento. (Entrevista a funcionario de la Red de Solidaridad. Corporación Región, 2003).

A pesar de que la ley habla del logro de unas condiciones de restablecimiento independientes del tiempo y el espacio, es indudable que el componente temporal tiene un peso importante en la reflexión que sobre este tema realizan los funcionarios:

Uno va a los asentamientos, recibe la gente acá, y sabe que hay gente que le dice a uno, “yo soy desplazado” y ¿cuánto lleva?, seis años, cinco años, entonces uno dice ¿será desplazado? No. Ya es un habitante más de la ciudad de Medellín, en la práctica dejó de ser desplazado, en la ley dice que lo sigue siendo por un asunto que es claro, las condiciones en que vive acá son diferentes a las que vivía en su lugar de origen, la mayoría de las veces y en detrimento de su condición de vida, porque hay unos que estaban tan mal donde estaban, que llegan aquí y cualquier cosita que se consiguen ya es ganancia para ellos, pero eso es la condición excepcional, la de muy pocos. (Entrevista a coordinador de la Unidad de Atención al Desplazado, UAO. Corporación Región, 2003).

Como vemos, si bien se reconoce que las condiciones de marginalidad y exclusión persisten, la variable temporal crea incertidumbre con respecto a si lo que sencillamente ocurre es que entran a hacer parte de la masa de excluidos de la ciudad. La respuesta ante esto para algunos es clara: Puede haber incluso mejores condiciones de vida, algunos niveles de integración e inclusión, pero el desplazamiento está marcando para siempre las vidas de la gente. Reparación no significa olvido. “Hay casos donde la gente ha encontrado algunas oportunidades de desarrollo socioeconómico en la ciudad; sin embargo, no olvida”.

¿Cómo perciben los funcionarios...

Teóricamente, el desplazamiento no constituye o no debería constituir una identidad¹⁴. Por eso, decimos, las personas no son desplazadas; han vivido el desplazamiento forzado y esto, lo sabemos, marca sus vidas para siempre. Pero no son una masa homogénea con la que se puedan realizar ejercicios clasificatorios para aprehenderlos en su supuesta esencia identitaria. No obstante, lo que nos permite concluir la aproximación a estos imaginarios es que justamente en la manera como han sido reconocidos socialmente les han sido imputadas identidades que oscilan entre la peligrosidad y el sufrimiento, todas ellas claramente simplificadoras y discriminatorias. Muchas de estas representaciones son introyectadas no sólo por los funcionarios públicos o la sociedad receptora sino por la misma población que ha vivido el desplazamiento, que, en muchos casos, hace suya la mirada que han construido sobre ellos.

Algunas de estas percepciones revelan procesos de estigmatización que impiden su integración social. Como era de esperarse, no se trata de posturas abiertamente excluyentes, por el contrario, la mayoría de las veces están precedidas de declaraciones morales que reivindicán su condición de víctimas y la respon-

14. A nuestro modo de ver, esta es una discusión central desde la perspectiva del reconocimiento. A propósito, María Teresa Uribe plantea la discusión en términos de cuestionar el desplazado como una identidad imputada (Secretariado Nacional de Pastoral Social: 2001). Flor Edilma Osorio coincide en este cuestionamiento y propone decodificar la categoría alrededor de tres conceptos: la situación, referida a la condición material; la posición, que alude al lugar que ocupa en la sociedad; y la condición, que tiene que ver con las representaciones socialmente construidas sobre quienes son los desplazados (Osorio: 2001). También Donny Meertens (1999) lo ha planteado como tema de reflexión desde una perspectiva de género; y Manuel Delgado (2002), ligado a una crítica al planteamiento de la diferencia de los multiculturalistas.

sabilidad de la sociedad para con ellos. Se trata de prejuicios latentes, esas formas de xenofobia que subsisten de forma soterrada al interior de las sociedades y se traducen o bien en formas de distanciamiento o en expresiones abiertas de exclusión (Mármora, 2002:72).

REFLEXIÓN FINAL: MIEDOS Y DESPLAZAMIENTO

A partir de la aproximación que hemos hecho a la problemática de desplazamiento desde la perspectiva de los miedos y su incidencia en las formas de inclusión y exclusión de la población desplazada en Medellín, podemos resaltar lo siguiente:

Sobre la experiencia del desplazamiento

- A través del desplazamiento forzado es posible reconocer el peso de las experiencias de terror, miedo y muerte en las historias individuales y colectivas que han vivido importantes sectores de la población en Colombia y, a su vez, el escaso reconocimiento de estas experiencias como parte de nuestra memoria colectiva. A pesar de lo que significa en términos humanitarios el que casi tres millones de colombianos tengan entre sus relatos vitales el desarraigo y el dolor, no se ha logrado incorporar el sentido de este drama a la narración

de lo que somos hoy como país y como nación. Esto incide de manera directa en los sentidos que las propias personas que han vivido el desplazamiento construyen sobre su experiencia. En la mayoría de los casos ésta es interpretada como un castigo divino, como producto de la fatalidad del destino o de la mala suerte, pero no como parte de la historia social y política que hemos vivido, y de la cual ellos hacen parte, lo que limita de manera evidente no sólo las posibilidades de elaboración de las pérdidas sino la tramitación de los derechos que les han sido vulnerados ante un Estado y una sociedad que escasamente reconoce su responsabilidad social, política y moral con esta población.

- Como ya las estadísticas lo han sugerido, el miedo ocupa un lugar importante entre las causas que producen el desplazamiento, lo que da cuenta, por lo menos, de una doble dimensión: el miedo es usado, alimentado y propagado de manera explícita como parte de las estrategias de guerra empleadas por los diferentes actores armados para subyugar la población y, especialmente, para provocar el abandono del lugar y ejercer un control sobre los territorios. Pero también, es un sentimiento que activa en las personas alarmas de defensa y protección; en este caso, el desplazamiento es una respuesta al miedo que busca preservar la vida. Esta doble dimensión del miedo pone de presente su dimensión social y colectiva y su preponderancia en contextos de guerra.
- En relación con la pregunta por los motivos que originan el desplazamiento, consideramos de gran importancia resal-

tar el hallazgo según el cual, la gente también se desplaza como una forma explícita de resistir a las dinámicas de la guerra y a los intentos de dominación por parte de los actores armados. Tanto las mujeres que huyen para evitar que sus hijos sean reclutados por los grupos armados, como los hombres que deciden sustraerse a sus designios, se reconocen como parte de los sectores sociales del país que dicen No a la Guerra. Esta autopercepción se contrapone a las representaciones que asocian a la población desplazada con los actores armados y como propagadores del conflicto armado que, como vimos, circulan y tienen bastante peso en diversos sectores de la sociedad.

Sobre el proceso de inserción a la ciudad

- Si bien el desplazamiento es una respuesta al miedo, este no desaparece con la llegada a la ciudad. Entre las experiencias de miedo y terror vividas por la población desplazada desde sus lugares de origen hasta los lugares donde se instalan, en este caso la ciudad de Medellín, lo que predomina son las continuidades, dada la presencia en los asentamientos de actores armados que, al igual que en el campo, se disputan el control de territorios apelando a la utilización de amenazas, muertes selectivas, y al establecimiento de mecanismos de control sobre la población civil. A ello se suman los temores que les suscita el hecho de vivir en zonas de alto riesgo y los sentimientos de inseguridad y desconfianza que, como habitantes de la ciudad, se experimentan frente a problemas de violencia y delincuencia.

Reflexión final

- En estas condiciones, la ciudad no es un lugar de refugio para las víctimas de la violencia en las áreas rurales, como parece haber acontecido con anteriores generaciones de migrantes. La convivencia con diversos tipos de miedos e incertidumbres forma parte de su vida cotidiana, consagrando la desconfianza como regla de comportamiento; esto dificulta la creación de lazos sociales y oscurece las visiones que se construyen frente al otro y frente a la ciudad misma. En este sentido afirmamos que uno de los principales impactos del miedo es el debilitamiento o la imposibilidad de construcción de tejido social.
- Pero aunque el miedo separa y crea barreras, también suscita otro tipo de junturas. Esto puede leerse desde el momento mismo de la huida en la que se hace uso de todo tipo de apoyos vecinales y familiares que permitan efectivamente escapar, y también en el lugar de llegada, en prácticas que hacen uso de relaciones familiares, parentales y vecinales para el aprendizaje de estrategias que acuden a la solidaridad de los habitantes de la ciudad, y en menor medida, de las instituciones sociales y públicas, para sobrevivir. Es a través de estos vínculos y prácticas que puede hablarse de la construcción de unos lazos sociales que, aunque precarios, ayudan a soportar el diario vivir y dan un tenue sentido de pertenencia.
- Las personas que han vivido el desplazamiento tienen en común el dolor, la pérdida, el desarraigo y quizás, los temores y la incertidumbre hacia el futuro, pero no son una comunidad homogénea a la que puedan otorgarse característi-

cas identitarias. Por esto, no basta con haber vivido el desplazamiento para asumir la condición de desplazado, esto hace parte de un aprendizaje social mediado por los propios trayectos personales, el mundo de creencias, los recursos con que cada quien cuenta para hacer frente a la pérdida. Sin embargo, asumir la situación de desplazamiento como parte de la identidad, lo cual se revela en la expresión “soy desplazado”, es un recurso al que se acude de acuerdo a las circunstancias: identificarse como desplazado u ocultar esta condición hacen parte justamente de las estrategias de supervivencia y adaptación a la vida en la ciudad.

- Las personas desplazadas por la violencia, como otros migrantes, son parte de una construcción social de la que participan sus propias autopercepciones y las que sobre ellos construye el conjunto de la sociedad. De su parte, las miradas oscilan entre ser víctimas y, por ello, merecedores de ayuda social y estatal (en la mayoría de los casos como sujetos pasivos), o sujetos y ciudadanos y, por tanto, impedidos a reclamar los derechos que les han sido vulnerados. Aunque también en la sociedad receptora se coincide en la percepción como víctima (en condición de minusvalía), son más fuertes las miradas peligrosistas que depositan en las personas que han vivido el desplazamiento y llegan a la ciudad todo tipo de temores relacionados con la expansión del conflicto armado o la agudización de problemas sociales ya existentes (pobreza, desempleo, inseguridad, sobrepoblación). El resultado es una construcción social que impide el reconocimiento de estas personas en la calidad de ciudada-

nos con sus posibilidades de inclusión social, y también la asunción de la responsabilidad que posee la sociedad y el Estado en la reparación material y moral de esta población. Se trata entonces de construcciones sociales claramente mediatizadas por el miedo, que en efecto crean mayores posibilidades de marginación y exclusión.

- Así como la población desplazada no es homogénea, tampoco lo es la receptora. La pertenencia a un estrato social, la cercanía espacial, el nivel de formación académica, la relación con los medios de comunicación, entre otros factores, inciden en las nociones que se construyen frente a la población desplazada como un Otro. Por ejemplo, aunque la condición de pobreza y marginalidad en que se encuentran los habitantes de sectores aledaños a los asentamientos activa mecanismos de solidaridad, también se generan tensiones por los perjuicios que puede acarrear la cercanía con estos recién llegados, en competencia por unos recursos escasos. En los sectores medios y altos, si bien hay una mayor proximidad a una interpretación social y estructural del problema, y desde ahí se practican relaciones de solidaridad, también se activan temores que los hacen coincidir con otros sectores de la sociedad que ven, como alternativa para ellos y la sociedad, la del retorno a sus lugares de origen.
- Es reveladora la escasa alusión que por parte de esta población se ha hecho al Estado, salvo aquellos casos en donde se le nombra para hacer manifiesta la sensación de abandono en los momentos más difíciles y el descontento por la dificultad para acceder a ayudas que se les prestan a quienes

puedan demostrar que son desplazados. No hay, de parte de la población desplazada, una representación del Estado ni como responsable de lo que les ha sucedido ni como garante de sus derechos. Lo que resulta asombroso es como esta misma opacidad se encuentra en los propios funcionarios estatales, quienes, o bien por la vía de recalcar la precariedad estructural del Estado para responder a situaciones de esta magnitud, o por la de responsabilizar a la propia población de la situación que viven, y sobre todo, de la posibilidad de superar sus actuales condiciones de vida, terminan desvirtuando su papel como garantes de lo público y del bienestar de la población, en especial de los sectores más desprotegidos.

- En lo que respecta a su experiencia de vida en la ciudad vale destacar los cambios que se han producido en las vidas de hombres y mujeres que han llegado desplazados. Si bien unos y otras comparten el miedo a un nuevo desplazamiento y en cierto sentido reconocen que la “sombra de la guerra” los acompaña también en la ciudad, este temor se acentúa entre los hombres, quienes viven con el temor de ser señalados o reclutados por los actores armados, en virtud de lo cual se sienten más desprotegidos y de alguna manera limitados para la reconstrucción de sus proyectos de vida. Para las mujeres, los miedos se ubican más en el mundo doméstico, y están relacionados con los abusos que vecinos o personas desconocidas puedan cometer contra sus hijos, con su reclutamiento por los actores armados presentes en los asentamientos, la pérdida de sus viviendas, o la desintegración de la familia. También

aquí se pone en evidencia la situación de desprotección en la que se encuentra esta población y la incapacidad del Estado para brindarles seguridad. De nuevo, depositar esta función en la propia defensa o en grupos al margen de la ley parece ser la opción más clara.

- En relación con la procedencia es pertinente subrayar cómo la pertenencia al Urabá o al Oriente antioqueños no marca diferencias en las experiencias de miedo y terror vividas, ni tampoco en sus posibilidades de inclusión en la ciudad. Sin embargo, como se pudo constatar, en el caso de las personas desplazadas de Urabá se corre el riesgo de ser discriminados por el mero hecho de provenir de una “zona roja” o de ser negros, lo que agrega al estigma de ser desplazado discriminaciones de tipo racial. Al mismo tiempo, es en este grupo poblacional donde encontramos algunas ventajas comparativas en su adaptación a la ciudad, en cierto modo provenientes de una larga historia de movilidad intrarregional de la que muchos han participado y que reconocen hoy como una importante fuente de aprendizajes relacionados con una cierta disponibilidad para dejar todo y volver a empezar.
- Las visiones que se construyen sobre el futuro están mediadas de manera directa por el tipo de elaboración que se ha hecho de las pérdidas y por los trayectos de vida. Lo predominante es un sentimiento de incertidumbre alimentado por una baja confianza en sus capacidades para conducir la vida, el escepticismo frente a las posibilidades de ponerle fin a la guerra y un sentimiento de desamparo y desconfianza frente al Estado.

Vale resaltar la importancia de la religiosidad. Como hemos visto, es desde este mundo de creencias que muchas de las personas que han vivido el desplazamiento dan sentido a su experiencia, ya sea como designio divino o como prueba de superación y fe; pero también, es lo que les provee de unas certezas mínimas frente al futuro, bien porque el buen Dios no los ha desamparado y no lo hará mañana o, en la visión apocalíptica, porque el fin de todas formas está por llegar y nadie, ni el gobierno, ni ellos mismos, lo pueden evitar. En este sentido podemos decir que la creencia religiosa llena un vacío dejado por la inexistencia de un relato social que no esté marcado ni por la culpa ni por la suerte y ponga al centro a los sujetos y a la sociedad.

Sobre las políticas públicas

- Los resultados de esta investigación ponen en evidencia la importancia del componente subjetivo en la posibilidad de lograr el restablecimiento, entendiéndolo por ello no sólo el acceso a derechos sino la reparación moral de la población. Por tanto, debería ser asunto de política gubernamental la promoción de procesos que aporten a la desestigmatización y a la no discriminación de la población desplazada por el mero hecho de serlo. Estrategias con este sentido deben estar dirigidas al conjunto de la sociedad pero de manera muy particular a los servidores públicos. En otras palabras, la sensibilización y desestigmatización deberían ser claramente asumidas como un campo en el que se juega, de manera

importante, la posibilidad de reconocimiento de la población y de construcción de lo público. Para esto, el suministro de información objetiva sobre los procesos de desplazamiento y su impacto en la ciudad juega un papel central. Así mismo, acciones dirigidas intencionalmente hacia la desactivación de los prejuicios a los que se ha hecho mención.

- En términos de políticas, es necesario insistir sobre la necesidad de que la administración local se dote de una política gubernamental que si bien se nutra de postulados nacionales, plantee, de acuerdo a la especificidad de la localidad, los retos que se asumen en términos de la inclusión social de esta población. Hay construcciones sociales e históricas locales y regionales que explican en muchos sentidos las posibilidades y limitaciones para la inclusión social de esta población. En este sentido, es urgente adoptar un enfoque urbano regional que permita no sólo explicar el fenómeno sino construir alternativas, más allá de la manida oposición campo-ciudad.
- Para la construcción e implementación de una política pública sobre desplazamiento desde una perspectiva democrática se requiere asumir a cabalidad un enfoque de derechos en los que se cobijan todos a los que tienen derecho cualquier ciudadano y, de manera particular, el derecho a la reparación, como propio de esta población. En otras palabras, una política de acción positiva para con la población desplazada que reconozca los grados de vulnerabilidad en que se encuentra y la responsabilidad del Estado y la sociedad para con su reparación social y moral.

- Dichas acciones positivas requieren de un enfoque diferencial que permita atender las particularidades de la población desplazada desde dimensiones étareas, de género y cultura. Esto no invalida la necesidad de que existan estrategias que no discriminen entre los desplazados y los llamados pobres históricos, en el sentido de que son formas de intervenir el entorno, de favorecer una mejor calidad de vida y de propiciar procesos intersubjetivos de integración e inclusión social.
- Por otro lado y en la perspectiva del impacto del desplazamiento en la política urbana, necesitamos ahondar en el sentido de lo que significa el derecho a la ciudad para esta nueva generación de pobladores, lo cual pasa por el acceso a derechos vitales como el de la vivienda, pero también por reconocer su papel y sus aportes en la construcción cotidiana de la ciudad, tal y como ha sucedido con otras generaciones de migrantes.
- Creemos también que es urgente poner en las agendas públicas el tema de la reparación moral. Con razón, este tema ha salido a relucir a propósito de la negociación del conflicto armado y en particular al tema de la verdad, la justicia y la reparación. Pero no puede esperarse a que haya una negociación o una situación de postconflicto para desarrollar acciones encaminadas en tal sentido. No sólo los actores armados, también la sociedad y el Estado estamos en la obligación ética y moral de reconocer las heridas morales que acompañan a esta población. Para esto es preciso entender que el restablecimiento no alude ni sólo al acceso a bienes ni

Reflexión final

a un componente territorial. No importa en dónde, a lo que estamos abocados como sociedad es a la reparación material y moral de esta población. Este debe ser el reto.

Finalmente, en lo que tiene que ver con la labor investigativa, es claro que se requieren nuevos ejercicios que permitan un mejor conocimiento de la experiencia del desplazamiento desde las mismas personas que lo han vivido, pero también desde las sociedades receptoras y desde quienes implementan las políticas públicas; que reconozcan la dimensión cultural y simbólica del desplazamiento; que ahonden en la relación con la identidad y el territorio; con las nociones y vivencias de la pobreza y la seguridad; que profundicen en un enfoque diferencial de género, edad, etnia, procedencia, en fin, nuevos ejercicios que permitan conocer más sobre el desplazamiento forzado y aporten a la construcción de propuestas y políticas más cercanas a las necesidades de la población y a la magnitud del problema.

Referencias bibliográficas

- Acevedo, Óscar Fernando. ¿Cuáles son las consecuencias del miedo y el terror para la democracia en Colombia?. Mimeo, (sf)
- Acnur. (2003). Balance a la política de atención al desplazamiento interno forzado en Colombia. 1999-200. www.acnur.org. Consulta realizada el 20 de octubre.
- Agier, Michel. (2000). La Antropología de las identidades en las tensiones contemporáneas. En: Revista Colombiana de Antropología Volumen 36. Bogotá: Icanh, enero-diciembre. Págs. 7-18.
- Alcaldía de Medellín. (2004). Plan de Desarrollo de Medellín, 2004. Disponible En: www.medellin.gov.co (en línea), consulta: 26 de abril.
- Anna Harendt. (1974). Los orígenes del totalitarismo. Madrid: Taurus.
- Archila, Mauricio, et.al. (2002). Veinticinco años de luchas sociales en Colombia 1975-2000. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular —Cinep—.
- Beck, Ulrich. (2000). La democracia y sus enemigos, Barcelona: Paidós Studio.
- , (1998). La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad. Barcelona: Paidós.
- Beck, Ulrich et al. (1996). Las consecuencias perversas de la modernidad. Autores, textos y temas. Barcelona: Antrophos.
- Bello, Marta Nubia. (2001). Desplazamiento forzado y reconstrucción de identidades. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.
- Bello, Marta Nubia; Cardinal, Elena y Arias, Fernando (2000). Efectos psicosociales y culturales del desplazamiento. Bogotá: Universidad Nacional, Fundación Dos Mundos y Corporación Avre.
- Berezin, Ana N. (1989). La oscuridad en los ojos. Ensayo analítico sobre la crueldad. Barcelona: Homo Sapiens ediciones.
- Blair, Elsa. (2003). Experiencias de guerra desde la voz de las mujeres. En: Nómadas, N° 19. Bogotá: Universidad Central. Págs. 106-116.

Referencias bibliograficas

- Bodei, Remo. (1995). Geometría de las pasiones. Miedo, esperanza, felicidad: filosofía y uso político. México: Fondo de Cultura Económica.
- Canetti, Elías. (1995). Masa y poder. Alianza Editorial.
- Castaño, José Alejandro. (2003). Trece de Noviembre, barrio de líderes y esfuerzos. Citado en: Historias del barrio Isaac Gaviria, Trece de Noviembre. Medellín: Municipio de Medellín: Secretaría de Educación y Cultura, Personería de Medellín.
- Castillejo, Alejandro. (2000). Poética de lo otro. Antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Colciencias.
- Celis, Andrés. (2002). La política pública de atención a la población desplazada y la necesidad de incorporar un enfoque de derechos en su formulación y su ejecución. En: Destierros y desarraigos. Memorias del II seminario internacional desplazamiento implicaciones y retos para la gobernabilidad, la democracia y los derechos humanos. Bogotá: Oficina de Protección del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados en Colombia —Acnur—, Codees. Págs. 289-310.
- Codhes. (2004). Consultoría para los derechos humanos y el desplazamiento. Disponible en: www.codhes.org.co
- . (2002). Consultoría para los derechos humanos y el desplazamiento. Desplazamiento, implicaciones y retos para la gobernabilidad, la democracia los derechos humanos. En: II Seminario Internacional sobre desplazamiento en Colombia, disponible en: www.codhes.org.co/balance/políticas/población.htm.
- . (2002). Boletín No XX. Bogotá, Colombia, mayo 9.
- Codhes y Unicef Colombia (1999). Un país que huye: Desplazamiento y violencia en una nación fragmentada. Bogotá: Codhes
- Colombia, Congreso de la República. (1997). Ley 387 de 1997 por la cual se adoptan medidas para la prevención del desplazamiento forzado; la atención, protección, consolidación y estabilización de los desplazados internos por la violencia en la República de Colombia. Diario oficial, Año CXXXIII N° 43091. 4 de julio. Pág.1.
- Colombia, Juzgado 51 Penal del Circuito de Bogotá. Derecho al restablecimiento. Atención diferencial a la población en situación de desplazamiento, Jaime Araújo Rentería et al. Bogotá: Sala Primera de Revisión de la Corte Constitucional, 2003.
- Correa, Lina y Gil, Max. (2002). Políticas Públicas de atención al desplazamiento forzado en Colombia: una tarea inconclusa. En: Boletín Desde la Región N° 37. Medellín: Corporación Región, agosto. Págs. 28-34.
- Corte Constitucional Sentencia: T-025 de 2004. Magistrado ponente: Manuel José Cepeda Espinosa.

- , T-602/2003 Magistrado ponente: Jaime Araújo Rentería.
- , T-268/20003 Magistrado ponente: Marco Gerardo Monroy Cabra.
- , SU-1150/2000. Magistrado ponente: Eduardo Cifuentes.
- Cortés Rodas, Francisco. (2001). El proyecto político democrático y la cuestión de los derechos humanos sociales. En: Ciudadanía y Derechos Humanos Sociales. Editores, Alonso Manuel Alberto, y Giraldo Ramírez, Jorge. Medellín: Edición ENS.
- Delgado Ruiz, Manuel. (1999). El animal público. XXVII Premio Anagrama de Ensayo. Barcelona: Anagrama.
- , (1997). La ciudad anterior: Mito, memoria e inmigración. En: Memoria y ciudad. Medellín: Corporación Región. Págs. 33-46.
- Deng M; Francis. (1999). Derechos humanos, éxodos en masa y personas desplazadas. Informe del representante del Secretariado General de las Naciones Unidas, 1998. En: Atención a la población desplazada por el conflicto armado. Compendio de políticas y normas. Santafé de Bogotá: Red de solidaridad social.
- Delumeau, Jean. Ferrajoli, Luigi. (1999). Derechos y garantías. La ley del más débil. Madrid: Ed. Trotta.
- , (1989). El miedo en occidente. Siglos XIV-XVIII: una ciudad sitiada. Madrid: Tauros.
- García, Clara Inés. (2003). La sociedad frente a la guerra. Acción colectiva en localidades y regiones de Antioquia. Ponencia presentada al seminario Obstacles to robust negotiated Settlements. Bogotá: Institute New México y Universidad Javeriana.
- , (1996). Región, actores y territorio, 1960-1990. Bogotá: Cerec-Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia.
- , (1994). Movimientos cívicos y regiones 1960-1990. Tomo II, Oriente Antioqueño. Medellín: Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia.
- Giddens, Anthony. (2000). Un mundo desbocado Los efectos de la globalización en nuestras vidas. Madrid: Grupo Santillana.
- Gómez, Clara Elena et al. (2003). Aprendizajes significativos sobre la ciudad en jóvenes que han vivido desplazamiento forzado en la ciudad de Medellín. Medellín: Maestría en Educación y desarrollo humano, Cinde-Universidad de Manizales.
- Grimson, Alejandro. (2003). Cultura, territorio y diversidad. (CD-ROM). Medellín: Cooperación y diversidad cultural.
- Hernández, Esperanza. (2003). Resistencia civil en Colombia: Dilemas, límites y posibilidades. Ponencia presentada en el Encuentro Internacional La Resistencia Civil: Estrategias de Protección en los Contextos de Guerra y Globalización. Universidad Nacional de Colombia, Programa de Iniciativas Universitarias para la Paz y la Convivencia. Bogotá. Agosto. Págs. 13-6.
- Jaramillo, Ana María. (2001). Delito y sociedad en Medellín 1948-1958. Tesis de Maestría en Historia. Medellín: Universidad Nacional.

Referencias bibliográficas

- Kimlicka, Will y Wayne, Norman. (1997). Ciudadanía. El debate contemporáneo. En: Revista La Política, Barcelona: Paidós, octubre.
- Koffee, Annan.(1999) Un mundo libre de temor. Discurso presentado a Naciones unidas como convocatoria a la asamblea del fin de milenio.
- Lair, Eric. (1999). El terror como recurso estratégico de los actores armados. Reflexiones en torno al conflicto Colombiano. En: Análisis Político, N° 37. Bogotá: Universidad Nacional.
- Lechner, Norbert. (1986). Los patios interiores de la democracia. Santiago de Chile: Flasco.
- López, Olga Lucía. (2004). Estrategias de sobrevivencia familiar en el proceso de desplazamiento forzado. En: Desde la Región N° 41. Medellín: Corporación Región. Págs. 17-22.
- Mannoni, Pierre. (1984). El miedo. Fondo de Cultura Económica.
- Mármora, Lelio. (2002). Las políticas de migraciones internacionales. Buenos Aires: Paidós.
- Meertens, Donny. (2000). El futuro nostálgico: Desplazamiento, terror y género. En: Revista Colombiana de Antropología. Vol. 36. Bogotá. Págs. 112-134.
- (1999). Desplazamiento forzado, género y trayectorias de vida y estrategias de reconstrucción vital. En: Desplazados, migraciones internas y reconstrucciones territoriales. Bogotá: Universidad Nacional. Centro de Estudios Sociales. Fernando Cubides (Ed.). Págs. 406 a 432.
- (1988). Víctimas y sobrevivientes de la guerra: Tres miradas de género. En: Revista Foro N° 34. Bogotá: Foro Nacional por Colombia, junio.
- Mesa, Ana Teresa y Marulanda, Antonio. (2002). Llanadas... Llanaditas. Convenio 008 de 2000. Medellín: Municipio de Medellín, Secretaría de Educación y Cultura, Personería de Medellín.
- Mesa, Gustavo. (2000). El clero y la violencia política, 1949-1953. Ponencia presentada al IX Congreso Colombiano de Historia. Bogotá, agosto 22 a 25.
- Naciones Unidas. (1999). Principios Rectores del desplazamiento forzado. CISP, Unión Europea. Medellín, septiembre.
- Naranjo, Gloria. (1992). Medellín en zonas. Monografías. Medellín: Corporación Región.
- Naranjo, Gloria y Hurtado, Deicy. (2002). El Derecho a la ciudad. Migrantes y desplazados en las ciudades colombianas. En: Boletín Desde la Región N° 37. Medellín: Corporación Región, agosto. Págs. 4-15.
- Naranjo, Gloria; Villa, Marta Inés. (1997). Entre luces y sombras: Medellín espacio y políticas urbanas. Medellín: Corporación Región.
- Oacnudh, Acnur y Codhes. (2001). Compilación sobre desplazamiento forzado. Normas, doctrina y jurisprudencia nacional e internacional. Bogotá: Oacnudh, Acnur y Codhes.

- Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos. Folleto informativo N° 21. El derecho Humano a una vivienda adecuada. En: www.ohchr.org/spanish/about/publications/docs/fs21_sp.sht
- Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos et.al. (2001). *Compilación sobre desplazamiento forzado, Normas, doctrina y jurisprudencia nacional e internacional*. Bogotá.
- Osorio, Flor Edilma. (2004). Actores y elementos de la construcción de una nueva categoría social en Colombia: los desplazados. En: *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y ciencias sociales* N° 94 (en línea). Universidad de Barcelona, 1 de agosto de 2001- www.ub.es/geocrit/nova.htm Consulta: abril 24.
- Pecaut, Daniel. (2001). *Guerra contra la sociedad*. Bogotá: Editorial Planeta.
- (1999). La pérdida de los derechos, del significado de la experiencia y de la inserción social. A propósito de los desplazados en Colombia. *Estudios Políticos*, N° 14 Medellín: Instituto de Estudios Políticos Universidad de Antioquia. Págs. 13-28.
- Presidencia de La República de Colombia. Ley 387 del 18 de julio de 1997.
- Ramírez, Ana Carolina. (2004). *Desplazamiento forzado en Colombia. Producción Académica y política pública*. En: *Balace de estudios rurales. Informe final de investigación bajo la coordinación de Absalón Machado*. www.iner.udea.co/cid-colciencias. Consulta: mayo 13.
- Red de Solidaridad Social. (2001). *Guía para la atención a la población desplazada por la violencia*. Bogotá: Red de Solidaridad Social.
- (2001). *Protocolo para la gestión de programas de restablecimiento*.
- Reguillo Cruz, Rossana. (2000). *Los laberintos del miedo*. En: *Revista de Estudios Sociales*, Facultad de Ciencias Sociales, Uniandes. Bogotá.
- (1995). *Socialidad y medios de comunicación*. En: *Versión 5*, Departamento de Educación y Comunicación. México: Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Xochimilco, División de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Riaño, Pilar. (2004). *Migraciones forzadas y usos de la memoria: los talleres de memoria con población desplazada en Colombia*. Conferencia Internacional de historia oral. Roma.
- Riezler, Kurt. (1966). *Psicología social del miedo*. En: May et al. *Miedo y sociedad*. Buenos Aires: Editorial Escuela. 20-42.
- Romero, Mauricio. (2003). *Paramilitares y autodefensas: 1982-2003*, Bogotá: Universidad Nacional.
- Santamaría, Enrique. (2002). *La incógnita del extraño. Una aproximación a la significación sociológica de la inmigración no comunitaria*. Barcelona: Anthropos.
- Secretariado Nacional de Pastoral Social. *Conferencia Episcopal de Colombia. Desplazamiento forzado en Antioquia. 1985-1998*. (2001). Tomo 0. 9 tomos. Bogotá: Secretariado Nacional de Pastoral Social. 90 Pág.

Referencias bibliograficas

- Segura, Nora. Desplazamiento en Colombia. (1998). Perspectivas de género. En: Revista Foro Nacional por Colombia No.38. Bogotá: Foro Nacional por Colombia, junio.
- Suárez, Harvey Danilo. (2002). Aplazados y desplazados. Violencia, guerra y desplazamiento: El trasfondo cultural del destierro y la exclusión. En: Memorias del II seminario internacional desplazamiento implicaciones y retos para la gobernabilidad, la democracia y los derechos humanos Bogotá, Codhes.
- Taussing, Michel. (2002). Chamanismo, colonialismo y hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación. Bogotá: Norma.
- Taylor, Charles. (1993). El multiculturalismo y la política del reconocimiento. México: Fondo de Cultura económica.
- Todorov, Tzvetan. (1998). El hombre desplazado. Madrid: Taurus.
- Uribe, María Teresa. (2002). Las incidencias del miedo en la política: Una mirada desde Hobbes. En: El miedo reflexiones sobre su dimensión social y cultural. Medellín: Corporación Región. Págs. 25-47.
- .(1999). Urabá. ¿Región o territorio? Revista de Estudios Políticos N° 15. Medellín: Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, julio-diciembre.
- .(1999). Las Soberanías en disputa: ¿Conflicto de identidades o de derechos? En: Estudios políticos N° 15. Medellín: Instituto de Estudios políticos, Universidad de Antioquia, julio-diciembre. Págs. 23-49.
- .(1989). La territorialidad de los conflictos y la violencia en Antioquia. En: Realidad Social. Vol.1. Medellín: Gobernación de Antioquia.
- Villa, Marta Inés; Sánchez Luz Amparo, Jaramillo, Ana María. (2003). Rostros del miedo. Una investigación sobre los miedos sociales urbanos. Medellín: Corporación Región.